LEER A CARMEN MARTÍN GAITE

La interlocutora añorada

Edición y prólogo de Lola Lapaz





LEER A CARMEN MARTÍN GAITE

La interlocutora añorada

Edición y prólogo
de Lola Lapaz

Siruela
Libros del Tiempo

Edición en formato digital: noviembre de 2025

En cubierta: Carmen Martín Gaite, *collage* (detalle) de 1980,
de *Visión de Nueva York* © Herederos de Carmen Martín Gaite
En página 1: Carmen Martín Gaite © por cortesía de
Pablo Sorozábal / Fundación Martín Gaite
Diseño gráfico: Gloria Gauger
© De la edición y el prólogo, Lola Lapaz, 2025
© De los textos, Laura Barrachina, Sonia Fides, María Folguera,
Victoria Iglesias, Inés Martín Rodrigo, Luna Miguel,
Lucía Miranda, Andrea Toribio, 2025
© Ediciones Siruela, S. A., 2025

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, *www.cedro.org*) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ediciones Siruela, S. A.
c/ Almagro 25, ppal. dcha.
www.siruela.com

ISBN: 979-13-87688-94-3

Conversión a formato digital: María Belloso

Índice

Prólogo: Confiar en la intuición. LOLA LAPAZ

La palabra, mi juguete preferido. INÉS MARTÍN RODRIGO

Mi isla de Bergai. LAURA BARRACHINA

El canon de la fiebre, o una reescritura íntima del ensayo «De Jerusalem a Jericó». LUNA MIGUEL

Lo raro es vivir sin nubosidad variable. VICTORIA IGLESIAS

Cómo no leer *Fragmentos de interior* (1976), de Carmen Martín Gaite. ANDREA TORIBIO

Una mujer bajo la influencia. SONIA FIDES

MIRANFÚ: o sea, va a pasar algo diferente. LUCÍA MIRANDA

Escribir equivale exactamente a salir a dar un paseo.MARÍA FOLGUERA

Prólogo
Confiar en la intuición

LOLA LAPAZ

Cuando Carmen Martín Gaite publicó *Nubosidad variable* —el 1 de abril de 1992— yo tenía diecisiete años y aquella fue la primera vez que compré y leí una de sus obras. Mi ejemplar está fechado el 15 de junio de 1992 y lo leí compulsivamente durante los últimos días de instituto, mientras remataba un COU que para mí fue desastroso porque mi padre había fallecido meses atrás. En aquellos días turbios, mi profesora de literatura catalana se fijó en mi actitud de total abandono, agazapada al final de clase, siempre aferrada a aquella novela, y me confesó con complicidad lectora que ella también la estaba leyendo. A partir de aquel día me pasó una lista de obras que me abrieron todo un mundo y que fui devorando una tras otra. Aquel verano tendría que emplearme a fondo para aprobar los exámenes de septiembre porque me había dado cuenta de que lo que más deseaba era estudiar Filología Hispánica. La literatura me había salvado de la apatía, del vacío existencial adolescente, y me lanzaba derecha a un camino por explorar. Aquella primera lectura de la Gaite había sido la semilla de algo que yo aún no entendía o que no sabía descifrar, pero que se había quedado dentro de mí para no salir jamás.

Después se publicarían *La reina de las nieves* (1994), *Lo raro es vivir* (1996) e *Irse de casa* (1998), que, junto a *Nubosidad variable* (1992), conformarían lo que Jorge Herralde denominó «el póquer de

ases de los noventa». Así que llegué a Carmen Martín Gaite a través de sus novelas más populares y las que la convirtieron en una escritora de éxito en aquella década.

Saltemos algunos años. El 23 de julio de 2000 me encontraba veraneando en Menorca con dos amigas. Todavía no habían llegado a nuestras vidas los teléfonos inteligentes —esos que nos están chupando a nosotros la inteligencia, cual modernos vampiros— y nos regocijábamos en playas azul turquesa, ajenas a las noticias del exterior. Al regresar a Barcelona me enteré de que Carmiña —como la llamaban familiarmente sus allegados— nos había dejado; nadie quiso darme la noticia antes para no entristecerme las vacaciones. «The dream is over» —había cantado John Lennon en uno de sus títulos más desgarradores—, ya no volveríamos a esperar con ilusión a que sacara una nueva novela (en la década de los noventa publicó una cada dos años, nos tenía mal acostumbrados). Lo único bueno era que, a partir de entonces, tenía por delante toda una vida para leer su obra, para ir hacia atrás en el tiempo y descubrir *El cuarto de atrás*, *Caperucita en Manhattan*, *El cuento de nunca acabar*… Qué suerte poder refugiarme en una producción tan vasta y ecléctica como la suya, siempre me acompañaría alguno de sus libros.

¿Qué decir de Martín Gaite a estas alturas? Se podría destacar que su carrera albergó una sucesión de reconocimientos —Premio Nadal (1957), Premio Nacional de Narrativa (1978), Premio Príncipe de Asturias de las Letras (1988), Premio Nacional de las Letras Españolas (1994), por citar los más emblemáticos—; o que sigue siendo leída —y estudiada— por distintas generaciones veinticinco años después de su fallecimiento, o que la versatilidad de su obra hace que sea una autora única y excepcional. Sin embargo, tengo la certeza de que todo lo que podamos resaltar de ella se quedará corto porque su genialidad supera con creces cualquiera de nuestros discursos laudatorios.

La idea de partida del presente volumen surgió de algunas

cuestiones que me planteé: ¿Qué supone leer a la Gaite? ¿Por qué sus obras siguen interpelando y emocionando a diferentes generaciones? El 8 de diciembre de 2025 se celebra el centenario de su nacimiento, y se reivindica su legado con la reedición de algunas de sus obras, con exposiciones, congresos, etc. Pensé que podría ser de interés recopilar las experiencias de personas que hubiesen leído a la autora salmantina y tratar de ofrecer respuesta a las preguntas que me había formulado. No quería centrar el volumen en el análisis meramente académico o formal, sino plasmar la vivencia personal de cada una de las autoras fundida con la interpretación de las obras, y que adquiriera así un sentido colectivo que alcanzara a cualquier lector o lectora interesado en la producción martingaitiana.

Leer a Carmen Martín Gaite reúne los textos de ocho creadoras destacadas en su ámbito profesional (la dramaturgia, la crítica literaria, la fotografía, el periodismo y la literatura) y con una voz narrativa propia enmarcada en la fascinación que, hoy en día, sigue generando la obra de Carmiña. Quería que el volumen recogiera las impresiones de unas lectoras que reconocen su admiración ante la inmensa producción de la escritora salmantina, compartir sus vivencias acerca de leer sin ningún tipo de brújula o mapa, simplemente desde las sensaciones y las emociones que despierta su narrativa.

Inés Martín Rodrigo, además de ser la ganadora del Premio Nadal en 2022 con *Las formas del querer*, conecta con Martín Gaite en cuanto a temática y también por el empleo de estructuras narrativas que combinan diversos géneros y formatos (como en su última novela, *Otra versión de ti*, que presenta ecos de *Nubosidad variable*). Deseaba contar con su presencia en este volumen porque me parecía un bonito ejercicio que ella, escritora más que consagrada, narrara su experiencia como lectora de la autora salmantina. ¿Qué podría surgir de esa premisa? La conmovedora conversación que Inés imagina que podría haber tenido con

Carmiña. En ese capítulo, las dos autoras conversan en la intimidad sobre el acto de escribir, el duelo o el poder de las palabras, entre otras cuestiones.

Fue la intuición la que me hizo escribir a Laura Barrachina —una de las voces más lúcidas de la radio— después de ver una de sus publicaciones en una red social. Supe así que ella tenía que escribir un texto para *Leer a Carmen Martín Gaite*, sin más justificación y con urgencia. Para mi suerte —y para la de los lectores y lectoras de este libro, que van a descubrir en ella a una magnífica narradora— respondió entusiasmada con el encargo y proponiendo contar algunas de sus vivencias sobre buhardillas de la infancia, terapeutas que no son buenos interlocutores, y las veces que la ha salvado Carmen, con su presencia invisible.

A Luna Miguel la conocí con motivo de su colaboración en *Gloria. La poeta de los amores prohibidos*, un volumen colectivo que coordiné sobre Gloria Fuertes. Es una lectora voraz que lleva años teorizando alrededor de la corporalización del gesto literario y para ella el acto de leer es mucho más que una experiencia meramente intelectual. Cuando supe que había estado trabajando acerca de la enfermedad en *El libro de la fiebre* —la obra de Martín Gaite fechada en 1949 que se publicó póstumamente en 2007 porque no fue entendida en su época— quise contar con ella para que compartiera sus ideas, ya que intuí el valor de lo que narraría. Luna comparte aquí su investigación alrededor de lo que ha bautizado como «el canon de la fiebre» mientras pasea con un amigo y este trata de entender en qué consiste ese canon, como el más curioso de los interlocutores.

«Hola, Victoria. Te escribo porque he visto que has puesto en venta esa foto tan entrañable y preciosa de Carmen Martín Gaite y me encantaría que pudiera colgar en alguna de las paredes de mi casa». Así comenzaba el correo electrónico que le envié a Victoria Iglesias hace cinco años. Fue en el puente de diciembre, ahora me

doy cuenta —repasando los mensajes— de que coincidió con el cumpleaños de nuestra escritora. Fue muy amable y me contó que aquella imagen partía de una diapositiva que después debía escanearse y limpiarse. La fotografía cuelga desde entonces en el pasillo de casa y Carmen me mira —lo siento siempre así— asomada al ventanuco que conectaba su cocina con el «conventico» (así llamaba su hija Marta a la pequeña habitación en la que la Gaite pasaba bastante tiempo) en su piso de Doctor Esquerdo. Victoria ha retratado a figuras emblemáticas como Camarón, Antonio López, Lou Reed, Michael Jackson o Fernando Trueba, entre otros. Me interesaba conocer su vivencia en torno al reportaje que le hizo a Carmen Martín Gaite y a lo que supuso poder estar con ella en su casa, conversando y compartiendo confidencias amorosas y de la vida en general.

Andrea Toribio sabe mucho de la obra de la Gaite porque la ha estudiado a fondo —en breve se publicará un ensayo que ha escrito sobre el feminismo en la salmantina—, aunque no está en el volumen por eso únicamente. Decidí incluirla en estas páginas porque siempre la he escuchado hablar con palabras que denotan tal pasión que me hizo sentir que era una de las grandes admiradoras de Carmiña que debían compartir aquí su experiencia lectora. Andrea se centra en cómo no leer *Fragmentos de interior* en un capítulo ingenioso y plagado de motivos para (re)descubrir la novela de Martín Gaite publicada en 1976.

A Sonia Fides la leo desde hace muchos años —desde siempre, me da la impresión— y es una de mis poetas preferidas. Sus versos son elegantes, fuertes, asombrosos, únicos; algo difícil de conseguir hoy en día, un tiempo en el que es extraño que alguien sobresalga de una forma tan limpia de entre la multitud de libros de poesía que se publican. Es una de las lectoras más fieles de Carmiña y desde el principio nos conectó esa complicidad. Su obra literaria y sus críticas en prensa se trenzan alrededor de la narrativa martingaitiana

porque, según confiesa ella misma, la salmantina le cambió la vida. Su capítulo da cuenta de ello de una manera emocionada e hilvanada a través de las obras que más la han marcado, reconociendo que es *una mujer bajo la influencia*, con la complicidad del título de John Cassavetes.

Lucía Miranda ha realizado la dramaturgia y la dirección de *Caperucita en Manhattan* —una de las obras de Martín Gaite más queridas por el público desde su publicación en 1990— con un innovador enfoque tanto visual como musical y con cuatro actrices y un músico (Mamen García, Miriam Montilla, Carmen Navarro, Carolina Yuste / Mar Calvo y Marcel Mihok al contrabajo) interpretando a más de veinte personajes en escena. Siempre he sentido debilidad por las creadoras que entrelazan su historia personal con la de las obras que las han marcado por algún motivo. Y justo por eso me pareció que Lucía podría hablar de Manhattan y de Sara Allen —el espacio y la protagonista de *Caperucita en Manhattan*— como un cuento en el que se entrecruzan la realidad y la ficción. Y sí, Sara Allen existe y Lucía la conoció hace muchos años, como revela en su texto.

María Folguera ha adaptado recientemente *El cuarto de atrás* —la novela con la que Carmiña obtuvo el Premio Nacional de Narrativa en 1978— para ser llevada al teatro contando con la dirección de Rakel Camacho y la interpretación de Emma Suárez, Alberto Iglesias y Nora Hernández. Además de eso, María es una gran conocedora y lectora de la obra de Carmen Martín Gaite, como he tenido ocasión de comprobar todas las veces que la he escuchado hablar. Ha demostrado la lucidez de su escritura al saber conjugar el límite ambiguo entre la vigilia y el sueño —el realismo y lo onírico— en su adaptación teatral de *El cuarto de atrás* y eso es muy importante para seguir validando la obra de la salmantina. Este capítulo, que cierra el volumen, es una ruta por el Madrid de la Gaite: la calle en la que vivían sus abuelos, el Ateneo, las tertulias… María Folguera

nos guía en un paseo inolvidable, siguiendo los recuerdos y las huellas de la escritora salmantina en Madrid.

En uno de los siete prólogos de *El cuento de nunca acabar*, Carmiña se quejaba de aquellos «libros que te informan de muchas cosas pero que no te cuentan nada». En *Leer a Carmen Martín Gaite* las ocho autoras *informan* poco pero *cuentan* mucho, tratando de recuperar ese ritmo lento que tanto perseguía y defendía la salmantina. «Descartar cualquier método, meterme en la confusión y aceptar de antemano que cuando tire de una cereza van a salir muchas más enredadas», anotaba la escritora en esa misma obra, y creo que ese ha sido justamente el «método» que han empleado todas y cada una de las autoras aquí presentes —yo misma incluida al redactar este prólogo— para escribir sus respectivos capítulos.

He de admitir que, de entre toda su producción, *El cuento de nunca acabar* es la obra a la que más acudo. Así ha sido cuando me he visto en la tesitura de redactar un artículo de investigación, al preparar una clase sobre narrativa o, incluso, al perderme en aventuras de exploración más lírica. Para mí es el libro que contiene todos los libros. Recuerdo que me gustaba tanto que se lo regalé a una amiga que conocí en el tren de camino a la universidad, apremiándola a que lo leyera. Tiempo después, ella me regaló otro ejemplar —yo me había quedado sin él al regalárselo, claro— y cerraba su dedicatoria escrita con un «¡por nuestras próximas narraciones!» que sonaba a brindis. Me emociona pensar que, por aquella época, en septiembre de 1999, Carmiña aún vivía y, al mismo tiempo, también me congratula saber que sigo intercambiando narraciones con mi amiga, aunque no sea con la misma intensidad y frecuencia de cuando teníamos veintitantos años.

El alma de este libro se inspira en *El cuento de nunca acabar* en cuanto a la voluntad de mezclar los géneros y de cruzar constantemente las fronteras de un lugar a otro sin importar las

etiquetas o las definiciones. A la manera de los *collages* que tanto gustaban a la salmantina: recortando recuerdos, pegando fragmentos de obras o mezclando las vivencias reales con las imaginadas. Todo eso cabe en *Leer a Carmen Martín Gaite*, que se impregna de la filosofía martingaitiana a través de las palabras de las ocho lectoras que nutren sus páginas.

Vuelvo a citar *El cuento de nunca acabar*, donde escribe: «Y, por supuesto, estoy convencida de que quedará incompleto, aun cuando tenga la impresión de haberlo rematado». Esa es la sensación que me embarga al terminar estas líneas, aunque no me apena ni me frustra porque intuyo que lo que realmente *cuenta* es lo que sigue a continuación: las palabras —y, sobre todo, las narraciones— de las ocho lectoras que han tenido a bien reunirse aquí para celebrar y rememorar a nuestra querida, y ya para siempre añorada, Carmen Martín Gaite.

Junio de 2025

La palabra, mi juguete preferido

INÉS MARTÍN RODRIGO

En casa tenemos varias librerías. Tengo, pues L. renunció a casi todos sus libros, los que atesoraba antes de conocerme, los que había ido acumulando durante los años previos, su vida sin mí, cuando nos mudamos juntas. Me levanto, las cuento. Hay seis: cuatro en la cocina, una en el salón y otra junto a mi escritorio, donde me he vuelto a sentar para continuar con estas líneas. No son espacios concretos, delimitados, en los que están ubicadas esas librerías, las que he contado, depositarias de mis libros, especialmente. En nuestro piso hay pocas paredes, solo las que nos separan, y aíslan a veces, por suerte, de la vecindad y de la calle. El interior es un espacio diáfano, despejado y embaucador, la amplitud que sugiere es un puro embuste. Así lo dejamos, lo decidimos, al hacer una obra que se prolongó más de lo que esperábamos y que tenía, lo perseguía, un doble significado: la demolición de la estructura anterior y, con ella, la de la existencia que allí se había desarrollado a lo largo de dos décadas, y la construcción de otra, nueva, distinta, mejor, como la relación que en ese momento estábamos comenzando. Mi reticencia, que no resistencia, aunque en ocasiones se confundan, al cambio hizo que trajera conmigo a esta casa algunos muebles, la cama, una cómoda, cuatro de las seis librerías que ahora tenemos, el tocadiscos y todos mis vinilos, además de mis libros. L., por el contrario, más pragmática y adaptativa, renunció al equipaje, se mudó con lo puesto, como quien

dice, y por el camino cedió buena parte de su biblioteca, que, desde entonces, nueve años ya, pueden consultar lectores bien dispares, no muy lejanos.

De ahí que, según he empezado advirtiendo, la mayoría de las obras que están en nuestras librerías, algunas ordenadas por editorial, otras por autor, sin orden las que vamos añadiendo, cada vez más estrictas en la selección, qué remedio, el espacio manda, sean mías. No empleo la primera persona del plural del adjetivo posesivo porque los libros no permiten la propiedad conjunta, son íntimos y personales, como la traducción al español de aquella película protagonizada por Michelle Pfeiffer y Robert Redford, una historia escrita por mi adorada Joan Didion y su marido, John Gregory Dunne. Mías son, por lo tanto, las tres novelas que, cuando me he levantado a contar las librerías que me rodean para incluir su número exacto en este relato, he cogido de una de las que están localizadas en la cocina, frente a la alargada mesa de madera clara en la que L. y yo desayunamos y almorzamos y donde, además, yo escribo muchos días, ese espacio doméstico, precario, siempre provisional, tan asociado a la mal llamada *literatura de mujeres*. Un lugar que es posible que la autora de esos tres libros pertenecientes a la librería de mi cocina habitara, en lo creativo, para concebir algunas de sus narraciones, sin espacio propio aún, pese al *manifiesto* de Virginia Woolf, publicado veinticinco años antes de que ella debutara en la ficción con los relatos de *El balneario*, con el que logró el Premio Café Gijón de 1954.

Sí, los tres libros que he sacado, con cuidado, para no molestar a los demás, el resto, ni desubicarlos, que no sientan el temblor de un posible desarraigo, son de Carmen Martín Gaite (1925-2000). Sus títulos, tan evocadores como todos los de la autora salmantina —quién pudiera nombrar los libros como ella, así de bonito, he pensado en muchas ocasiones, para después llegar a la conclusión de que tal vez no eran suyos, los títulos, quizá se le ocurrieron a su

editor, o editora, como sucede con algunos de los míos—, son estos: *Retahílas* (1974), *Lo raro es vivir* (1996) y *Los parentescos* (2001; novela póstuma). He escogido estos tres, y no otros de los muchos suyos que pueblan mi biblioteca, una balda entera de esa librería ubicada en nuestra cocina, porque representan lo que para mí significó Martín Gaite, el papel que tuvo en un momento crucial, difícil, doloroso, de mi vida. Los tres tienen tapa dura y pertenecen a la colección del Círculo de Lectores, el pionero club de lectura que funcionó en España durante casi sesenta años, desde su creación, en 1962, hasta su extinción definitiva, en 2019.

Yo había llegado a Madrid a principios de septiembre de 1997, con catorce años y una anorexia muy severa, tras la muerte de mi madre, víctima de un cáncer, un tumor maligno, sarcoma retroperitoneal, ocurrida dos meses y medio antes. Una de las primeras cosas que hice por mí misma, sin vigilancia ni tutela, sin permiso de ningún adulto, después de recibir el alta médica en el hospital madrileño donde estuve varios meses ingresada para evitar mi desvanecimiento o, siendo sincera, mi muerte —hace tiempo ya que renuncié a los eufemismos, también en mi escritura—, fue convertirme en socia del Círculo de Lectores. No recuerdo si necesité el permiso de mi padre; creo que no. Pero la memoria es esquiva y cautivadora, evoca a nuestro gusto e interés, condicionada por los sentimientos, entre otros factores menos subjetivos pero igual de determinantes. No importa, no es un dato relevante y, además, quizá convenga, para esta narración, rememorarlo así, sin la autorización paterna.

Cuando el agente del Círculo de Lectores, al que yo llamaba *señor*, se presentaba con el nuevo catálogo en la puerta del piso, un bajo, en el que mi hermana y yo vivíamos con mi padre, mi corazón se ponía contento. No es baladí ni innecesaria la cursilada, a la que, por cierto, no acostumbro en el terreno personal, y tampoco en el literario. Mi ánimo, maltrecho por el duelo que unos meses atrás

había comenzado a transitar sin saber que lo que sufría se denominaba *depresión* («Cualquier cosa que intentes es inútil, es como tratar de curar el cáncer con una aspirina», respondió Martín Gaite en cierta ocasión, al ser preguntada por lo que hacía para animarse cuando estaba triste) y cuya cura pasaba por un tratamiento médico tan serio como el de cualquier dolencia física, mejoraba al recibir cada nuevo libro. Lo elegía con calma, tras un exhaustivo y pormenorizado análisis de los títulos disponibles, ofertados ese mes en la lista, y lo pagaba en efectivo, claro, con mis ahorros.

Fue así como empecé a elaborar mi propia biblioteca, tan importante como esa habitación que luego, igual que Martín Gaite, logré construir para poder escribir con total libertad. De esa casa, a la que acudía puntual el *señor* del Círculo de Lectores, nos mudamos a otra en la que no fui tan feliz, y luego a otra, en la que me independicé, y luego a otra, en la que descubrí el amor, y luego a otra, en la que publiqué mi primera novela, y luego a otra, en la que me enamoré, hasta llegar a esta, en la que ahora vivo con L., la casa sin paredes y con seis librerías, cuatro de ellas en la cocina. Y durante ese cúmulo de años, casi tres décadas, los únicos libros del Círculo de Lectores que han seguido conmigo, me han acompañado en todas mis mudanzas, también aquí, han sido esos tres de Carmen Martín Gaite, junto con *Paula*, la obra que Isabel Allende tituló con el nombre de su hija, de la que se despidió, en el plano terrenal, en esas páginas.

Los tres, pese a la tapa dura que los engalana y protege, están ajados, los bordes doblados, sus páginas amarillentas. Al abrirlos de nuevo, tanto tiempo después de haberlos leído por primera vez, he vuelto a ser esa joven, ingenua y doliente, y he llegado a la conclusión de que, si hoy soy escritora, si me permito llamarme así, reconocerme en esa abrumadora definición, es gracias a ellos, a ella. Su lectura no solo me consoló en aquella época, como hizo el libro

de Isabel Allende; me abrió los ojos, me descubrió una nueva forma de poder acercarme a la literatura, a partir de entonces para crearla. Había empezado a escribir nada más comenzar a leer, pero gracias a esas novelas me di cuenta, yo, que siempre he rehuido el juego, que fui niña apenas un rato, de que las palabras eran mi juguete preferido, ese «juguete que siempre gusta y nunca se estropea», según la propia Martín Gaite.

Luego emprendí el camino profesional más parecido al literario, el más próximo, el del periodismo. Pero no llegué a tiempo. No pude conocer en persona a la escritora que había hecho que yo quisiera serlo. Carmen Martín Gaite murió el 23 de julio del año 2000, seis antes de que yo me licenciara en aquella facultad de muros de hormigón armado en la que aprendí muchas cosas, ninguna sobre el oficio. Me quedé sin esa conversación que, con el tiempo, trabajando a destajo en la redacción de un periódico, supe que es toda buena entrevista. Le debía esa charla a ella, también a mí. Nos la debía, a las dos. Y aquí está, pero en orden invertido, pues si las palabras son juguetes la literatura es diversión, por supuesto, y en ella no hay reglas que valgan.

En las páginas siguientes, será Martín Gaite quien primero hable, o escriba, y a continuación le responderé yo en una suerte de diálogo intergeneracional, palabrota donde las haya, que busca demostrar que nuestros muertos están con nosotros, los mantenemos vivos, a nuestro lado, gracias a esa narración interminable que es la vida.

C. M. G.: *Actualmente se vive tan deprisa, se vive con una aglomeración de experiencias, entre las cuales no queda nunca esa pequeña pausa para coser una con otra. Entonces yo creo que cuando escribo, por eso también escribo a mano, por eso también huyo mucho de… delegar en aparatos porque el recordarlo yo, el escribirlo yo y el verlo con mi letra, me da la sensación de que esa*

letra, y lo he dicho algunas veces, es la única cosa que en mi vida no ha cambiado. Es que yo soy una artifista de mi letra.

I. M. R.: Esto lo dijiste, si no me he documentado mal, en una de las entrevistas que concediste cuando publicaste, en 1998, *Irse de casa*. Fue tu última novela, penúltima si consideramos, la incluimos en ese recuento siempre vago, la que dejaste inconclusa, *Los parentescos*, editada después de tu muerte y, en consecuencia, póstuma, con lo que ese adjetivo supone, tiene de atractivo, para los periodistas y sus historias. *Artifista* de tu letra, afirmas ser, y a mí me pasa un poco igual, aunque yo no escribo a mano, pero sí conservo, como tú, el mismo tipo de letra, casi, que el que aprendí a perfilar en los cuadernos de caligrafía que me mandaba doña Paquita. Sí, el ruido y la prisa de esta época, bastante peor que la que tú dejaste, me perturban tanto como a ti. Me siento vencida por la intensidad de esa vida que, paradójicamente, he elegido vivir. Hay días en los que ni siquiera puedo disfrutar de la incomparable sensación de leer para seguir viviendo, una vez la vida cotidiana se ha detenido, pausado, hasta mañana, descansa. También te confieso que hay algo ahí, en la tranquilidad, el descanso, que me inquieta y perturba, no lo merezco, eso creo. Actos, compromisos, trabajo, viajes, charlas, almuerzos, cenas, presentaciones, firmas. Vivo un estado de ansiedad permanente en el que me tengo que acordar de respirar y donde la lectura se ha vuelto accesoria, prescindible, también el disfrute, la consciencia de estar viva y coleccionando experiencias únicas, e irrepetibles. No valoro lo que tengo, lo que me sucede, y nunca estoy contenta.

Me gusta saber qué piensa la juventud de ahora, no tiene nada que ver con lo que éramos antes, tiene más libertad, las esperanzas que acaricia son distintas, los tabúes con los que se enfrenta han cambiado. Ha desaparecido la sensación de no ser capaces, en la

mujer más que en el hombre, de proyectar sus opiniones y decir lo que sienten.

Esto también lo comentaste en una de las charlas que mantuviste, con periodistas, con motivo de la publicación de *Irse de casa*. ¿Sabes lo que a mí me pasa cuando miro a las generaciones que vienen detrás de la mía? Veo sus discursos, los escucho, y leo los libros de esos autores y de esas autoras con orgullo y con envidia, porque, sobre todo ellas, son capaces de expresarse con una libertad que yo no tuve, mucho menos tú, vosotras. Ojalá yo hubiera disfrutado de esa libertad, incluso a la hora de utilizar el lenguaje, de adaptarlo a mis necesidades vitales y narrativas, hace diez, veinte años. Y ojalá todo eso siga avanzando, que no se tope con la regresión que siempre sucede a toda etapa de progreso. La historia, querida Carmiña, es un péndulo, bien lo sabes tú.

No hay ninguna innovación posible en el campo del pensamiento que no se lleve a cabo desde dentro y enfrentándose a palo seco con la soledad. Este aserto por supuesto es igualmente válido para un escritor que para una escritora, la diferencia puede estar en que muchas veces un hombre, cuando se recoge a pensar y a escribir, está de vuelta del bullicio mundanal y de otras actividades y, en cambio, una escritora puede seguir pensando toda la vida que el mundo ese que bulle fuera se le ofrece como una tentadora propuesta de liberación, precisamente porque ha tenido menos acceso a la vida pública.

En noviembre de 1986 ofreciste, en la Fundación Juan March de Madrid, cuatro conferencias tituladas «*Mirando a través de la ventana*», «*Buscando el modo*», «*El legado del romanticismo*» y «*La novela de la posguerra*» dentro del curso universitario «*El punto de vista femenino en la literatura española*». Yo no pude asistir, tenía

tres años y medio entonces. Pero las he escuchado todas. Me gusta casi tanto escucharte —no es lo mismo que oír, por mucho que haya quien identifique ambos verbos como sinónimos siendo, a lo sumo, primos segundos— como leerte. Lo he descubierto ahora. Eso que dices de la soledad… Tienes razón. Solo que a mí, a veces, la soledad, a la que tiendo, la busco y persigo, me perjudica, incluso durante la escritura. Por eso ansío, también, ser capaz de dejarme llevar por la inexorable necesidad de pedir ayuda, liberarme de las alforjas del orgullo, tan soberbio, y reclamar esa mano amiga, fraternal, que nos alivia el peso de la vida. Porque, sí, la vida, por instantes que se antojan eternos, tan largos como años, incluso décadas, pesa. Y ni en la soledad más elegida puede uno acarrearla, llevarla en brazos, exhaustos del mero arbitrio del existir. Esa necesidad de amparo es una condición humana, y no hay que asociarla con la debilidad, como esta sociedad nuestra, estúpida en su infinito individualismo, nos impele a hacer. Intentar ser consciente del gozoso presente, no desperdiciarlo, disfrutar de la sensación de estar viva de milagro. Eso quiero. ¿Lo lograste tú?

Crear mundos que no existen y poblarlos de visiones hijas de la propia fantasía, ahí está, en resumidas cuentas, el designio de cualquier empeño literario, y la espoleta de este empeño la dispara el deseo de escapar de la realidad y desobedecer sus leyes rigurosas atreviéndose a sustituirlas por otras de cuño propio. Esta aventura siempre ha tentado tanto a los hombres como a las mujeres, aunque ellas se hayan visto más entorpecidas para llevarlas a cabo.

Son palabras extractadas de otra de las conferencias que ofreciste en la Fundación March en aquel noviembre de 1986. Si me ciño a lo investigado durante la escritura de mi última novela, es posible, probable, que las historias que nos contamos a nosotros mismos para seguir viviendo, como asegura en *El álbum blanco* Joan Didion,

a la que ya he mencionado en las páginas previas, se asienten más en el territorio de la ficción que en el de la realidad, aunque la vida transcurra en la frontera entre ambos y ahí surja a veces, también. Te refieres a la aventura de inventar, de crear, distinta para las mujeres, con más trabas para ejecutarla, llevarla a cabo. No hay discusión posible a ese respecto. Es así, lo fue y de nosotras depende que no lo siga siendo, cambiarlo. Al dejar la adolescencia y comenzar a transitar por el aterrador mundo de los adultos, condicionada por mi timidez, tan tendente como soy a la introversión, tuve miedo de replicar la incapacidad de mi padre, nacido en la España de mediados del siglo xx, para expresar los sentimientos y aceptarlos. Tal vez por eso escribo, llegué a pensar, para eludir la realidad, donde los afectos no pueden explicarse ni entenderse mediante párrafos largos, medianamente logrados. Han pasado los años, he ido moldeando mi carácter, aprendiendo a querer como no me habían enseñado a hacerlo y, pese a ello, hoy, todavía, cada noche, cuando L. entra en casa, me cuesta renunciar a la frialdad, despojarme de la coraza y acercarme a ella. Es angustia ante la posibilidad de mostrarme vulnerable lo que siento, lo que mi padre sentía. Ahora, ya demasiado tarde, lo sé.

Ese logos es el único instrumento con que, en definitiva, podemos contar: no tenemos otro bisturí —ni lo hay— capaz de penetrar, separar y atravesar el bosque enmarañado de realidades por el que andamos desorientados, indagando, olfateando, tratando de avanzar y que se nos ofrece en miles de sugerencias como perenne objeto de diálogo.

Son frases tuyas, claro. Las he sacado de *La búsqueda de interlocutor y otras búsquedas*, publicado en 1982 en Ediciones Destino, el sello que edita las novelas reconocidas con el Premio Nadal, que tú ganaste en 1978 con *El cuarto de atrás* y yo cuarenta

y dos años después con *Las formas del querer*. Me gusta acudir al origen de las palabras, la «razón de su existencia, de su significación y de su forma», según la definición del diccionario de la RAE. Lo hago con frecuencia, lo mismo que busco sinónimos para no repetir términos o evitar el uso de los que me resultan antipáticos o malsonantes, pues el lenguaje contiene toda la belleza y todo el terror en los que se resume la vida, como dicen los versos de Mary Oliver. Así, rastreando su procedencia, descubrí que la etimología del verbo «recordar» es 'volver a pasar por el corazón', un significado precioso. Una de mis obsesiones es lo que encierran las palabras, que no debería esconderse ni ocultarse ni obviarse ni *eufemizarse*, valga la invención terminológica para demostrar mi aversión a ese recurso tramposo y cobarde. Es trascendental, vital —puedes estar muerta y seguir respirando— llamar a las cosas por su nombre, nombrar realidades para que existan. Es una de las funciones del arte, de la creación.

A las personas se las recuerda por las palabras que han dicho y las historias que han contado —y sobre todo por cómo y a través de qué humor las han contado— mucho más que por su estatura o el color de su pelo, lo cual se comprueba con una nitidez desgarradora siempre que un ser querido muere o deja de querernos, ocasiones ambas en que el único expediente válido para revivir su presencia es acudir a nuestra memoria en busca de las cosas que ese ser nos contaba o nos decía, como si solo su palabra, al resucitar los gestos que la acompañaron, nos refrendara aquel añorado existir y lo hiciera perdurar de alguna manera.

Así lo dejaste dicho, escrito, en *Pido la palabra* (2006), libro en el que quedó constancia de una de tus facetas más celebradas, la de conferenciante. Verás, ese tema, el de la memoria, me trae a maltraer, en lo personal y también en lo literario. Hace no mucho, le

dije a mi sobrina: «Los recuerdos son mentira». Pronuncié esa frase, taxativa, grandilocuente, con ánimo provocador, sabiendo que Carmen, así se llama, acostumbra a escuchar con atención, una capacidad que sorprende dada su edad, cinco años. Ella lo hizo, me escuchó, cerrando un poco sus grandes y preciosos ojos, frunciendo el ceño, evidenciando su extrañeza ante semejante afirmación. No era posible que yo, su «hada madrina», papel surgido de la combinación de dos creencias, la religiosa —es mi ahijada— y la narrativa —como escritora, puedo cumplir todos sus sueños, para eso está mi imaginación—, estuviera poniendo en cuestión dos de los pilares de su corta existencia: la verdad y la memoria. «¿Cómo?», me preguntó, alargando la primera *o* de una pregunta que, más que a mí, iba dirigida a su madre, figura esencial de su vida, responsable de haberle inculcado esos valores que yo, de un plumazo verbal, pretendía tumbar o hacer temblar, al menos. Mi hermana respondió con una sonrisa a la que yo me sumé y, unos segundos después, cerré la conversación, aquel tema inabarcable, diciéndole a mi sobrina que ya lo entendería más adelante, cuando fuera mayor y pudiera leer mi novela *Otra versión de ti*. Te hubiera encantado.

Yo definiría lo fantástico, en un primer intento de captar su esencia, como una brecha en la costumbre, como algo que nos sorprende y rompe nuestros esquemas habituales de credibilidad y aceptación, un descubrimiento, a veces banal y fortuito, pero que provoca —y eso es lo importante— un nuevo punto de vista, un impulso sin control, una perplejidad, algo, en fin, que llama nuestra atención con guiños inhabituales invitándola a salir de su letargo porque gran parte de la vida —sobre todo en sus tramos que luego llamamos «felices»— se nos escurre de los dedos inadvertidamente.

Disfruté mucho leyendo *Agua pasada* (1993), colección de tus

artículos y ensayos. Tras detenerme en el pasaje que te destaco arriba, me acordé de la pregunta, hecha de versos y sueños, con la que Mary Oliver cierra su poema *El día de verano*: «Dime, ¿qué piensas hacer con tu única, salvaje y preciosa vida?». No es una cuestión fácil de responder. Pero, claro, para poder afrontar la profunda reflexión que conlleva hay que habérsela planteado antes, algo inusual en las frenéticas circunstancias en las que sobrevivimos. Hoy la calma es un bien de lujo, y ni siquiera está a la venta. Recuerdo la primera vez que leí esos versos, hace ya tiempo, tanto que yo era entonces una persona distinta, otra mujer, no mejor ni peor, solo diferente. Lo hice en voz alta, que es como debe recitarse siempre la poesía para que trascienda y no se quede en la superficie del intelecto, donde acumulamos las narraciones mundanas, aquellas que tienen que ver con la frivolidad y el placer. Te confieso que no sucedió mucho más en aquel momento, aparte de quedarme prendada de esa voz recién descubierta, a la que me pasé meses buscando en cada librería que visitaba, sin importar la ciudad o el país. Lo sigo haciendo, me pregunto: «Dime, Inés, ¿qué piensas hacer con tu única, salvaje y preciosa vida?». Y cada vez estoy más cerca de la respuesta.

Quien tiene pasión por la palabra y está abierto a ella recibe, tanto de los libros que ha leído como de las conversaciones que ha escuchado, un continuo acicate que le puede tentar a escribir, una especie de savia que le entra por todos los poros y lo encarrila hacia una expresión más eficaz y cuidadosa. Un escritor, aunque haya vislumbrado la inconsistencia de su aportación personal e incluso el aumento del caos que puede suponer, escribe a pesar de todo.

Es un fragmento del discurso que diste al recibir, el 15 de octubre de 1988, el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, que te concedieron junto a José Ángel Valente. ¿Por qué escribir?, ¿para

qué?, ¿con qué propósito?, ¿de qué sirve?, ¿son mis palabras útiles? Son preguntas que me hago, prácticamente, cada mañana y que ahora vuelvo a plantearme gracias a ti, contigo. Voy a tratar de articular bien la respuesta que quiero darte porque, antes de teclear o anotar las palabras, las pronuncio en ese espacio de dimensiones incognoscibles que es la mente. Me escucho, y luego lo escribo. Es decir, antes de hablar, pienso. Extraordinario, ¿verdad? He de confesarte que nunca creí que llegaría a escribir una novela, y ya van tres. Los escritores eran, para mí, seres extraordinarios, mitológicos. Me conformaba con leer. Pero no como premio de consolación. Leía porque así formaba parte, de algún modo, de ese lugar en el que ellos vivían, inventado, para que otros pudiéramos vivir. Hasta que comencé a escribir. No por imitación. Por necesidad. En todo este tiempo, ha habido reportajes y artículos, muchos. Entrevistas, otras tantas. Varios libros, relatos. Desde hace años, soy ciudadana de pleno derecho de ese territorio asombroso. Y, pese a la sucesión de desgracias, personales y colectivas, no pienso renunciar a esa nacionalidad. Gracias a ella, me tolero más e incluso intuyo la felicidad, a ratos, a lo lejos. Sigo empeñada, ahora más que nunca, en hacer de este mundo, a través de las palabras, un lugar más bello y habitable. Por eso escribo.

Y si digo contar, en lugar de recordar o revivir, como habitualmente se acostumbra, es porque, de hecho, en nuestras evocaciones solitarias existe un primer esbozo narrativo donde se contiene ya el germen esencial y común a toda invención literaria: la facultad de escoger. No es recordar, sino seleccionar los recuerdos de una determinada manera, lo que convierte al protagonista de cualquier situación, cuya mera repetición fotográfica no le puede contentar, en narrador (o sea sujeto y artífice) de ella.

Qué preciso y precioso esto que dices. Tú no llegaste a conocerlo,

pero Mariano Sigman, que además de tener una mente brillante y ser un tipo estupendo es un gran escritor, cuenta que todos los recuerdos se arraigan en una mirada, la que proyectamos hacia nuestra propia vida, una especie de perspectiva matizada y reformulada cada cierto tiempo, en el momento en que evocamos lo que sea, a quien sea. La memoria es narración, y una de las evidencias más bonitas es el relato del primer beso. «Es una narrativa construida a partir de datos, es ficción autobiográfica, vas añadiendo elementos que te permiten elaborar una historia». Eso me dijo Sigman, entre otras muchas e interesantes cosas, muy estimulantes, cuando me acerqué a él en busca de ayuda y respuestas a los innumerables interrogantes que me estaba planteando la escritura de la novela que entonces tenía entre manos. Prueba a evocar ese momento, inténtalo. El gozo de la primera vez, su dicha, las sensaciones, esa experiencia, es irrepetible, inolvidable, pese a que al recordarla cambiemos el relato, lo adaptemos, pues así somos, seres adaptativos, y autopoiéticos. Por eso, conviene que hagamos memoria, sí, que evoquemos esas primeras veces, incluso alteradas, que las compartamos y escuchemos a otros narrar las suyas, les preguntemos.

Desde que el mundo es mundo, vivir y morir vienen siendo la cara y la cruz de la misma moneda echada al aire, pero si sale cara es todavía más absurdo. Para mí, si quieren que les diga la verdad, lo raro es vivir.

Esto se lo haces decir a uno de los personajes de *Lo raro es vivir* (1996). Y tienes razón. La vida es una rareza extraordinaria. No me conoces, pero cualquiera de las personas que me rodean, que me quieren pese a todo, incluso a pesar de mí misma, te explicará, si le preguntas, que uno de los efectos más dañinos de mi tendencia a acumular preocupaciones en muchos casos ajenas, asuntos que ni

me van ni me vienen pero que yo convierto en propios, es mi incapacidad para disfrutar del aquí y del ahora. Soy una inepta del gozo y arrastro conmigo, a ese agujero de desasosiego que nada tiene que ver con el maravilloso libro de Fernando Pessoa, a quien esté cerca. A ti te pasó en su momento. Si yo miro atrás, hay mucha gente querida que ya no está. En esa genealogía de ausencias que me acompañan, la enfermedad, el cáncer, es la principal causa de muerte. Pienso mucho en todos ellos, mis muertos, para que algún día sea capaz de pensar en mí sin el peso de la fatalidad, para intentar alejarme de la desdicha y centrarme en vivir. Porque lo raro es eso, vivir.

Llevo más de un año haciendo revisión de mis errores y aguantando a pie quieto la soledad; la tuya de esos años me duele como los hijos que me negué a tener y que ahora desearía, echo de menos todo lo que no he sido capaz de dar.

La Eulalia de *Retahílas*, menudo personaje, de mis favoritos tuyos. A ella le pasa eso y a mí… me cuesta dejar que la luz me alumbre, huyo de ella, vivo en un estado de apagón permanente, en la penumbra, hasta escribo así. También quiero de ese modo, sintiéndome permanentemente insatisfecha, frustrada. Nunca es suficiente, lo conseguido, el reconocimiento, las sinceras alabanzas, los halagos. Y han de quererme así, no doy otra opción. No es fácil estar a mi lado, compartir mis desvelos, no siempre nocturnos, y saber que hay días en los que lo único que se me puede decir es te quiero, aun sabiendo que no servirá de nada. L. lo sabe y a pesar de ello me sigue acompañando, en los viajes de trabajo y en la vida, sin dudas ni condiciones, por muy irracionales y dañinos que sean algunos de mis pensamientos, de mis comportamientos. Entre tú y yo, es extraordinaria, y su amor también. Paciente mientras sujeta la puerta del baño en el tren, pues a mi fobia a los ascensores se suma

la de quedarme encerrada en los baños públicos. Pero ella lo aguanta, me sostiene. Incluso cuando no la dejo que lo haga, dispuesta a salir en mitad de la noche a buscar una farmacia de guardia mientras la migraña me hace vomitar, sensible a mi desánimo, nunca condescendiente. Soy afortunada, lo somos, las dos, desde hace ya casi diez años. Nos acoplamos, tuvimos esa suerte. Nos adaptamos, la una a la otra, nuestros gustos, manías, caracteres, los amigos, las familias. Encajamos las dos únicas piezas de ese puzle que se descolocará muchas veces, es la vida, pero tendrá solución, eso sí, y todo irá bien. Estaremos bien. Seguro.

La idea de que mi madre se muriera me resultaba casi inconcebible; alguna de aquellas tardes en que los iba a ver y los miraba a la luz de la lámpara roja sentados allí con el periódico, la baraja y el cesto de la labor, trataba de imaginarme lo que sería oír el tictac y las campanadas del reloj cuando ya no estuvieran ellos en el mundo y notaba como un pinchazo raro en el costado, pero recuerdo que una vez que estaba mirando la esfera del reloj y pensando esto, desvié los ojos hacia la camilla porque noté que ella, que siempre parecía que adivinaba los malos pensamientos y era maestra en disiparlos, me estaba mirando y me sonreía con aquella sonrisa incomparable y sabia: «¿Qué piensas, vidiña?», y yo le sonreía también y le contesté que nada, porque de verdad sentí que no era nada, que era absurdo pensar que ella iba a dejar algún día de estar donde estaba ni de proteger mis pensamientos como un dique que les impidiera desbocarse hacia la negrura.

La paternidad y la maternidad son, quizá, las decisiones más difíciles a las que nos enfrentamos a lo largo de nuestra vida, y de las que más a la ligera se toman. Crean un vínculo indisoluble y, sin embargo, fácil de corroer, sensible, más que ningún otro, al abandono y la dejadez, al egoísmo y la irresponsabilidad. Yo no

quise ser madre, así lo elegí, tuve esa oportunidad. No considero que sea una condición necesaria para vivir plenamente como mujer. Respeto, no obstante, a quien así lo cree y he sufrido la pérdida, primero, de mi madre y, años después, de mi padre. La orfandad te quiebra, te parte en dos la espina dorsal que te mantenía erguida, te sientes desamparada, sola, indefensa, no importa la edad que tengas. Pero ni la paternidad ni la maternidad son garantía de humanidad y bondad. Ser padre o madre no te convierte en mejor persona, y tampoco te salva de nada. Pienso en ti, huérfana y huérfila. Y en mí, hija sin hijos ni padres ya.

De pronto ella se puso a hablar. Dijo que qué bonito sería saber dibujar todo lo que se ve exactamente igual a como es, pero con todos los detallitos que haya hasta en lo más escondido, de bichos, hierba, piedrecitas, pajas y hoyos, todo, un dibujo completo donde no quedara nada por meter, «también lo que no se ve, ¿sabes?», y lo decía muy excitada, con el entusiasmo de imaginarlo y la impaciencia de considerar su dificultad […]. Me molestaba decirle una mentira, pero es que no podía aguantar la desazón que sentía desde que nos habíamos acostado, agrandada por el miedo de contagiársela si tenía que seguir respondiendo a sus preguntas. Era el vértigo de perder pie, como un temor a desprenderse y rodar por los abismos. Pensé que cuando pueda hablar con ella de mis miedos, habré perdido ya el de hacerle daño, pero en cambio también seré vieja.

En su libro *Noches azules*, Joan Didion, otra vez ella, escribe: «Cuando hablamos de mortalidad, estamos hablando de nuestros hijos. ¿Puede haber para un mortal un dolor mayor que ver a sus hijos muertos?». No, ¿verdad? Faltaba mucho, cuando escribiste las líneas que preceden a estas mías, para que tú perdieras a tu hija. Marta, que murió a los 28 años, tenía entonces ocho, era solo una

niña. Quienes nos quedamos sin padres somos *huérfanos*, pero en la lengua española no hay un término que permita definir a los padres que, como tú y como Didion, sufren la pérdida de un hijo. Carecen, por tanto, de existencia en el lenguaje, la herramienta que sirve para nombrar la realidad, para volverla corpórea, aunque siga siendo incomprensible. Sí lo hay en hebreo y es, además, una palabra muy hermosa, bien bonita: *shakul*. Viene del mundo vegetal y describe la rama de la vid ya vendimiada, sin fruto. Lo descubrí leyendo *Vivir con nuestros muertos*, de la rabina francesa Delphine Horvilleur. Yo siempre he pensado más en la muerte de mi madre que en la mía propia. De hecho, su ausencia, tan dolorosamente presente, ha marcado buena parte de mi existencia. Hace poco cumplí 42 años, uno más que los que ella tenía cuando murió. No puedo evitar, ni siquiera ahora, hacer esos funestos cálculos y sentirme frágil y pequeña y mortal.

Mi isla de Bergai

LAURA BARRACHINA

Yo no tuve un cuarto de atrás, yo tuve una buhardilla que fue mi isla de Bergai. No les suena. Normal. No viene en los mapas. Además, antes de llegar a ella hay que perderse una temporada, volver de alguna guerra, como con Ítaca, como yo con Carmen Martín Gaite y mi buhardilla. En la parte trasera de la casa salmantina en la que nació la escritora había un cuarto en el que, de niñas, ella y su hermana Ana María jugaban, pintaban, leían y vivían lejos de la mirada y el orden de los adultos. Cuando llegó la Guerra Civil, aquel cuarto de atrás, aquella habitación propia, fue convirtiéndose en despensa y en almacén, la isla fue colonizada, el territorio ocupado, la libertad cercenada por las necesidades del mundo adulto. En el caso de Carmiña fue una guerra la que lo precipitó, pero todos acabamos inexorablemente siendo expulsados del cuarto de atrás y, del mismo modo que nos pasamos la vida intentando recuperar aquel sol de la infancia, todos intentamos volver al cuarto de atrás. Ella lo hizo constantemente a través de la escritura y acabó regresando, también físicamente, al convertir el estudio de su casa madrileña de Doctor Esquerdo en otro cuarto de atrás invadido de libros, papeles, fotografías, cachivaches, ceniceros y pitillos. Todo esto lo explicó la propia escritora en *El cuarto de atrás*, uno de sus mejores libros y de los más insólitos de nuestra tradición, entre el cuento fantástico y las memorias, entre Kafka y Proust.

Cuando en 1994 le otorgaron el Premio Nacional de las Letras

Españolas, la escritora dio desde ese cuarto de atrás una entrevista improvisada para televisión en la que aparece bellísima con su pelo plateado, una camisa gris remangada que deja ver un fino reloj en su muñeca izquierda y un par de pulseras en la derecha. Tiene los codos apoyados en una mesita y a su espalda asoman libros, cuadros, flores, tarjetones, relojes y figuritas. En el vídeo, que circula por internet, también hay unos planos de ella escribiendo a mano en una mesa en la que se ven sus gafas y una barra de pegamento roja con la que componía los *collages* que hacía desde niña. Me embelesa mirar ese vídeo, cotillear todo lo que puedo su cuarto de atrás y el pasador que recoge su pelo, el anillo de su mano izquierda con la que hace un puño para recoger la derecha. Está serena, diría que en paz. Es noviembre de 1994, seis meses antes ha publicado, a tiempo para firmarla en la Feria del Libro de Madrid, *La reina de las nieves*, la novela que tantas décadas había tenido apartada y en la que ofrece el final que no pudo tener en vida su hija Marta, la gran interlocutora de su vida, fallecida en 1985 a los veintinueve por complicaciones derivadas del sida. Carmen tiene sesenta y nueve años, mucha tragedia en su interior —Marta es el segundo hijo que pierde después del bebé Miguel—, pero aún va a publicar dos novelas más, dejará una inconclusa y, además, diría yo, no solo está tranquila en su cuarto de atrás, sabe también que ha llegado a Bergai. «No viene en los mapas», le dice C., la escritora protagonista de *El cuarto de atrás*, al enigmático hombre de negro que la visita, sin avisar, una insólita noche de tormenta en la que ambos repasan la vida y la obra de una muy extrañada, pero lúcida, C. «A Bergai se llegaba por el aire. Bastaba con mirar a la ventana, invocar el lugar con los ojos cerrados y se producía la levitación. "Siempre que notes que no te quieren mucho —me dijo mi amiga—, o que no entiendes algo, te vienes a Bergai. Yo te estaré esperando allí"».

Aquella amiga, tan especial como se refleja en la novela, tan

influyente en nuestra escritora, se llamaba Sofía Bermejo y el nombre de la isla era la apócope de los apellidos de ambas, algo que, como dice Martín Gaite, era muy habitual en los comercios y empresas de Salamanca. Lo comprobé la época en la que iba con frecuencia a la ciudad del Tormes. Durante años atravesábamos la avenida Marosan entre calles con nombres de aves: de la Urraca, de las Perdices, de las Golondrinas, de los Faisanes, del Loro…, de modo que tenía asimilado, no sin extrañeza, que un marosan tendría que ser un ave autóctona, seguro que incluso Delibes la habría descrito en alguno de sus textos. La imaginé como un ave menuda, cantarina, de pico negro, plumaje color tierra y patitas rojas. Aquel pájaro en mano se me convirtió en cientos volando. Se me desvaneció entre los dedos durante una conversación informal en la que alguien explicó que el nombre de la avenida respondía a la contracción de Mariano Rodríguez Sánchez, el empresario que urbanizó aquella zona y que se puso a sí mismo una avenida. Fue cortísima la vida del pequeño, hermoso y cantarín marosan para el que siempre hay una ramita disponible en mi Bergai.

Cada vez que pienso que no me quieren mucho o cuando no entiendo nada de lo que pasa a mi alrededor, imagino esa isla y deseo fuertemente que alguien me esté esperando en Bergai. Hace unos años pasé una época difícil y para intentar navegar hasta ella probé el psicoanálisis. Por supuesto el terapeuta era argentino, se llamaba Francisco, como el papa, también argentino, de entonces. Ahora me pregunto si mi psicoanalista también eligió un nuevo nombre para empezar a ejercer o para usar en consulta, me parecería muy razonable porque con el verbo empezó todo. Durante seis meses le visité cada semana, muy poco tiempo para el psicoanálisis, al parecer, porque ahí no se sabe muy bien qué se busca; uno habla, cuenta, da muchas puntadas sin hilo hasta que Francisco creía enhebrar algo. Me sacaba de quicio porque yo le contaba muchas cosas y él era incapaz de armar el relato que,

evidentemente, yo le estaba poniendo en bandeja. Daban ganas de decirle: «Dame tu plumita y tus tarjetones que ya te escribo yo esta novela»; porque al final todo va de eso, de los cuentos que nos contamos a nosotros mismos sobre nosotros mismos. Francisco era muy educado, eso sí, y me advirtió muy pronto del mecanismo de sus sesiones: él me escucharía, me haría preguntas, tomaría notas y solo cuando creyera entender algún patrón, me interrumpiría para contarme lo que él interpretaba y yo sería libre de decirle que se estaba equivocando. Solo pasó una vez y lo hizo con la emoción del niño pequeño que por fin se sabe la respuesta a la pregunta que acaba de hacer la maestra.

Yo le había contado a Francisco que fui hija única casi toda mi infancia y que la había pasado en una casa grande con un jardín grande que había diseñado mi padre y a la que nos mudamos cuando aún estaba terminándose de construir. La casa tenía un sótano y una buhardilla cegados, espacios vacíos, sin pavimentar, sin yeso en las paredes, que cuando mis padres tuvieran algo de dinero y tiempo, terminarían de construir. En la planta principal había un salón, una cocina, un comedor y un baño; en la superior, dos habitaciones, dos baños y un muro tras el que se accedería a una rampa en la que algún día habría una escalera para subir a una buhardilla. En ese muro mis padres habían colgado un óleo de unos bueyes arando que mi madre pintó en su juventud y que ahora servía para tapar el pequeño boquete por el que nos colábamos a una buhardilla sin suelos ni paredes. Mi padre me metía por el agujero y yo subía por una rampa de cemento en la que ladrillos aislados hacían de escalón hasta un espacio oscuro y húmedo con cuyas inmensas posibilidades yo soñaba, era también como entrar en las tripas de una ballena.

Aunque ya tenía una habitación propia, un gran jardín y un perro, yo quería una buhardilla en la que —con siete años, calculo— deseaba instalar un estudio de pintura, una sala de juegos, una gran

casa de muñecas, una biblioteca, un mundo, en definitiva. Años después llegó el dinero, llegó el tiempo, llegó el sótano, mi hermano y la buhardilla, que resultó ser un error descomunal. Se mudaron los bueyes a otra pared, se derribó el muro del boquete y por aquella flamante escalera bajaba un calor infernal en verano y un frío ártico en invierno. La buhardilla estaba muy mal aislada, no tenía ventanas y además era muy pequeña. Mis padres renunciaron de inmediato a cualquier proyecto adulto allí arriba y cedieron aquel terreno virgen a la niña ligeramente asalvajada que nunca admitiría tener ni frío ni calor mientras tuviera el control total e incluso totalitario sobre aquel espacio. Subí a todas mis muñecas, mi biblioteca de *Celia*, cuadernos y lápices Alpino, un par de sillas viejas, una mesa camilla destartalada, algunos vasos y platos que robé de la cocina, exigí que se me entregaran mantas y sábanas en desuso y con todo aquel heterodoxo material levanté mi imperio austrohúngaro, una fortaleza a la que no estaban invitados los adultos. Sin embargo, una vez se coló uno, deduzco que mi madre o mi padre, aunque no hay consenso al respecto de quién hizo la única foto que tengo en la buhardilla y en la que salgo en bañador de colores y zapatillas de lona verdes sentada sobre un somier sin colchón y abrazada a una Nenuco rubísima. Nunca he vuelto a tener una sonrisa tan ancha, ni la piel tan morena.

Francisco tomaba nota de todo esto en unos tarjetones blancos que le encontraba repasando hundido en su sillón cada vez que llegaba a la consulta. Un sillón itinerante que deambulaba por la consulta intercambiando posiciones con el resto de los muebles. Creo que es posible que siguiera visitándole para ver dónde había colocado esta vez su butaca, dónde la mía —siempre a una distancia ni mucha ni poca la una frente a la otra—, dónde un escritorio de madera estilo isabelino al que nunca le vi sentarse y dónde esa cama que ejercía de diván junto a un biombo. Qué cosas tendrá la gente en su cabeza que han de contarse tras un biombo o tras la

ficción, pienso ahora.

Después de muchos intercambios de muebles y de rellenar tarjetones, aburrida ya como estaba de contarle historias de mi infancia sin que él hubiera compuesto ni un microcuento decente, decidimos pasar a la juventud. Le expliqué que, a pesar de haber vivido en varios países, tenía una deuda pendiente con mi propia ciudad y le dije que mi sueño era vivir, algún día, en una zona céntrica de Madrid, muy cerca de donde estaba su consulta, por los Austrias, por ejemplo, rodeada de libros y, por qué no, ya que estábamos fantaseando, en una buhardilla. Eureka. Francisco, calvo, casi siempre vestido con chalequitos, pantalones de pinzas, con la dentadura algo suelta —podríamos decir que era un señor bastante mayor—, bigote y gafas, detuvo mi relato solamente levantando la mirada sobre las gafas, que se le quedaron en la punta de su larga nariz. Sonrió. Eureka.

Quizá no encontraríamos nunca un trauma aberrante, pero tras meses de excavación, Francisco había dado con una teselita de un mosaico que le permitió construir toda una casa romana. Era obvio, dijo el argentino, que yo necesitaba, deseaba, volver a aquella buhardilla de la infancia, aquel refugio. Pues vaya descubrimiento, querido Francisco, para este viaje no necesitábamos estas alforjas, solo a Carmen Martín Gaite.

Sigo repasando ahora la fotografía de esa niña morenísima que fui y descubro que en la pared tras ella hay un dibujo colgado. Amplío la foto. He pintado con un rotulador negro de punta ancha una ventana con sus cuarterones y sus cortinas en los laterales. A lo lejos he dibujado un árbol que, a pesar de ser esquemático, veo claramente que es un ciprés.

Siempre hay que abrir ventanas, sirven para ver lo que pasa ahí afuera, pero también para ver lo que pasa ahí dentro. Carmen Martín Gaite «hacía los dos palos», esa es la expresión que usó en 1981 cuando Joaquín Soler, en el programa de televisión *A fondo*, le

preguntó si su intimismo era de adentro afuera o de afuera adentro. «Eso es como mirar por la ventana, que unas veces mira uno la calle desde la ventana y otras mira uno a las casas, los interiores, desde la calle. Yo hago a los dos palos». Por entonces yo sabía sin saberlo que para escribir una necesita un cuarto de atrás y una ventana por la que escapar y por la que entrar, ya iba camino de ser una mujer ventanera. Esta es la expresión que la escritora usó en «De su ventana a la mía», un precioso texto de 1982 que le dedica a su madre, fallecida cuatro años antes, a partir de un sueño que tiene en Nueva York en el que se comunica con ella mediante reflejos de luz a través de las ventanas. Su madre cosía siempre cerca de una ventana en la que descansar la vista de la labor cuando empezaba a caer la tarde y por la que poder fugarse bien lejos durante un rato para volver justo a tiempo de correr las cortinas al hacerse de noche.

Yo dibujé una ventana en mi buhardilla como punto de fuga, pero también para que pudiera colarse alguien y hablar conmigo, seguramente lo que más me gustaba hacer de pequeña, más que mi buhardilla y mis Nenucos, y por lo que siempre era severamente castigada en el colegio. Unos años antes de la instauración de mi imperio de las alturas pasé por una terrible experiencia durante una operación sin importancia: me extirparon las vegetaciones, una forma muy poética de llamar comúnmente a las glándulas adenoides, un tejido que se encuentra en la garganta detrás de la nariz y que a mí se me inflamaba y me sobraba como a otros el apéndice. Es curioso que a uno le sobren partes del cuerpo y no las eche de menos y sin embargo no pueda dejar de añorar a personas que tienen otro cuerpo independiente, otro tejido, otro ADN. La operación es muy sencilla, se hace por la boca y no costó nada, salvo las magulladuras que quedaron en mi dignidad y mi confianza. Yo tenía entonces seis años y desde hacía un par mi mayor habilidad era la cháchara, asombrar a los pacientes del ambulatorio de San

Blas al que iba con mi abuela al recitar de memoria el cuento que tenía entre las manos y convencerlos de que ya sabía leer. También era una atracción en las cenas de amigos de mis padres, no era como Rosario Flores en el Lerele, a la que despertaban para que los invitados pudieran ver lo salerosa que era la niña, pero yo ofrecía charlas inconexas que daban el pego sobre todo lo que ellos quisieran preguntarme, yo tenía buen oído aunque tuviera vegetaciones y sabía reproducir todo aquello que escuchaba, yo había nacido para rajar, para encantar con la palabrería. Así que cuando entré al quirófano y el cirujano me colocó una mascarilla de gas sobre la boca y la nariz y me pidió que le contara lo que había hecho en el cole el día antes, yo no sospeché nada raro, reflexioné unos segundos sobre qué podía contarle y empecé a hablar entusiasmada de la enorme montaña de arena que habíamos hecho en el patio y las ramas que habíamos colocado sobre ella para que pareciera una colina en miniatura llena de árboles, también le expliqué lo mucho que me gustaba jugar con Alvarito, que tenía el pelo rubio como el protagonista de *Tobi*, el niño de aquella película al que le salen alas y se convierte en un ángel, todo esto iba yo contando hasta quedarme dormida, seguro que ralentizando frases y palabras como si fuera un muñeco al que se le ha ido agotando la batería. Me di cuenta de la traición al despertarme en el mismo sitio, tumbada sobre la misma camilla del mismo quirófano y con el mismo doctor mirándome del revés. A aquel otorrinolaringólogo no le importaba nada lo que me había preguntado, ni Tobi, ni Álvaro ni las ramas, solo quería comprobar que me quedaba dormida.

Ojalá pudiera retroceder estos casi cuarenta años, volver a la clínica San Francisco de Asís y decirle al doctor León que no jugara con mis sentimientos, que fuera de frente y que mejor me hiciera contar inversamente hasta veinte, que mis batallitas se las reservaba a mi psicoanalista. Por eso creo que he tardado tanto tiempo en sentarme a escribir, porque me he pasado la vida deseando hablar y

hablando, dedicándome al precioso arte del charloteo y el palique, un género literario efímero y bellísimo. He dedicado mi tiempo a la búsqueda de interlocutores y afortunadamente los he ido encontrando siempre, salvo en el doctor León, él se lo pierde.

Carmen Martín Gaite decía que a ella lo que le gustaba era estar de cháchara, rajar y rajar, pero que como eso a veces fallaba, escribía, en busca de interlocutor. Se lo dijo a Joaquín Soler Serrano en *A fondo*: «Si siempre pudiéramos hablar bien con toda la gente y tal como queremos y tuviéramos una pausa para hablar y ser escuchados y escuchar, quizá no escribiríamos, es como un sucedáneo, en vista de que no tienes ese interlocutor te pones a escribir». Hablar bien. Qué difícil es hoy en día hablar bien, es decir, sin interrupciones del teléfono móvil, cara a cara, sin el reloj como una guillotina, escuchar y ser escuchado, estar abierto a que lo que tenga que decir el otro te transforme. En esa misma entrevista, en 1980, la autora decía que era sorprendente lo mal que los seres humanos hablamos con nuestros semejantes. Me pregunto qué diría ella de las notas de voz, de las peroratas que soltamos como mensajes en una botella, monólogos que esperamos que alguien recoja y nos devuelva con cuidado como hacíamos antes con las cartas, como hacen las protagonistas de su novela *Nubosidad variable*. A pesar de que soy muy crítica con las notas de voz porque me parece que pueden dar lugar a soliloquios ensimismados y egocéntricos, también tengo que reconocer que el género epistolar puede adolecer de lo mismo, aunque tenga mejor prensa. ¿Ficcionamos más cuando escribimos cartas que cuando hablamos porque podemos elegir con más calma las palabras y las ideas? ¿En cuál de las dos facetas mentimos menos, nos exponemos más? Creo que siempre, el buen interlocutor, el buen lector, encuentra la verdad, sea cual sea, entre líneas, en las palabras escogidas, en lo que se ha decidido no decir. Un buen interlocutor siempre entiende, siempre detecta el mar de fondo, la generosidad del que habla o su

egoísmo. Me interesa esa idea de leer a alguien como si fuera un libro porque toda comunicación es un lenguaje que hay que descifrar: los ojos, las manos, la boca, el cuerpo entero se puede leer. Esto nos convierte en permanentes lectores y traductores. Cuando besamos, por ejemplo, estamos traduciendo el lenguaje del otro al nuestro de forma simultánea. Siempre me ha gustado pensar que el amor es una conversación que deseamos tener con el otro y que cuando dejamos de tener esa necesidad de hablar con la otra persona, de la forma que sea, es cuando acaba el amor, las distintas formas del amor. Quizá por eso hay que hacer como Sherezade y dosificar el relato.

También por eso elegir las palabras para el otro con cuidado es una forma de cuidarlo porque nos hemos acostumbrado a decir que las palabras solo son palabras y no es del todo cierto, las palabras arropan y arañan, las palabras crean, las palabras son un cuerpo a veces misterioso al que agarrarnos y que ofrecer al otro. Y esto es también bien misterioso porque a veces ponemos todo ese amor, todo ese cuidado en ese otro que no sabemos quién es ni siquiera si alguna vez será. En *La búsqueda de interlocutor*, el texto que da nombre al volumen que recopila ensayos de diferentes asuntos, la escritora desarrolla toda esta idea sobre el origen, la necesidad de la comunicación que acaba desembocando en la escritura aun no sabiendo quién recogerá todas esas palabras, toda esa vida que los escritores vuelcan en cada novela: «Pero el escritor […] escribe a pesar de todo. No le basta con consumir, quiere decir *lo suyo*, nuevo o viejo. Y cuanto más suyo lo haya hecho antes de decirlo, cuanto más lo grite desde su limitación y soledad, desde su objetividad insatisfecha, más fuerza tendrá para atravesar un día esa muralla opresora que le sofoca». Así que se escribe (y seguramente se lee) porque se está solo.

Yo colonicé una buhardilla para crear un pequeño universo del mismo modo que después, cuando también me echaron del cuarto

de atrás y no me dejaron seguir jugando con muñecas, lo construí en mis cuentos, primero los que contaba en voz alta a mis amigas en los corrillos que hacíamos en verano sobre las toallas de la piscina, allí me sentía como una hechicera que daba vueltas a su caldero sobre el fuego mientras las aprendices la escuchaban con atención. Chismes, milongas, historias, más tarde escribí cuentos. La cosa era, la cosa es, no dejar de buscar a los otros, llevarme a alguien a la buhardilla. Y así llegué a la radio, otro fuego en torno al que reunirnos a contar y escuchar historias; primero fui oyente, después oficiaba yo la ceremonia, una tan misteriosa como la escritura: ni el escritor ni el locutor saben del todo bien a quién le hablan, a quién se dirigen, y en ambos casos no cabe ni el engolamiento ni la pretenciosidad. Siempre me ha gustado pensar que los oyentes son más inteligentes que los locutores y creo que también es así como debe tratar el escritor al lector, como al interlocutor más brillante que pueda imaginar, que nunca le pueda pillar una puntada mal dada, esas que las buenas costureras advierten por el revés de la tela.

A veces, cuando la prisa por acabar un texto me lleva a una frase hecha, me acuerdo de mi abuela primero y luego de mi madre diciéndome, las dos al unísono: deshaz esa puntada y repítela porque te está quedando suelto ese bajo y en dos días el pantalón te va a arrastrar. A veces no es nada fácil enhebrar una aguja, se chupa el hilo, se vuelve a cortar, pero nada, hay que dejarlo estar unos segundos, retomar el pulso, la paciencia y la vista. Y entonces hay que hilvanar, dar la puntada correcta para cada tejido, para cada corte. No es casualidad que las mismas mujeres que nos enseñaron a coser también nos enseñaran a leer; en la misma mesa en la que juntábamos la *eme* con la *a*, después nos enseñaban a zurcir un calcetín. A Carmen Martín Gaite también le enseñó su madre a coser en el cuarto de atrás, en aquella mesa junto a la ventana. Y con aquella lección de costura también llegó la primera literaria:

«Ponerse a contar es como empezar a coser; es ir una puntada detrás de otra, sean vainicas o recuerdos», escribe en *El cuento de nunca acabar*, otro texto en el que la salmantina vuelca sus ideas sobre la escritura de tal modo que parece que nos está susurrando al oído, que una tiene a Carmiña sentadita aquí al lado contándonos esto y aquello. Yo, de hecho, a Carmen Martín Gaite la tengo siempre sentada en este sofá beis en el que ahora duerme arremolinado mi perro. Ella fuma y, por supuesto, lleva boina y me dice: «Sigue escribiendo, Laura, no le tengas tanto miedo que no te está viendo nadie, solo yo, y a mí me parece bien, puntada firme y ligera». Me imagino que me dice estas cosas, sé cómo me hablaría ella porque la he leído mucho y a veces me dice cosas que ella ha escrito. Por cierto, mira que has escrito, Carmen. Qué trabajadora has sido y qué diversa: ensayista, novelista, cuentista, traductora, guionista, un poco cantante y actriz. Ahora mismo, por ejemplo, que empiezo a perderme un poco, me está diciendo esto que ella escribió en los *collages* que hizo en el otoño de 1980 durante su estancia en Nueva York: «Tienes que acordarte siempre (y eso te pasa igual en Doctor Esquerdo) de que la única manera de empezar a ordenar el caos es: 1) Encender la luz sobre él. 2) Sentarse».

Cuántas veces me ha salvado Carmen, cuántas ganas de tirar a la basura todo lo que había escrito me ha sofocado ella, invitándome a un pitillo y a un poco de charla. En una de esas noches de caos, ella, para no fumar, se puso a coser. Los que alguna vez la han visto coser saben que era un prodigio, que todo lo que hacía con las manos, como pelar patatas, lo hacía bien, que podía hablar y mirarte sin cortarse y dejar un tirabuzón de monda bien hermoso y el tubérculo limpio. Y así, cosiendo, me preguntó, como suelen hacer todos los que se dan cuenta, por mis audífonos, «tan joven y así», me dijo. Le expliqué que yo, a diferencia de ella, que se había atrevido a someterse a una operación de oído de alto riesgo en 1980, no me atreví a correrlo cuando empecé, como ella, a perder

audición, ¿y si algo hubiera fallado y no pudiera volver nunca más a escuchar música o ya no pudiera ponerme alegremente de cháchara en cualquier tienda con su dependiente? Y luego le pregunté: «¿Cómo pudiste estar dos semanas sin poder hablar ni escuchar?». «No lo sé —creo que me dijo—, se acostumbra una a todo tipo de cosas horribles que una no sabe ni cómo». Y creo que se estaba refiriendo a haber perdido a dos hijos, especialmente a Marta, su gran interlocutora, y haber sido capaz de seguir viviendo.

Mi madre siempre dice algo que seguramente aprendió de la suya: «Que no nos dé Dios todo lo que podemos aguantar». Y yo creo que si lo consiguió es porque escribiendo pudo seguir hablando con ella, porque siguió escribiendo para Marta, como atestigua la dedicatoria de *La reina de las nieves*: «Para Hans Christian Andersen, sin cuya colaboración este libro nunca se habría escrito. Y en memoria de mi hija, por el entusiasmo con que alentaba semejante colaboración». Escribimos y leemos para convocar fantasmas y para ahuyentarlos, para estar y no estar, para ver y ser vistos, para volver a la buhardilla, abrir ventanas y para encontrar Bergai. Yo, leyendo a Carmen Martín Gaite siempre la encuentro.

El canon de la fiebre, o una reescritura íntima del ensayo «De Jerusalem a Jericó»

LUNA MIGUEL

A finales del verano, un amigo mío me preguntó qué me traía entre manos. Yo desconfío bastante de los resúmenes sobre un trabajo en gestación, porque arrojan una luz artificial, escamoteadora, de la misma confusión que obnubila el asunto, ¿superstición ante la exposición impúdica de esas ideas aún por nacer, a las que el crítico Maurice Blanchot se refería como «el todavía-no del pensamiento»?

Pero, con todo, le dije a mi amigo que andaba metida en una especie de investigación de lo que a mí me gusta llamar «el canon de la fiebre». ¿El canon desde qué punto de vista?, preguntó él, y no se lo supe decir, porque en seguida noté que su mirada parecía más dispuesta a contradecir mis intuiciones que a avivar el fuego de la pasión con la que yo las estaba germinando. Es un canon secreto, alcancé a responder, aunque cada vez más accesible. Es una torre de libros apilados los unos sobre los otros, continué argumentando, cuya hermandad no viene marcada por el estilo, ni por la generación, ni por la denominación de origen, sino más bien por el modo en que íntimamente se intentó censurarlos. Es una nómina del todo incensurable, me crecí entonces, incluso si aquellas que firmaron sus páginas puede que nunca sepan de qué manera esos manuscritos sortearon el fuego y tomaron una y otra vez las imprentas. Con «censura íntima», le precisé —porque su gesto ya

empezaba a preocuparme—, quizá yo solo esté cayendo en el error de embellecer un acto criminal. ¿Un atentado contra la escritura de ellas?, preguntó él. Un sabotaje deliberado del ingenio femenino, asentí yo, y un intento de asesinato a su inteligencia, ejecutado en la mayoría de los casos por quienes irónicamente fueron sus compañeros de corazón, de alma y de cama. Porque la historia de la literatura también es la historia de los intentos de su censura; y la historia de la censura también es la historia de los miembros masculinos de las parejas de escritores que, quién sabe si airados, envidiosos, o simplemente cegados por la misoginia de su época, invitaron a sus esposas o a sus amantes a no publicar nunca aquello, a no difundir tanto aquello, a no enseñar a nadie jamás aquello tan raro, tan nuevo, o tan radical que escribieron.

Mi amigo miró al infinito y no siguió preguntando. Pareció interesarle lo que yo sugería con tanta emoción, pero al mismo tiempo advertí en él una negativa a decir lo que pensaba verdaderamente. Tras unos balbuceos, por fin atacó: ¿lo dices por lo que tú y yo sabemos sobre nuestra querida L. S.? Como lo más seguro es que muchas de las aquí presentes no tengan ni la menor idea de a quién se refería mi amigo, procederé a explicarlo con detalles. Resulta que L. S. es una profesora de filosofía de una universidad pública de Madrid por la que ambos sentimos mucho respeto. Hace apenas tres años, después de que le dieran la plaza definitiva como profesora de estética, se atrevió a celebrar su éxito con otro anuncio importante a su círculo más cercano. La misma noche en que todos brindábamos en su apartamento de Yeserías, nos reconoció que, además de ser titular, también iba a ser autora, por primera vez, de un libro que había estado ideando prácticamente sin avisar a nadie. Alegres, volvimos todos a chocar las copas, y después de unas horas aspirando tabaco y conversando sobre sus sueños cumplidos, la dejamos de nuevo a solas con su esposo y con sus nuevas alegrías. Ojalá nos hubiéramos quedado a su lado, me

dijo mi amigo. Lo que pasó después no es nuestra culpa, le respondí yo. Porque, de acuerdo con el relato de L. S., a quien sin duda creímos, nada más abandonar la casa, su marido, también profesor, también ensayista, también aspirante a vete tú a saber qué se creía él, visiblemente ebrio y en pleno ataque de celos ante el éxito ajeno, despertó a medio vecindario tras empeñarse en destrozar a patadas el escritorio de nuestra colega. ¿Pero a ti te pegó?, recuerdo que le preguntó mi amigo días después, ¿se atrevió a tocarte? Le dio una paliza a mi escritorio, el escritorio en el que había terminado de escribir al fin mi primer libro; ¿no es eso, acaso, una manera de apalizarme?

No se lo dije a mi amigo, pero en mi concepción de «canon de la fiebre» yo no había contemplado para nada el caso de L. S., aunque sin duda tendría que haberlo hecho. La recuperación de esa anécdota, lejos de inspirarme, me llevó a repensar mi propio proyecto de escritura: a veces lo que buscamos está más cerca de lo que pensábamos, y aunque yo podría haber pasado las últimas semanas de agosto enteras investigando en una dirección muy concreta, y centrándome exclusivamente en las lecturas que a mí me habían dado esa idea, lo cierto es que la conciencia de tener tan cerca de mí un caso de intento de censura íntima tan flagrante me llevó a preguntarme cuántas circunstancias similares más me habría dejado por el camino. Pero no desistí.

Dijo Carmen Martín Gaite, al comienzo de *El cuento de nunca acabar (apuntes sobre la narración, el amor y la mentira)*, que con los libros pasa lo mismo que con las personas: unos empiezan a hablarte de otros «y se va tejiendo y ampliando la red de conocidos de amigos, y de amigos de conocidos, a los que se acaba conociendo por curiosidad y por azar». Por mi amigo, pues, yo recuperé la historia y el libro de L. S., y me di cuenta de que mis notas estarían incompletas si en ellas no se precisaba que todo análisis feminista de la literatura debe ser atravesado tanto por las

obras de antaño como por las de nuestro presente. La ausencia de figuras de hoy en las problemáticas heredadas del ayer podría dar a entender que nuestra contemporaneidad está libre de los males del pasado, y eso, como hemos visto, es absolutamente falso.

Ahora bien, ¿por qué «el canon de la fiebre»? ¿De dónde me he sacado ese título y por qué es importante? Muy sencillo: porque de entre todos los libros de esta maldita lista, hay uno que destaca por encima de los demás, uno escrito precisamente por Martín Gaite, que nos servirá como columna vertebral para esta vía de análisis alrededor de los estragos de la censura íntima.

Resulta que Carmen Martín Gaite contrajo tifus en 1949. Ella tenía apenas veinticuatro años y la enfermedad la dejó postrada en cama más de un mes. Durante su convalecencia, escribió *El libro de la fiebre*, una obra metaficcional que dibuja los delirios, sueños y pensamientos fragmentarios que tuvo durante los días de fiebre. «Empezaré mi libro», declara, con sencillez, al inicio de este experimento, «yo no soy responsable de mi libro», prosigue un poco después, «alguien me lo injertó y aunque no lo escribiera, viviría. Yo lo he visto, lo he leído muchas veces. Me acuerdo de sus márgenes y de sus galerías, me acuerdo de su ruido». Como toda obra experimental, entusiástica e incompleta, nacida fundamentalmente del yo juvenil y aderezada con cierta magia, *El libro de la fiebre* no cumplió con las expectativas de los lectores más cercanos de la narradora salamantina, que durante el resto de su vida mantendría el texto semihundido y escondido en un perro cajón. Sí aparecieron por ciertas revistas algunos de los fragmentos más pulidos, que más adelante sirvieron para que Maria Vittoria Calvi recompusiera el puzle de su escritura y preparase una edición que no se publicaría hasta 2007, esto es, siete años después del fallecimiento de la autora de *Nubosidad variable*.

Qué curiosa historia y qué magnífico trabalenguas el de las frases aquí subrayadas de *El libro de la fiebre*. La sencillez de esa primera y

breve declaración, «escribiré…», se vuelve luego una suerte de profecía autocumplida en las manos de la autora: ¿la escritura como injerto? ¿Quién escribe el libro? ¿Es el libro el que nos escribe —injerta— a nosotras? ¿Vivir es igual a escribir? ¿Escribir es sinónimo de recordar, o viceversa? ¿Y qué pasa cuando lo que escribimos no es leído —aún— por absolutamente nadie? ¿Qué ocurre cuando nuestras palabras se quedan enfermas en un rincón desmemoriado del mundo? ¿Por qué importa leer lo que no pudo leerse? ¿Por qué importa saber qué ocurrió para que lo que no pudo leerse permaneciera en el silencio? Otra vez: ¿qué es «el canon de la fiebre»?

Es un canon secreto, aunque cada vez más accesible, le había dicho a mi amigo al final del verano. Es una torre de libros apilados los unos sobre los otros, cuya hermandad se define por el modo en que íntimamente se intentó censurarlos. Es una nómina, contra todo pronóstico, incensurable. «El canon de la fiebre» nace, en resumidas cuentas, cuando un escritor macho usa su falso amor para destruir a patadas el hermoso escritorio de un cuarto propio ajeno. ¿Por qué el escritor macho cree que tiene capacidad de decisión sobre la obra de la escritora fémina a la que acompaña?

Vamos a dejarnos de metáforas: *El libro de la fiebre* es una obra rechazada. Antes de casarse, el que luego sería el marido de la autora y padre de su descendencia, el también escritor Rafael Sánchez Ferlosio, sugirió sobre aquellas páginas que no eran literatura. Como hemos podido saber —más bien airear— algunos años más tarde, cuando un macho dice que algo no es literatura, significa en verdad que en esas páginas hay más literatura de la que cualquier lector cegado por su misoginia podría haber imaginado. José Teruel recuperó unas palabras muy tristes de la propia Martín Gaite a propósito de este conflicto: «Estaba muy entusiasmada y me parecía muy bonito, pero Rafael Sánchez Ferlosio, a quien se lo enseñé pocos meses después, cuando lo volví a ver en Madrid, me

dijo que no valía nada, que resultaba vago y caótico, así que solo llegué a publicar unos fragmentos». Más recatadas fueron las palabras de José Carlos Mainer en la crítica de *El libro de la fiebre* que publicó en *Babelia* en 2007: «No le gustó a su futuro marido, Rafael Sánchez Ferlosio, pero la joven narradora era obstinada en sus cosas: vulnerable, aunque también segura de sí». Luego, Mainer celebró que, a pesar del desaliento, Martín Gaite no se deshiciera de aquel texto: «Por eso ha sido una excelente idea que Calvi —a quien debemos el reciente y suculento rescate de los *Cuadernos de todo*— haya transcrito y prologado con pericia este breve original».

La censura íntima, por lo tanto, podría considerarse una especie de hermana romántica de la autocensura. No tanto la consecuencia del síndrome de la impostora ante el espejo como el miedo al rechazo por parte de nuestros lectores más amados: aquellos que forman parte de nuestra historia sentimental. La posible destrucción de *El libro de la fiebre* ante el juicio de «no vale nada» de Sánchez Ferlosio no es distinta al «mi papá no quería que mi mamá escribiera poemas» de Helena Paz Garro al retratar uno de los muchos capítulos de censura conyugal de Octavio Paz contra Elena Garro. Otro caso flagrante es el de Marvel Moreno y *El tiempo de las amazonas*, novela por muchas décadas censurada por la expareja de la colombiana, pues, según él, aquella obra no estaba a la altura de su memoria, incluso si era deseo de ella que el libro se publicara tras su muerte. Más célebres, y no por ello menos dignos de recordar, son los episodios de celosía literaria entre Ted Hughes y Sylvia Plath, palpables no solo en términos de la violencia ejercida contra la obra póstuma de ella —de quema de fragmentos de diarios a toqueteo sin consentimiento de la disposición de sus versos, u ocultación durante muchos años de su fantástica prosa—, sino también en el modo en el que él introdujo temas y técnicas de la poesía de su esposa en su propia escritura, especialmente en la que tenía que ver con lo visceral y con lo animal. ¡Ansiedad, sí, pero la de negar «cierta»

influencia! ¿O por qué desde las academias estudiamos el peso de la vida de ellos en las obras de ellas, y nunca el influjo de las estéticas o temáticas de ellas en el estilo de ellos?

Por no incurrir yo misma en el mal que señalo en relación con lo biográfico, resistiré la tentación de redactar anécdotas susceptibles de entenderse como mero cotilleo. La lista es tan extensa como la historia de la escritura misma, pero a veces las obras escapan al destino de los cuerpos, como en una especie de venganza. Pero la censura íntima, igual que otras formas de censura, siempre es reversible, y los trocitos machacados del escritorio de L.S. no impidieron que la filósofa se sentara en cualquier otra mesa de biblioteca, cafetería o despacho para acabar su manuscrito.

¿Empezaré mi libro?, sonó en algún momento de la trama cuando algunos días después, aún en el ocaso del verano, mi amigo y yo nos decidimos a leer en voz alta nuestros pasajes preferidos de *El libro de la fiebre*. ¿Mi libro me empezará a mí?, se oyó luego, como un susurro invocado, como un quejido casi fantasmal, entre el apenas centenar de páginas admiradas ahora por todo el que se acerque a entender la trayectoria de la ficción y del pensamiento de Carmen Martín Gaite. ¿Sabes?, me dijo mi amigo, en 1949, en mitad de una enfermedad que la hizo delirar y que casi la mata, y seis años antes de publicar su primer libro, Martín Gaite planteó una serie de preguntas que hoy están de moda: sobre la relación literatura-cuerpo, sobre la cotidianidad como técnica y sobre el placer de ese yo alucinado que vive en los diarios personales de las escritoras. Ya lo sé, respondí, «el canon de la fiebre» existe principalmente por ella; por la historia de su casi censura, pero también por lo radical de su contenido. Lo que en su libro se consideraba característico de una «obra menor», firmado por un hombre habría dado como resultado la celebración o el nacimiento de un nuevo experimentalismo español, rematé.

A mi amigo no le gustó mi última intervención, que consideró

reduccionista, porque para él el problema iba más allá del sexo o del género humano, y tenía que ver principalmente con el sexo o el género literario. ¡Como si en España tuviéramos alguna clase de respeto por este tipo de obras imposibles de clasificar, no me jodas! ¡Todo lo inclasificable es visto como un cáncer para nuestro canon! ¡Las nivolas! ¡El juandemairenismo! ¡Las antinovelas! ¡Las larvas! ¡El ensayismo mágico! ¡La autocienciaficción! ¡Y yo te diría que incluso cierta Nocilla! No tenía muy claro de qué estaba hablando mi amigo, pero creí entender entre sus gritillos la voluntad de demostrar que mi idea con respecto a «el canon de la fiebre» era más una parida feminazi que una realidad filológica. En parte, él tenía razón. Pero su verdad no borraba la mía. El problema seguía siendo el género, la solución seguía siendo la fiebre.

Dos décadas antes de que la española se inventara un diario alucinógeno, casi surreal, nacido de una enfermedad que habría empezado a marearla en el huerto de Fray Luis de León, cerca de Salamanca, otra escritora, Virginia Woolf, se sentó a redactar un ensayo bajo el encargo de T. S. Eliot que hoy conocemos por el título de *Estar enfermo*. Con ese texto un tanto enrevesado —como ocurre en ocasiones con el pensamiento crítico de la autora de *Un cuarto propio*, cuando este se despoja de toda ficción—, pero de intención diáfana y combativa, Woolf se había propuesto investigar por qué la enfermedad física, frente a temáticas como los celos, el amor o la guerra, no parece digna de la gran literatura. Mejor la cito a ella: «Si tomamos en cuenta lo común que es estar enfermo, el tremendo cambio espiritual que provoca, lo desconcertantes, cuando se apagan las luces de la salud, que resultan los países ignotos de pronto revelados, los baldíos y los desiertos del alma que un mínimo embate de influenza pone de manifiesto, los precipicios y los jardines moteados de flores brillantes que engendra una fiebre ligera, los robles antiguos y obstinados que un malestar arranca de raíz, cómo caemos al pozo de la muerte y sentimos que las aguas de

la aniquilación nos cubren […]. Uno pensaría que habría novelas dedicadas a la influenza, poemas épicos a la tifoidea, odas a la neumonía, obras líricas al dolor de muelas. Pero no». La tesis o más bien la propuesta de Virginia Woolf es que las literaturas por venir bien harían en tomar la estética de la enfermedad como motor literario, rezando casi por aquello que sin duda Martín Gaite forjará más tarde en *El libro de la fiebre*: convertir lo cotidiano —lo cotidiano corporal, lo cotidiano escatológico, lo cotidiano femenino, lo cotidiano místico— en universal.

¿Me estás diciendo que *El libro de la fiebre* abre un canon místico?, preguntó mi amigo. No, tío, no me estás escuchando. Lo que yo digo es que este artefacto no solo responde a una de las mayores atrocidades ejercidas por los venerados intelectuales de nuestras tradiciones, esa de machacar a través de su influencia íntima el trabajo de sus compañeras literarias, sino que además lo hace siendo la prueba palpable de cuál es el tipo de escritura que más molesta a los especímenes censores. ¿No te das cuenta de que tu teoría se irá por el desagüe cuando otro crítico con menos amistad hacia ti que la que yo te ofrezco venga a señalar que, en el caso de Carmen Martín Gaite, más que ante una censura, más que ante la paliza a patada limpia del escritorio de una autora, lo que nos encontramos es un simple choque de ambiciones estéticas? No me jodas, tío, ¿y tú me estás diciendo que el problema de la censura íntima es que las mujeres, por lo que sea, somos demasiado susceptibles ante la opinión ajena? No en todos los casos…, se achantó mi amigo, pero… ¿quizá sí en algunos de los que a ti te parecen… más flagrantes? Ah, claro, le dije yo, ¡que el genio incomprendido solo puede ser un hombre! ¡Que los celos o la vulnerabilidad ante la genialidad ajena solo pueden pasarles factura a ellas!

Creo que el debate siguió durante un rato muy largo mientras caminábamos por el atardecer rosa de la ribera buena del

Manzanares —esa que lleva hasta la Biblioteca Ana María Matute por una cuesta desde la que pueden otearse las nubes de la ciudad—, pero ahora no merece la pena reproducirlo. Lo que sí merece la pena es ahondar en los motivos que pudieron llevar tanto a Sánchez Ferlosio como a esos otros lectores íntimos de Martín Gaite a encontrar en *El libro de la fiebre* todas las rarezas «vagas» o «caóticas» de las que se la acusaba; los mismos motivos con los que yo les quiero convencer a ustedes de que tal vaguería caótica es una de las obras más importantes de la literatura española del último siglo. Más que en la reivindicación enferma de Virginia Woolf, el biógrafo José Teruel explica que para Martín Gaite una inspiración posible fue la de los *Cuentos de un soñador* de Lord Dunsany, que ella asumió como modelo estilístico decisivo para escribir «los delirios que la trastornaban». De acuerdo con Teruel, «este inclasificable relato comienza a ser de interés por todo lo que sugiere de intento de despegue de la tradición narrativa dominante, la representada por los maestros acreditados de la novela española: Baroja, Azorín y también Concha Espina (a la que se menciona con retintín como "la escritora mejor" de España, según comentan de oídas "unas señoras sentadas en grupo que hacían punto de media")». Esta lectura de *El libro de la fiebre* demuestra que más allá de lo onírico, más allá de lo privado y más allá del gusto por lo fragmentario, en estas páginas Carmen Martín Gaite ya dejó entrever una de las facetas más importantes de su obra: ella como crítica literaria, ella como lectora, ella como pensadora de la literatura.

«El canon de la fiebre», por lo tanto, no recoge nómina por el destino trágico de las autoras que lo conforman, ¡no quisiera caer en tales victimismos! Algo que lo define, entonces, es esa voluntad de ruptura con la tradición, ese juego erudito, esa pregunta por la creación misma, que a veces a mí me recuerda a otro de mis libros preferidos del siglo XX español, *Cómo se hace una novela*, de Miguel

de Unamuno, otro texto metafictivo cuyo personaje principal se caracteriza por querer explicar su existencia a través de su ambición creativa, dejándose arrollar tanto por la realidad como por la ficción, para luchar contra cierto costumbrismo literario. Otro momento premonitorio de *El libro de la fiebre*: «Tendré que escribir un libro. Ya lo daré cuando podáis oírme, cuando salga a vuestro campo y me veáis. Tengo que escribir un libro. No puedo esperar más, cargada de riqueza y de alegría. Será mi primer libro, el libro de la fiebre».

Estás consiguiendo que odie ese libro de Martín Gaite, me dijo mi amigo, ya desde lo alto de la pradera de San Isidro. Una agradable brisa empezó a enfriar el sudor que ambos habíamos acumulado en la caminata. Mientras mirábamos el *skyline* de Madrid, volvió a increparme: das demasiados rodeos para encumbrar su primer intento fallido de acabar una obra literaria. A veces se nota que no era más que una jovencita con ganas de decir algo distinto. No digo que no lo consiguiera, pero para hacerlo tuvo que replegarse, en cierto modo, a una narrativa más convencional; ¿podrías darme un motivo real, uno ajeno a tus múltiples activismos, para demostrar que *El libro de la fiebre* tenía que haber sido publicado en su momento? ¿De verdad te gusta tanto leerlo? ¿De verdad su contenido representa a todas esas autoras de las que me has estado hablando en el paseo?

Cállate, idiota, le dije a mi amigo. Cállate y mira la forma de esa nube violeta. Se parece a *El libro de la fiebre* porque es sencilla pero peligrosa. ¿A qué te refieres?, preguntó. Me refiero a que su sencillez oculta una erudición plena. Oculta las miles de gotas de uno de los mundos más poblados de la literatura española del siglo pasado. Destaca también su humildad, su compromiso con lo político, su ironía, la locura de su imaginario, el desparpajo de parecer escrita sin importarle el qué dirán —aunque, sí, luego a su autora eso le importara—. Recoge lo mejor de sus maestras, pero rompe un viejo canon. Se atreve a renovar el surrealismo, se atreve

a dar a los sueños la importancia que merecen. Es cierto que *El libro de la fiebre* es un experimento inacabado, una de esas batallas en construcción comunes en la bibliografía de la autora. Es cierto que quizá esta no sea la mejor puerta de entrada para quien quiera conocer toda la amplitud de su prosa, pero también lo es que, en el caso de Martín Gaite, todas las puertas de entrada son tramposas, todas tienen recovecos inimaginables. Creo que ningún libro en su trayectoria es igual a otro, y que todos abren temas y formas distintos entre sí, de manera que se vuelve imposible —al menos a mí me sucede— elaborar una lista fiable de títulos para entrar en ella que no pasen por este irónicamente póstumo, aunque consciente de sí en demasía: «Me doy cuenta de que el libro está hecho con lo que no tengo en vez de con lo que tengo, con lo que no comprendo, con lo que no sé».

Llegados a ese punto tan alto de la ciudad y tan bajo de la conversación, ni mi amigo ni yo fuimos capaces de decir nada más. Seguir discutiendo habría sido como un cuento de nunca acabar, pues en realidad ya no sabíamos ni en qué estábamos de acuerdo ni cuáles eran las discrepancias. Bajamos hacia el río, todavía en silencio, y entonces me acordé de la pasión de Carmen Martín Gaite por la búsqueda constante de un interlocutor. Si para ella escribir era hablar con alguien que no está, si para ella ensayar una voz propia tenía que ver con encontrar las estructuras precisas para comunicarse con una gran ausencia, eso quiere decir que su enorme presencia en nuestro final del verano, que la aparición de su nombre en los nombres de los debates literarios de nuestro presente o en las listas de autoras a las que seguimos reivindicando, no es otra cosa que un logro de su manera de entender la escritura como un acto de comunicación radical entre dos mundos interiores difícilmente reconciliables.

¿Piensas en L. S.?, me preguntó mi amigo, ya casi a la altura del piso de Yeserías que ahora la filósofa habita en absoluta soledad y

soltería. Supongo que pienso en la publicación de su libro. Me lo mandó hace unos días, ¿a ti también? Él asintió, echándome una mirada cómplice, ¿has visto cómo lo ha titulado? *El escritorio en llamas*, ¡una puta genia! Nos reímos, pensamos en tocarle al porterillo para pedirle que bajara a tomarse una horchata con nosotros y la invitamos a nuestro cónclave para explicarle en qué dirección habían ido nuestras charlas sobre la literatura, la misoginia o los caminos del ensayismo reciente.

Vale, vale, vale, creo que lo he pillado, nos dijo al rato L. S., sentados ya los tres en una terraza de la Heladería Jericó, «el canon de la fiebre» podría ser como una constelación de textos que ardieron por dentro, pero que fueron enfriados a la fuerza desde fuera… ¡Textos que no llegaron a tiempo, o que no se escribieron con la calma que merecían porque fueron desestimados! ¡O porque a sus autoras se las maltrató! Textos que resistieron a pesar de estar enfermos. ¡La enfermedad vista como un sabotaje! ¡Es un canon que se reescribe constantemente! Uno que se renueva, que se contradice; ¡un canon que no es un canon, más bien una avalancha! ¿Es que le han puesto algo de alcohol a tu horchata, socia?, dijo mi amigo. ¡El todavía-no de la borrachera! Nah, es que a mí también me gusta mucho *El libro de la fiebre*, respondió riendo L. S. Por eso esta conversación me hace muy feliz. Creo que lo leí por primera vez en segundo de bachillerato o quizá en primero de carrera. Me había criado devorando las novelas de la autora, de la que tuve que escribir una esquela para el periódico del colegio cuando falleció. ¡Qué suerte!, dijo mi amigo, ¡a mí en cambio me tocó hacer una exposición sobre Camilo José Cela! Pobre tú, prosiguió L. S., así que cuando ya de adulta me enteré de que había un manuscrito oculto de Martín Gaite en las mesas de novedades, tuve que ir corriendo a robarlo. ¿Cómo que robaste *El libro de la fiebre*?, alcé la voz, fingiendo mi enfado, y luego volvimos a reírnos, aunque la conversación cambió de pronto hacia otras cuestiones menos graves

e intelectuales, y, por supuesto, mucho menos anodinas.

Fue entonces cuando me alegré de haberle desvelado a mis amigos qué me traía entre manos, cuando entendí la importancia de confrontar nuestras ideas para avivarlas en vez de para destruirlas. La presunta verdad escondida en mis primeras especulaciones no me había permitido introducir en su tupida red la más leve cuña de ironía o controversia, se habría convertido en un borrón de tinta, el mismo que ensombrece y vuelve estéril contenido cerrado con llave de todo texto sin imágenes ni margen para engendrarlas, recintos de ventanas cegadas a la ruptura de las normas, al contagio de las fiebres, a la confrontación de un estúpido canon obligatorio, dentro del cual las lectoras se asfixian.

Lo raro es vivir sin nubosidad variable

VICTORIA IGLESIAS

La planta del salón se está quedando lánguida. Sus raíces han crecido demasiado y se ahogan por falta de tierra. Solo con ponerla en una nueva maceta, más profunda, parece que respira; hasta que no lo he comprobado no he podido empezar a escribir.

Entonces no conocía ni a Águeda, ni a Sofía ni a ninguna de las otras mujeres que vivían entre párrafos que con el tiempo descubrí. Nunca había sido muy buena lectora, aunque me gustaban los libros, los lápices, las libretas… Apuntar en pequeños diarios, empezar relatos que no solía continuar, guardar cosas entre las páginas, esconderlas… Siempre había querido ser un águila; sin embargo, alguien muy cercano solía decirme que yo era una ardilla. No sé cómo tomármelo, todavía; sí que es cierto que a veces no encontraba las cosas que yo misma escondía y llegaba tarde a mis propias citas; pero tal vez esto último no fuera propio de las ardillas.

En aquellos días tampoco conocía a Carmen, ni sabía del amor de ella por hacer vivos los rincones de las casas, por conseguir que hablaran con sus cosas y se llenaran de los olores de la vida que llegaban por la ventana para quedarse a vivir, de esa realidad de donde salen los pájaros, «las semillas volanderas», que trasportan recuerdos. Solo había vivido una pequeñísima parte de dolor, apenas había experimentado las ausencias y nunca había creído demasiado en las metáforas; aunque sentía debilidad por ellas, una contradicción más, estaba llena de ellas.

Recién levantada abrí por fin el paquete. Me lo había llevado el mensajero, el viernes a última hora, a la revista. Dentro había un libro de la obra de Annie Leibovitz. Entre sus hojas una invitación para una cena me sorprendió. Era tan raro que ese tío tan atractivo me hubiera elegido a mí, y no a mi compañera, más alta y más guapa. Bueno, más alta sí, lo de más guapa… En realidad, mi percepción de las cosas dependía de cómo me sintiera, pero con frecuencia solía cambiar de ánimo. De momento, dejé a Annie en el suelo, al lado de la bolsa de las cámaras, y lo fui mirando como de reojo, ya decidiría en otro momento.

En mi nuevo piso de alquiler no había muchas estanterías, ni demasiados muebles u objetos. Todo esto va viniendo poco a poco. Poblando el territorio. Cuando te quieres dar cuenta estás rodeada de lo que formará parte de tu pasado, no siempre palpable, si bien al principio lo ignoras.

Estaba en una segunda planta, en uno de esos edificios antiguos de la calle Conde de Peñalver con las fachadas grises. Los barrotes de los balcones, que parecían estar cincelados con ungüento de polvo y humo de coches, a veces formaban galerías donde reposaban algunas ramas de árboles confusos que golpeaban las contraventanas los días de viento.

Ana Martín me había regalado un trozo de moqueta verde, lo justo para cubrir la baldosa fría del salón, y a mí me encantaba tirarme sobre ella. La casa estaba un poco destartalada, necesitaba arreglos; sin embargo, tenía los techos altos con pequeños ornamentos. Solía pasar largo rato mirando las hojas de acanto de un rosetón central que custodiaba una bombilla escuálida. Tenía que cambiarla, pensaba, pero qué sería de la polilla enamorada de esa luz. Carmen Martín Gaite decía que cuanto más altos eran más espacio tenían los pensamientos para moverse, o algo así, antes de que chocaran en él. Claro que, como hasta el momento nunca habíamos hablado, yo no sabía que sentía lo mismo utilizando otras palabras. De ella luego

aprendería la palabra «acanto».

Era la primera vez que tenía un piso solo para mí. Atrás había dejado la Prospe y a las inglesas con las que convivía a ratos, entre viajes. Allí se habían quedado sus bragas colgadas de la barra de la ducha, esos tangas de puntillas rojas que nunca había visto hasta ese momento. Seguro que seguían los platos en el suelo. Y las tazas de té con las bolsitas secas y estranguladas por todos los lados, o los ceniceros llenos de esqueletos. El único aparato de teléfono estaba siempre escondido entre montículos de ropa. Si querías usarlo tenías que ir hasta la habitación del fondo del pasillo, la de Sally. Una semana estuvo la pobre sin salir de la casa. Tumbada en su colchón, un día me confesó que había abortado. Tuve que buscar en el diccionario de inglés algunas palabras para entender cómo se sentía. Me quedé pensativa, en 1991 eso era un tema del que nunca se hablaba.

Con el calor del verano llegaron también las cucarachas. Estaban por todos los lados. Una noche que acababa de llegar de Ávila, ya metida en la cama, encontré una de color rojizo trepando hacia mis pies. Yo que estaba en ese momento mirando la etiqueta de las yemas de Santa Teresa me sacudí la colcha, de repente, para que se fuera el bicho. Tal vez aquella visión de los dulces desparramados por el suelo, o la del pobre insecto escapando entre ellos, fue la que me hizo decidirme. Tenía que largarme de allí.

Y cinco años después aquí estaba, tumbada, mirando hacia arriba, pensando, dejando que la nada me empapara. Con la cama revuelta en la habitación de al lado, todavía con el olor de él que se había largado de madrugada, y ahora con aquel libro, del otro, entre las manos. La verdad es que, en el fondo, puede que no me importara ninguno; pero entonces no lo sabía.

Casi a punto de empezar este verano me sentía libre, más o menos, ya que ese sentimiento, que no sabía describir, ficticio o real, empezaba a invadirme porque hay personas que padecemos de

nostalgia prematura.

En realidad, echaba de menos la savia con la que había crecido: el chirimiri de Basauri, los cielos grises o la nubosidad, las nubes variables en forma y tonalidades, que en Madrid casi siempre eran espantadas por el sol constante, a veces despiadado. Me habían hablado de esas mañanas de frío con sol, y ya llevaba unos años envuelta en ellas. Si contamos los inviernos, como hacía Andrea Barbero en *Variaciones sobre un tema*, creo que llevaba seis o siete.

Ahora por las puertas del balconcillo entraba ese sol invadiendo mis pies descalzos. Debían de ser las doce del domingo porque el organillero que se colocaba en la puerta de la iglesia de Nuestra Sra. del Rosario había empezado a tocar, algo muy castizo, sin duda. Estiré mi cuerpo como se hace encima de la arena, o de la hierba. No me quedaba más remedio, de momento, que relajarme en este verde impostado de la alfombra.

«Por la calle de Alcalá, la florista viene y va…», repetía la música del organillo. Lo que al principio me pareció tan auténtico, por tanta insistencia empezaba a resultar cansino.

En algún momento debía levantarme y abandonar esa postura. El suelo retumbó en mi espalda durante unos instantes y los cristales vibraron levemente. Era el metro que pasaba por el subsuelo hacia la estación de Lista.

El teléfono sonó

Para que saltara el contestador automático solo había que esperar y no descolgar el auricular. Conociéndome, no iba a dejar la oportunidad de escuchar una voz hablando con una máquina, porque a mí ese aparato me apasionaba; tanto que a veces solo quería llegar a casa para ver si la lucecita roja estaba palpitando; y si era así, apresurarme para escuchar las voces que aquella cinta

grabadora, dentro del casete, tamizaba. Lo normal es que los mensajes fueran de aquel, o del otro, o del nuevo. De esos amores que también marcaban buena parte de mi existencia.

«Perdona que te moleste un domingo… —decía la voz—. Se me olvidó asignar un trabajo el viernes. Si no tienes nada mañana lunes, por la tarde… ¿Lo puedes hacer tú? Quiero que hagas las fotos a una escritora. Es de las buenas. Es…».

Me levanté del suelo deprisa antes de que colgaran al otro lado.

—Dime, dime… ¡Hola, hola!… ¿Qué escritora? No, no tengo nada por la tarde. ¿Quién es?

—Carmen Martín Gaite… Tienes que ir a su casa. Te explico mañana los detalles y te doy su dirección. ¡Feliz domingo!

Desde que me hice fotógrafa, por casualidad, había visitado muchas casas y llamado a muchas puertas. Ya en el rellano, antes de que las abrieran, podía adivinar cosas. El olor a café solía colarse por la ranura que tapaba un felpudo. En Basauri, el portal tenía aroma de pimiento frito, por ejemplo. El tipo de timbre también decía mucho de su morador. No era lo mismo el din-don que el sonido estándar, estridente; y si era el primero significaba que el dueño, más meticuloso, se había tomado la molestia de cambiarlo. A veces, se escuchaba el crujir de la madera por los pasos que se aproximaban. O el delicioso sonido, sobre ella, de las uñas de un perro. En el felpudo, también, y antes de tocar el timbre, sentía una mezcla de miedo, nerviosismo y emoción. Era todo tan raro…

Hola, que vengo a llevarme su rostro en estos cilindros verdes que hay dentro de esta cámara. Me había convertido en una retratista ambulante, casi me parecía a esas mujeres de Avon que se metían en los portales recorriendo las escaleras, o a los vendedores de enciclopedias por tomos que también iban llamando a todas las puertas. Recordaba a la niña que era, esperando al otro lado, cuando sonaba el timbre que mi madre había cambiado por un din-don. Con el tiempo ella llegó a exclamar: ¡Cómo me iba a imaginar

que mi hija se iba a convertir en uno de esos golosos! Lo decía mientras veía los informativos y se fijaba en los reporteros persiguiendo a algún personaje saliendo de la Audiencia o corriendo tras algún político del Congreso.

El lunes, por la mañana

Nunca había hablado con Carmen Martín Gaite ni la había visto en persona, pero sí sabía de ella por la tele y las fotos de las entrevistas. Su gorra calada le hacía parecer una mujer abierta, moderna. Con su sonrisa, en esa foto del periódico que tenía delante, se mostraba entrañable, tierna. Sin embargo, su imagen en conjunto me asustaba, era sin duda una mujer fuerte, y cuánto más fuerte la presentía más pequeña me hacía yo.

No haber leído ninguno de sus libros me provocaba inseguridad. Por otro lado, no era malo liberarme de cualquier prejuicio a la hora de retratarla. Casi siempre la ansiedad estaba de fondo, ese sentimiento de…, ese que nunca he sabido describir, a menudo el día anterior a una sesión. El acto en sí era tan mágico que debía convencerme de que solo se trataba de un proceso químico. Un embrión formado por semillas de luz y sales de plata. Con el tiempo las fotos crecerían o no. A mí me habían dicho que servía para esto, ¿pero qué tipo de caos me llevaba hasta estas caras que tenía delante por vez primera?

En ocasiones mi mente se desdoblaba de mi consciencia. Por unos segundos, veía rostros de hombres en las mujeres y al revés. Alguna vez me pasaba a través del objetivo. ¿Y si me sucedía con Carmen? En realidad, me ocurría en los autobuses, era como un juego. Miraba el rostro de la señora que iba enfrente imaginándola sin pelo ni pendientes. Como cuando te quedas mirando fijamente esos dibujos de puntos, estereogramas creo que se llaman, y ves emerger una

forma que desaparece cuando sacudes la cabeza.

Principalmente, me pasaba los lunes, si por la mañana cogía el bus con sueño para llegar a O'Donnell 12, a la redacción de la revista. Me daban miedo los lunes. No me acostumbraba a ellos. Hoy era lunes. Creo que los babilónicos tenían la culpa de que llegaran después del domingo. Del domingo por la tarde también tenían la culpa.

Doctor Esquerdo, n.º 43;
lunes 17 de junio de 1996

De Conde de Peñalver a Doctor Esquerdo se podía ir andando. Lo hice, pero ya a mitad de camino me estaba arrepintiendo. Aunque eran las seis de la tarde el cielo tenía una especie de capota gris clara y algunos termómetros de las marquesinas todavía marcaban los 30°. El asfalto recalentado y el humo de los coches, en la plaza Manuel Becerra, hacían el ambiente irrespirable. De todas formas, siempre pasaban cosas interesantes en esta época del año. Lo presentía, lo pude oler estos días de atrás, justo cuando pasabas de las zonas de sol a las de las sombras; ahí se iba ya sintiendo, supurando por los poros, ese olor a seco con toques de sandía que cuando cortaban el césped en los bulevares me cambiaba el espíritu. Me sucedía igual con lo que se destilaba entre el comienzo y el final de una sesión de fotos. Es aquello nuevo que sientes, en lo que te conviertes cuando algo termina. Es la diferencia entre el antes y el después de un viaje intenso que te ha puesto como una moto. Creo que me estaba haciendo adicta a la adrenalina.

Pero, en estos instantes, tenía otro problema que consistía en llegar a tiempo. Había calculado mal la calle. Me pasaba a menudo, supongo que antes de los GPS nos ocurría a todos. Había buscado la dirección en el callejero, un pequeño libro de hojas amarillas al que

se le habían desprendido las tapas y que nunca tenía paciencia para mirar del todo. Así que equivocarme era lo normal. Esta vez el número 43 quedaba bastante más allá de lo que pensaba. En otras ocasiones, era un callejón impar en una acera de pares, ¿podía ser? Definitivamente, la culpa de llegar tarde a los sitios no era debido a mi supuesta, y errónea, condición de ardilla. Sucedía por aquel maldito libro. Por ello, y por muchas cosas más, necesitaba ser un águila, verlo todo desde otra perspectiva más radical.

Si no cogía un taxi caminaba mucho, demasiado, mientras el trípode se me clavaba en el hombro izquierdo a la vez que con el brazo derecho tiraba de una pequeña bolsa que había decidido colocar encima de unas ruedas de viaje; pero, claro, si el trayecto era corto «el pesetas» se enfadaba. Debería haber cogido un taxi, pensaba de forma recurrente. El *flash*, el paraguas, los cables y la cámara. Repasaba mentalmente todos mis artilugios. Dudé con el fotómetro, luego recordé que hasta le había puesto pilas nuevas. Me sentía rara e insegura aun creyendo llevarlo todo. ¿Suficientes carretes verdes? Me había convertido en una mentirosa, quiero decir que me mentía a mí misma. A estas alturas el miedo vencido debía ser para siempre. Mi mente me engañaba.

Me mentía también con los amores, o tal vez los elegía para que fracasaran y así no tener que comprometerme. Enseguida supe de Roque (este personaje de su libro, la Gaite, de alguna manera, me habló de él. Luego con el tiempo lo descubrí en *Lo raro es vivir*). Creo que yo estaba acumulando muchos Roques en mi agenda, pero no les sabía responder tan bien como ella lo hacía, ya que, de momento, Águeda Luengo no existía para mí. Y por tanto no había aprendido a decir: ¡Eh, tú! ¡Tú no eres el hombre de mis sueños!

Si lo hubiera hecho no hubiera aceptado esa cena dentro del libro de Annie Leibovitz. O tal vez sí, tal vez sí lo hice bien. La vida consiste en disfrutar de esos pequeños momentos. Pero volviendo a Roque, y a Águeda… Bueno, el secreto de la felicidad está en no

insistir, me dijo Carmen esa misma tarde.

El séptimo piso

No podía ser de otra manera, aquel día fue tan extraño como el viento encerrado, como el eco que rebota palabras que nunca se mencionan. Corto, pero de segundos largos y minutos eternos. Oscuro y brillante. Claro, aunque de «nubosidad variable». Tan raro que parecía no encontrarse seguido de otros. Porque no lograba aprendérmelos.

En ese día del mes de junio llamé a su puerta. Estaba dispuesta a ser dura y decisiva. Tal vez por ello golpeé la madera con los nudillos. O tal vez para no poner en evidencia el sonido del timbre. ¿Y si es de los estridentes?

Era una séptima planta sobre la calle Doctor Esquerdo. Uno de esos pisos grandes en un edificio de construcción antigua que suelen tener dos caras: la de la luz con una amplia terraza exterior por donde se cuelan los sonidos de la ciudad y que te invita a vivir; y la de la sombra, con pequeños cuartos casi ciegos blanquecinos, apenas, por las ventanas de un patio estrecho; esta es la zona del silencio, del acompañamiento y de la soledad. No sé dónde escribía ella, o tal vez sí. Porque en medio de esas dos zonas estaba la cocina, con sus cacharros, sus frutas, sus teteras y sus manteles de flores, y su espejo. Una cocina para charlar con una ventanita que daba a la zona de la soledad y, por el otro lado, con una puerta que daba a la zona del bullicio.

Me recibió sonriente. Enseguida pude ver que lo hacía con facilidad. Pero apenas me adentré en la casa se apresuró a decirme: «A ver, ¿dónde poso?». Supongo que estaba demasiado atareada como para perder el tiempo, intuí.

El pasillo era de baldosas negras y cremas, pero no estoy segura

de ello, ya que casi todos los pasillos de las casas los recuerdo así. Ojalá hubiesen sido todos de baldosas amarillas para llevarme directamente a la luz que tanto y siempre buscaba. La seguí por él. He seguido por pasillos a muchos de mis personajes. Carmen caminaba decidida. Sin duda el lugar estaba abarrotado de cosas bonitas. Para fotografiar tenía que escudriñarlas, tenía que husmearlas con cuidado. ¿Cómo iba a saber qué hacer con ella? Afortunadamente, sonó el teléfono y me dejó sola. La luz iluminó, de repente, un pequeño cuarto a la derecha. Se habría movido una nube, pensé.

Me adentré en él. Un sofá azul me atrapó como un imán. Los cojines de ganchillo, de distintas tonalidades, enseguida me resultaron familiares, me recordaron a mis padres. De nuevo a mi infancia y a mi pueblo del norte. Al piso que daba por la ventana de la cocina a la fábrica de bandas y al monte verde con nubes. A la vecina que los tejía y que después nos los regalaba para hacer confortables los asientos de escay del Seat 850. Con los colores recordé también aquel plástico que ponía en la pantalla de la tele en blanco y negro, y que convertía la imagen en azul, roja y verde. Obviamente con el azul en la franja superior. Me senté a pensar en todo esto, lo hice sin más, sin preguntar, y en ese momento empecé a observar aquel lugar.

Encima de mi cabeza, a la derecha, una gran estantería de roble, llena de libros, delimitaba una pequeña ventanuca interior que daba hacia algún sitio. Su puertecilla estaba decorada con un *collage* de recortes de revistas, eran los mundos paralelos que ella creaba. Entre el papel también azul, de medallones, sobresalían los cuadros colgados y las fotos, los marcos dorados y los dibujos.

Oí sus pasos. Me levanté apresurada. Cuando ya estaba de pie no puede dejar de leer un tarjetón anclado a la pared con unas chinchetas. Estaba escrito a mano y decía: «Hoy es tan tiempo como ayer. Mañana lloraré ese día que no supe habitar. 2 de diciembre de

1972».

La cocina

En algún momento tuve que decirle que estaba deprimida porque una de las frases que me escribió en la dedicatoria de *Nubosidad variable* fue: «Feliz verano, prohibidas las depresiones». Luego supe que por ello no me regaló *Lo raro es vivir*, la novela que acababa de publicar. De repente, Carmen dejó de tener prisa. Tal vez ella había percibido mi desazón, ese sentimiento que nunca he podido describir y que, haciendo un esfuerzo, visualizo con nubes moviéndose dentro de mi cabeza. Sin darme cuenta nos habíamos colado por aquella ventanuca situada encima del sofá azul, y ahora estábamos allí, sentadas con una tetera en la mano, alrededor de la mesa de la cocina. Me sentía una fotógrafa impostora porque no tenía ninguna gana de hacerle fotos, y sí muchas ganas de mirarla. Había algo de especial en aquella mujer de pelo blanco ceniza. Su mueca dura se había deshecho. Su mirada fuerte estaba rasgada.

Y encima de un paño de cuadros empezamos a comer manzanas, beber té y hablar de amores. Ella supo del médico, del presentador de informativos, del reportero de guerra y del americano que me invitaba a la cena. Y por fin yo conocí a Roque: el exnovio de Águeda Luengo con el que se encuentra en la Gran Vía de Madrid disfrazado de arlequín. «Tú tienes que aprender a decir: Eh, tú, venga, que no eres el hombre de mis sueños, como hizo ella. Si este otro no te llama, déjalo, quédate con ese que parece que vale más». Enseguida despachamos a todos: «Si no te llama… no cuenta. El secreto de la felicidad está en no insistir», terminó diciéndome Carmen. Después me puse de pie y disparé. La foto hoy ha crecido.

Doctor Esquerdo, n.º 43;
23 de enero de 1997

«Ahora sí que te puedo regalar *Lo raro es vivir*», me dijo. Había pasado un tiempo y regresé a su casa. Me hacía ilusión volver a visitarla. Llevaba un jersey gris de lana y unos pantalones negros. Era una mañana soleada y nos asomamos a la terraza de su ático. Desde allí contemplábamos sin ningún orden, según nos llevaba la luz y el viento. A la derecha el edificio de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, con ese pórtico de pilares con los que se abría su fachada gris. Pasaba por delante del edificio una línea de árboles pelados que se entreveraban con pequeñas figuritas de abrigo y sombrero. Tal vez no muchas con sombrero, pero era tan bonito verlo así, le dije a Carmen. En medio los coches. Hacía frío, una de esas mañanas de sol a las que ya casi me había acostumbrado. El cielo interpretaba un solo de dos de nubes (cómo me gustaban las metáforas). La luz, la del mediodía. A las doce apuntaban tiesas las agujas, la del campanario de las Hermanitas de la Caridad, o la del Pirulí, adentrándose en aquellos escasos cúmulos. Carmen, cuéntalas, mira, solo hay dos nubes en todo el cielo.

Caperucita en Manhattan

En esta ocasión la foto la hice sobre un fondo rojo que coloqué en la salita. Era un retrato específico, con unas directrices determinadas para ilustrar la columna que ella escribía en *La Vanguardia*. Vertical, de medio y primeros planos, casi siempre mirando a cámara. Carmen apoyaba los brazos en sus piernas cruzadas, sentada en una silla. Movía las manos con gracia, a veces reposaba una de ellas bajo la barbilla, otras, dejaba caer las dos hacia un lado como si fuera una diva, entonces nos reíamos.

Tenía el pelo más dorado que la última vez, acaracolado en las puntas, de onda larga que recogía con gracia en un prendedor que mantenía la raya en medio de su melena corta. Se había puesto una pulsera y un anillo. Hacía muecas y gestos sofisticados, como interpretando, después me miraba serena. Las fotos iban apareciendo solas, sin forzarlas, como plumas de ave que se desprenden cayendo suaves, como notas de música. No tardé mucho.

Al acabar nos fuimos hacia la cocina: «¿Cómo vas con tus amores?», me preguntó. En ese momento recordé todo lo que habíamos conversado la última vez. Ya casi había pasado un año. «Acabo de estar con alguien muy especial en Manhattan. Es pintor», le seguí hablando de él durante un rato. Carmen se echó una carcajada, «eres como una caperucita», dijo. No entendía qué me quería decir; pero me vino al pensamiento esa frase que recordaba, de vez en cuando, y que me hubiera servido para detectar dónde estaba el lobo. «Me lo dijo el propio lobo y no eché cuentas, Carmen. Y mira que me dijo: Eres como una caperucita con la cestita llena de Nikons. ¿Se puede ser más tonta?». «¿Ves? Aquel sí que era otro Roque. Este de Manhattan pinta distinto», comentó ella, mientras salía por la puerta.

Un chaleco de flores

Al regresar traía algo en la mano. «Mira, estoy renovando el armario, pruébatelo a ver cómo te queda». Era un chaleco de algodón donde predominaba el azul, lleno de colores, con granadas rojas que se descolgaban de unas frondosas ramas verdes entre las flores. Me lo puse y juntas nos miramos a un espejo. No era mucho más alta que yo, pero sí más corpulenta. Me quedaba grande, pero no importaba. «Ehhh, estás estupenda con él, te lo regalo», me dijo. Me sonrojé.

Le di un abrazo. Entonces metí las manos en los bolsillos. Estaban suaves. Era muy agradable la sensación, como si acabara de llegar a casa.

«Para el alma que ella dejó de guardia permanente, como una lucecita encendida, en mi casa, en mi cuerpo y en el nombre por el que me llamaba».

(Dedicatoria de Carmen Martín Gaite a su hija, a la que llamaba cariñosamente «la Torci». Aparece en su libro *Nubosidad variable*).

Madrid, junio de 2025:
ese sentimiento que no sé

He encontrado una de las cajas donde en ocasiones guardaba o escondía fotos que pasaba a papel. Así que muevo entre mis manos dos de Carmen Martín Gaite. Son cuadradas. Son el resultado de hacerlas con una Hasselblad, una cámara de medio formato que me invitaba a mirar lentamente, de forma pausada, como la miré a ella.

Estas copias pequeñas tienen colores mates y tenues: la del cuarto del sillón azul empapelado de medallones, y una de las que hice en la cocina. Ella tiene una camisa de colores azules y verdes y me mira sonriente.

Tengo la teoría, y el convencimiento, de que al sacudir estos papeles mágicos se desprenden recuerdos. Y yo me he pasado un buen rato recogiendo los que he visto, mientras reponía la tierra del tiesto, la que escupieron las raíces tal vez porque eché el agua a chorro, sin pensarlo, mientras recolocaba, para que volviera a crecer, lo que nunca debió perderse.

Ahora, recordándolo, lo siento tanto. Es como si esta realidad fuera más intensa en estos días que en el tiempo en la que estuvo encajada. ¿Por qué no volví a verla? Puede que fuera por la prisa con que la que se decantan las mañanas, la culpa de los pequeños

filamentos que tejen las noches, o por los latigazos de las horas que nos conducen por caminos no previstos. Nunca le pregunté por la Torci. Quizá Carmen ya estaba enferma cuando nos miramos al espejo. Puede que hubiera aceptado irse y no dijo nada, les suele pasar a los seres extraordinarios que sin avisar deciden trasladarse a vivir ahí, al otro lado.

Dicen que los objetos no tienen vida, y entre el millón de cosas que dudo también dudo de ello. Y es que de vez en cuando es necesario removerlos, sobarlos, vestirse con ellos, o desnudarse, para darte cuenta. No solemos hacerlo, y es una pena, porque se ve enseguida: aun inertes hablan. Yo, que a veces me pongo su chaleco, sé muy bien lo que digo, ya lo creo.

Cómo no leer *Fragmentos de interior* (1976), de Carmen Martín Gaite

ANDREA TORIBIO

> «Antes de hacer lo que a una le dé la gana, hay que tener gana de hacer algo».
>
> CARMEN MARTÍN GAITE,
> entrevista, *Charlando con Cervantes*,
> CUNY TV (18 de marzo de 1996,
> día de San Cirilo de Jerusalén)

Me escriben desde Modesta, una librería ubicada en el barrio madrileño de Chamberí. Al parecer, hace unos días en la radio comenté que la novela que prefiero de la escritora salmantina Carmen Martín Gaite es *Fragmentos de interior*, un texto publicado en 1976. En esa emisión radiofónica me acompañó José Teruel, editor de las obras completas de la autora, así como su biógrafo. Aunque, más bien, soy yo quien le seguí a él, y él, con generosidad, ternura y escucha, me transforma con su compañía. También aconseja con paciencia a las palabras con las que trato de construir mi experiencia lectora de la Gaite. En fin, que lo nuestro es la victoria amorosa del interlocutor, y la charla sucede en la librería Pérgamo, esto es, a cinco minutos en coche, dieciocho en transporte público, veintidós a pie y tan solo siete en bicicleta de Modesta.

Así, las libreras de Modesta recogen el guante de aquel hilo que tendí, y leo en mi cuenta de Instagram lo que sigue: «Buenos días,

Andrea. Soy Ana, librera de Modesta Librería. Nos encantaría invitarte el próximo 29 de mayo [finalmente, y por motivos de agenda, lo haremos el día 27] a la librería a hablar de *Fragmentos de interior*, de Carmen Martín Gaite. Es un formato distendido en el que comentamos el libro con un invitado, en este caso tú, mientras tomamos una cerveza. Te dejo mi teléfono. Muchísimas gracias por todo». Escribo de vuelta: «Guala. No sé ni qué decir». «Di que sí», «*Of course*», «Qué alegría. Gracias. Va a ser muy bonito».

*

La playa de Las Canteras, en Gran Canaria, es en teoría una de las veinticinco mejores playas del mundo. Hay quien dice que es la mejor playa urbana de Europa, y no seré yo quien lo desmienta. Cada mañana de este extraño mes de agosto, acudo solícita a nuestro *spot* en la arena, muy cerquita de nuestro apartamento alquilado, para tumbarme y releer la obra narrativa completa de Carmen Martín Gaite. Me han encargado un librito en torno a su militancia feminista y, más allá de lo que pueda o no decir en sus ensayos, que es la fuente del manantial, percibo que es en las novelas donde se encuentra la fractura, la brecha en la costumbre; ese lugar donde ella nos dice desde el texto: «Es aquí, chica, es aquí, cielo».

Por una cuestión de verdad, la peregrinación o la cruzada ocurre en los volúmenes de sus obras completas; concretamente en el primero de las *Obras completas*, valga la redundancia. Antes de continuar, diré algo: es evidente que los volúmenes de las obras completas son, quizá, menos manejables, y que te obligan, en cierta medida, a estar en un entorno algo menos recreativo. Pero, chica. Lo que no puede ser es que en un trabajo medio académico cites una edición aleatoria. Si se ha fijado el texto, cotejándolo con todas las ediciones, será por algo, ¡digo!

Lo que he dado en llamar el primer ladrillo de la casa es un objeto pesado, contundente, compacto; el papel tiene poco gramaje, es como de biblia, las tapas están revestidas por una tela azul índigo, y lleva incorporado un separador dorado de tela. Dos separadores dorados de tela. En la bolsa donde llevo los bártulos propios del verano, meto cinco lápices afilados, porque mi intención es ir diseccionando alusiones veladas o no a la cuestión feminista o, más bien, femenina en este libro, que acoge las novelas publicadas entre 1955 y 1978, de *Entre visillos* a *El cuarto de atrás*, sin olvidar el apéndice de *La charca*, una versión primitiva o, más bien, preliminar de *Entre visillos*. Recordemos que esas novelas están hiladas por la cuestión candente y oscilante de los premios: Premio Café Gijón de Novela en 1954 para *El balneario*, que no se incluye en este volumen, pero se publica en 1955; Premio Nadal en 1957 para *Entre visillos*; finalista del Premio Biblioteca Breve en 1962 con *Ritmo lento*, y el Premio Nacional de Literatura de 1978 gracias a *El cuarto de atrás*. Una pequeña cosa se ha de decir sobre el no premio del 62, que lo ganó Vargas Llosa, por cierto. Martín Gaite, ni corta ni perezosa, en 1996 le dirá a José María Conget, en CUNY, esto: «En los años sesenta, en los albores de los sesenta, justo cuando yo acababa de publicar la novela que tú mencionas, *Ritmo lento*, del 62, entre el 62 y principios del 70, en España hay una avalancha de lo que se llamó el *boom* hispanoamericano […]. A mí me dicen: "¿A ti te gustan los escritores hispanoamericanos?", y yo digo: "Hombre, me pasa como con los niños: unos me gustan y otros me parecen un horror, pesadísimos y unos hijos de Satanás"».

Me siento un poco ridícula intentando mantener el equilibrio del ladrillo entre mis manos, mientras intento, por un lado, no quedarme tan ensimismada en algo como para quemarme y, por el otro, apartar de mi mente ese delicioso ritmo de reguetón que escucho de lejos y que me calienta el corazón, que me da ganas de bailar. *Entre visillos* me la bebo, *Ritmo lento* me cuesta, pero porque me cuesta

leer novelas en las que el personaje principal sea un hombre inadaptado que tensiona la trama narrativa cuando atraviesa un estado psicológico complejo, me aburre. Siento que es propio de una coyuntura literaria anodina y sin aventurilla. *Retahílas* la disfruto, pero porque la disfruto siempre, ¿quién no querría hablar con un interlocutor pleno durante toda una noche, sin despedidas, sin renuncias, sin incisos que conduzcan la corriente del agua hacia otro lugar? Llego a *Fragmentos de interior* y me derrito. La leo con agilidad para poder leer *El cuarto de atrás* y volver a *Fragmentos de interior* otra vez (¡OTRA VEZ!), y saborear cada una de las conversaciones y de todo el ruido de la calle que ha traído con su escucha tan atenta de lo que les sucede a las personas que viven con todo.

Busco en mi teléfono la respuesta a una pregunta que me surge, como por intuición. En la edición de Siruela, ¿quién escribe el prólogo? Introduzco la búsqueda y sale el nombre de Soledad Puértolas, que es mi equipo favorito del mundo. En mi pecho resuena mucho siempre de ella *Una vida inesperada*, que es una novela muy martingaitiana, y ojalá Soledad esté de acuerdo. Puértolas propone en su prólogo apuntes que considero cruciales para entender por qué *Fragmentos de interior* es una narración valiosa, una novela poco atendida por la crítica, mal leída. Un texto incomprendido. Ella dice, según la vista previa que me concede la página donde se anuncia la venta del libro, lo que sigue, bajo el título elocuente de «Obsesión y aprendizaje»: «literatura como una forma de conocimiento personal», «el fantasma que la persigue es la deformación de la realidad», «una indagación literaria sobre el peso que tiene la locura». Lo que más me inquieta de las palabras de Puértolas es que no para de darle vueltas a la idea de que existe una «lógica Carmen Martín Gaite». ¿No querrá decir logia? ¡Si somos un montón! Lo que viene a decirnos Puértolas es que *Fragmentos de interior* es una novela sobre el estado de negación o «delulu» (que

es una forma que tienen ahora los jóvenes de decir que alguien se encuentra en un estado de fantasía o que delira), y es verdad. Agustina se niega a asimilar que Diego, el padre de sus hijos (Isabel y Jaime), ya no la ama y que, a su manera, ha pasado página. Luisa, en cambio, marcha a Madrid a servir en una casa, pensando que desde allí podrá reencontrarse con Gonzalo, su amor de verano. El batacazo es tan grande cuando se topa con ese muchacho que le hizo luz de gas que, más allá de ser una pieza insólita de literatura, es un martillo con el que golpear a quienes piensen que los amores de verano son algo definitivo, más allá de su eventualidad, que es su magia. También saco otra cosa en claro: qué poco nos sirve el amor de alguien que no nos sirve. Qué triste. Termino con esto, que me interesa sobremanera: «En poco tiempo y en un suceder de actos cotidianos aparentemente irrelevantes tenemos los datos que necesitamos para sentirnos con capacidad de juicio».

*

Allí llego, a Modesta, entre malhumorada y contenta —en plan pose —, porque es la única forma que concibo de aterrizar en un lugar que no conozco y adoptar cierta distancia de él. Dentro me esperan Rocío, María y Ana, con entusiasmo y cerveza fría. También una veintena de personas con lo que he dado en llamar el «libro morado» o el «lila», que es *Fragmentos…*, pero en la edición de Siruela. Es importante hacer aquí un alto y señalar que no es la única. Y, perdonad, que esto nos va a llevar un poquito, pero creo que tiene interés. El catálogo de la Biblioteca Nacional de España así nos lo confirma: existe una edición de 1980 editada en Destino, en Destinolibro, que llega en 1987 a su tercera edición, y es el número ochenta y tres de la colección. La segunda edición será de 1984. ¡Pero hay una octava edición en 1996! Los datos que se indican en la ficha son: 8.ª ed. en Destinolibro, v. 83, Barcelona: Destino, 1996.

De pronto, surge una segunda edición sin año, tan solo se nos indica que es la segunda, y aparece en la colección Áncora y Delfín. Más tarde leemos que aparece una referencia en esta misma colección para 1994, que se indica como la tercera edición, y que dentro de Áncora y Delfín ocupa el puesto cuatrocientos noventa y siete. Luego, de pronto, en Orbis, en la colección Grandes Autores Españoles del Siglo xx, el título cuarto, y es de 1984. Un pasito hacia atrás, ahora nos vamos a 1983: Libro Amigo de Bruguera, el número setecientos cuarenta y tres de la colección, una segunda edición. Vamos a 1976, Colección Áncora y Delfín, 497. Barcelona: Destino. ¿La de 1980 en la colección Libro amigo de Bruguera se ha dicho ya? *Oh, là là: Fragmentos de interior*, prólogo de Soledad Puértolas, Libros del Tiempo, Ediciones Siruela, 297. 2010. Entonces, ¿se leyó mucho o se leyó mal? ¿Y quién le interesaba a Martín Gaite que la leyera? ¿El público o la crítica?

Para 1975, a la muerte del dictador, el clima literario aparece dominado por la «machoexplicación». ¿Qué quiero decir? El mercado literario alienta la asunción de textos en los que se refleje no solo la experiencia tras vivir bajo una férrea dictadura política en lo social, afectivo e igualmente en lo económico, sino en cuanto al imaginario. Los cuerpos de los españoles habían sido sometidos a un estricto escrutinio por parte de una mirada severa y deformante, la de un régimen dictatorial, completamente enfandangado en la recuperación del esplendor de España por medio de mentiras históricas y un mecanismo de reproducción implementado en el cuerpo de las mujeres, principalmente: dar a luz a hijos sanos del patriarcado, es decir, españoles y españolas que perpetúen un tejido social disparatado, pues se basa en la incomunicación y en el desentenderse de los afectos individuales en pro de un común atlético. A Martín Gaite, apolítica vocacional, es lo que más le interesa: la humanidad que ha sido capaz de trascender los pololos de la Sección Femenina y la grisura de la masculinidad al servicio

obligado o no de un régimen dictatorial. Sus coetáneos publicarán libros de memorias, biografías. Ella hará una crónica, una novela, con y desde toda la inmediatez que le es posible apresar. ¿Qué cara se le queda a una cuando desaparece un dirigente político que lleva en el poder más de cuarenta años? No es baladí, habrá quien naciese y muriese en dictadura.

En este punto, y habiendo nombrado a Sección, el feminismo de Carmen Martín Gaite es algo que tal vez convenga aclarar. Es un feminismo literario, y no ha de ser una sorpresa, porque el resto de los aspectos psicosociales de la escritora se deben siempre al filtro de la literatura: los afectos, las pasiones, las formas de mirar los paisajes, la cocina, la conversación, la espera. La biografía misma. La autora de *Caperucita en Manhattan* siempre militó contra lo cambiante y pendenciero de la ideología política, es lo que tiene, entiendo, haberse curtido en la etiqueta «niña de la guerra», que los juguetes pueden ser distintos, pero el juego nunca modifica sus reglas por nadie, excepto por el crío más picajoso y bobalicón.

A veces, durante la lectura de cualquiera de sus novelas, se genera una sensación fuerte de vacío e inseguridad que se suple, a mi entender, con unas pocas palabras de amistad y abrigo. Esa dicha circunstancial, sí, totalmente sujeta a una coyuntura, que es la de estar hablando con una amiga, es inmutable gracias a la literatura..

De cara a *Fragmentos de interior*, hay tres explicaciones (o son tres las que encuentro yo) a su gracia:

1) La primera es fácil y popular: Luisa conoce a Gonzalo en un verano en su pueblo, él está de rodaje, pues se dedica a la muy incipiente y rara industria cinematográfica. Parece que mantienen relaciones. Él regresa a Madrid y ella tiene una falta. Entonces habla con Víctor, un tipo educado, culto y pintor de quien su familia se fía, para que le recomiende una casa a la que ir a servir a la ciudad y así encontrarse con Gonzalo, *and all the rest is silence*. Luisa no es consciente de casi nada, pues está en una etapa extraña de

enamoramiento feroz y la educación sentimental que las muchachas habían recibido durante el franquismo era el vuelo de un paracaidista accidentado, nunca sale bien si la tela es mala. Un problemita, el del novio venido a más con el cine, que ya vimos en *Entre visillos*, cuando Miguel, el chico de una de las hermanas de Natalia, Julia, dice que ambos saldrán adelante con lo que él gane en ese negociado, y que no se ponga pesada, que se vaya ya a la ciudad con él y abandone la provincia. En fin, que esta es una de las grandes novelas del antifranquismo, *Entre visillos*. Regresando al texto del año 76, lo que Gonzalo y Luisa viven es un amor de verano (¡ya se ha dicho aquí!), algo frugal, feliz, disfrutón; esos amores que tienen su estación, y que cuando se estiran tiene que ver con aquello que decía Martín Gaite de volverse criatura de un solo tema. El caso es que, tras varias anecdóticas historietas para no dormir, la novela rompe con el ritmo del relato en cuanto a Luisa le viene la regla, y coincide con un momento de la historia en el que Luisa consigue dar con él, con Gonzalo, en Madrid en unas circunstancias del bochorno más total. Digamos que le baja la regla de puro alivio y decepción, de haber esquivado una bala. ¿No es lo más feminista que ustedes hayan leído nunca? En serio.

2) La segunda tiene que ver con algo ya enunciado. Si *Entre visillos* es una de las grandes novelas del antifranquismo, *Fragmentos de interior* es uno de los grandes libros de la transición política, de dictadura a democracia. Sin aspaviento, con escepticismo y con coraje, que es como tenemos que enfrentar los momentos de incertidumbre donde solo unos pocos deciden el destino de otros muchos, y estos primeros son mayoritariamente hombres.

Rastreo en internet las referencias no solo académicas en relación con este título, sino también aquellas entradas, noticias o coincidencias que tengan que ver casi en exclusiva con un lector menos constreñido a una circunstancia o a una lectura protocolaria. Hablo de Goodreads, sí: 212 *ratings*, 37 *reviews*, 3,93, *Spanish*, 202

pages, *Paperback, First published January 1,* 1976 [esto no es correcto].

Selecciono lo que creo que tiene algo de importancia, por ejemplo: «Conseguir tanta profundidad en tan pocas páginas tiene un gran mérito», «carmen martín gaite te quiero mucho», «Después de un tiempo sin leer ha sido un placer encontrarme con este libro», «la prosa de la gaite que es de lo mejorcitoooo de este mundo», «La autora demuestra un profundo amor por el teatro», «Qué preciosidad de novela», «la protagonista se llamaba luisa y a mí eso por alguna razón me da mucha ternura», «un tapiz de sentimientos universales», «una familia en plena decadencia que se desmorona poco a poco», «Me ha sorprendido bastante el final», «Bastante ligero, pero con mucho carácter […]. Acabas cogiéndole cariño a los personajes y todo, pese a lo desquiciados que están», «Tal vez todo en el mundo fuera teatro, pero hay funciones que con ensayo salen todavía peor», «cosas que se intuyen, pero no se cuentan», «Cuatro estrellas porque leyendo a Carmiña me he vuelto a sentir como en casa», «lo peor que he leído de esta autora a la que tanto cariño le tengo», «Me ha quedado una *review* un poco desordenada, pero que espero que os anime a leerlo para que esta familia tan complicada y humana os abra las puertas de su piso», «Es un libro breve, pero viene cargado», «Siento que es un libro inacabado», «este libro es un *must read* sin duda. comprar libros por su portada es un riesgo, pero en este caso, el acierto de mi vida. me costó dos euros en una tienda de segunda mano de navarra y venía con una postal. cada vez que lo abro encuentro cachitos de mi 2022, que se habrán quedado entre las bárdenas y los bancos de Zarautz», «ha sido una lectura sencilla, aunque silenciosa, tranquila y cotidiana», «Me gusta la protagonista», «Lo de clase media… a revisar. Pero bueno, el esquema de una familia "media" así *flow* culebrón, pero más cañí, *on point*», «siempre encuentro el "toque Gaite", o el "toque Carmen", no sé cómo lo podría llamar. Lo tiene. Lo tiene»,

«Una novela cuya protagonista es una joven enamorada que va a servir a una casa en Madrid a fin de encontrar al ser amado, pero en ese viaje descubre una parte del mundo que desconocía y eso la ayuda a madurar», «sin duda las mejores cartas de amor las debió escribir carmen martín gaite», «muy corto, pero *wow*», «Carmen Martín Gaite eres la mejor», «Contentísima», «el conflicto generala sigue latente», «La estructura del libro le da velocidad», «es un libro trágico y maravilloso», «Qué bien siempre Martín Gaite», «con muchas aristas y no todas buenas».

Sobre lo más académico, encuentro poca cosa, la verdad. Me entero de que de *Fragmentos de interior* hay una adaptación cinematográfica, y de que esta forma parte del audiovisual de la TVE de la democracia. Esto lo leo en un artículo de Carmen Peña titulado: «Cine e identidades *femeninas* en la narrativa de tres escritoras españolas: Carmen Martín Gaite, Ana María Moix y Montserrat Roig». José Carlos Mainer dice que esta novela se enmarca en la primera Transición y que la Gaite es una cronista lúcida en su libro *Del siglo pasado (notas de lectura)*, del pasado 2024. Para Carlos Foal, en un volumen editado por Joan L. Brown sobre cómo enseñar en las aulas esta novela de la Gaite, este libro es un ejemplo de metaficción y de historia psicosocial. María José Blanco nos dice que *Fragmentos…* actúa como un mensaje en una botella y advierte de la dificultad de hacer que el tiempo literario avance si uno se queda anclado en el pasado; concretamente, en las cartas que hemos enviado y que también hemos recibido. Marian Womack dice que *Fragmentos de interior* es una buena muestra de cómo una novela, u otro trabajo literario, empieza en la mente de un autor o de una autora y este se transforma en relación con las circunstancias personales que esa persona experimenta o interferencias externas. Dice esto porque ha rastreado, como también hizo José Teruel, los orígenes de esta novela en *Cuadernos de todo*. Sabemos, como reza la dedicatoria, que fue una apuesta

con su amigo Ignacio Álvarez Vara y que en 1963, 1964 y 1967 escribió algunos pasajes que después incorporaría aquí. Gracias a la inmersión de José Teruel, sabemos que esta novela iba a titularse *Bajo el mismo techo*. Linda E. Chown nos dice en *Narrative Authority and Homeostasis in the Novels of Doris Lessing y Carmen Martín Gaite*, qué oportuna esta reunión de la Lessing y la Gaite, que, en una carta personal del 24 de diciembre de 1982, Martín Gaite dijo que a *Fragmentos de interior*, por el momento, se le había dedicado poca atención. No sé, en fin, decido dejar de leer cuando me encuentro con un texto de Roberta Johnson, «El concepto de ruina en Carmen Martín Gaite». Esta afirma en su texto, para *Fragmentos de interior*, que es una novela en la que la ruina y su posible reconstrucción pasará sí o sí a través del lenguaje y que se trata de un texto en el que uno se conoce por medio del impacto que tiene en los otros. Gracias por tanto y perdón por tan poco, Roberta.

Es curioso encontrar que la obra de alguien levanta las pasiones más calurosas entre quienes no tienen un título en la pared y ejercen la crítica de forma casi anónima en internet y que en la academia apenas se tiene en cuenta, si no es para decir que es una novela medio rara que viene, en cierta medida, a interrumpir un ciclo narrativo más literario, el paso natural de *Retahílas* a *El cuarto de atrás*.

3) La tercera es clara. Si el feminismo de Carmen Martín Gaite es completamente literario, nos basta con echar un vistazo a los textos que componen *Desde la ventana: enfoque femenino de la literatura española*, algunas traducciones de interés como *Patriarchal Attitudes: Women in Society* (1970), de Eva Figes para Alianza en 1972, *To the Lighthouse* (1927), de Virginia Woolf en 1982 para Edhasa, o *Wuthering Heights* (1847), de Emily Brontë en 1984 para Bruguera, la caída del caballo con la recuperación y lectura de las mujeres intelectuales de principios del XX en España, ya en su última etapa, ese interés desmedido por la vida de Elena Fortún y su obra,

que nos ha dejado grabado en distintos testimonios sonoros. A veces fantaseo con la idea de que Carmen Martín Gaite viva hoy, de que tenga un pódcast. ¿Me tortura? En realidad, es algo cruel y desmesurado: tiene tantas cosas en internet, en el archivo sonoro de la Fundación Juan March. Métete, curiosea.

En fin, que si el ritmo de una novela se interrumpe porque a la protagonista le baja la regla tras comprobar que el tío al que ha idealizado es un cretino y pide un momentito para ponerse una compresa el asunto está clarísimo: feminidad como tema literario. El feminismo, esto es, el activismo político en clave personal, pues cada mujer posee una militancia particular en relación con la feminidad que puede o no asumir públicamente y, desde ella, adoptar una actitud social.

Por supuesto que hacer de la feminidad un *leitmotiv* literario es feminista. Por supuesto que al tematizar ese universal, lo femenino, se es feminista. Por supuesto que es feminista rechazar una lectura tan solo feminista de una obra, pues se aspira a una interlocución masiva. Por supuesto que es feminista vehicular la problemática de las mujeres en un género literario popular como es la novela. Por supuesto que es feminista tener la inteligencia suficiente como para no querer que tu obra literaria, lo que tienes que decir, ocupe una posición subsidiaria de otro tipo de discursos, puesto que para ese viaje no hay menester alforjas. Qué duda cabe, hoy día, de que la intencionalidad literaria de Carmen Martín Gaite en relación con sus escritos es marcadamente feminista, y que, acudiendo a las estrategias del débil, es decir, de las mujeres, a ojos de la cultura e imaginario patriarcal triunfa la visión de la literatura. No te quedes con que le ha bajado la regla, que ese es el chisme, sino con que ha sido capaz de liberarse de las ataduras de una vida que la conduciría a la miseria espiritual al deshacerse de un tonto idealizado, que son los peores. Ya nadie se muere por amor, parece decirnos la Gaite. No os muráis por amor, muchachas. Es, un poco, como si Lorena

Álvarez, la cantante, nos susurrase al oído su versión de «Si tú eres mi hombre». Donde dice aquello de que, si tú eres mi hombre y yo tu mujer, pues eso, que más me vale echar a correr. Martín Gaite: chicas, corramos juntas.

*

Lo que anoté en verano en aquellas hojitas tiernas, poco porosas, se mantiene. Vuelvo a la persona que leyó y escribió en los márgenes mientras iba dándose cuenta del asunto, de cara al encuentro en Modesta. Pongo a conversar a la Andrea del verano con la del verano siguiente. Para Carmen Martín Gaite la literatura es una herramienta de cambio social, como el feminismo. Para Carmen Martín Gaite es urgente comenzar a participar de las narrativas del envejecimiento; sobre todo, en el caso de las mujeres. Porque es muy evidente, ¿no? Ellos arrancarán los años ochenta del siglo pasado en nuestro país prefiriéndolas más insolentes, más guapas, menos indecisas, aparentemente, más directas, es decir, solo más jóvenes, en realidad. Ellas, en cambio, caerán al introducirse paulatinamente en el mercado laboral, en el capitalismo y en la obtención de un *statu quo* en relación con él. Leí por ahí que este texto reflejaba con audacia y énfasis la psicología del individuo; del españolito, no lo tengo tan claro. De la españolita sí, de la españolita seguro. Con este equipaje, me meto en la novela.

A la cita inicial que abre esta novela de 1976 de Carmiña, un fragmentito de un poema, «The sleeping passenger» del poeta inglés David Paul. Dice así: «Others may be puzzled, you can cope, / You are a master of your situation / Because you have never sized it up. / You have already reached your destination». O, lo que es lo mismo, «Otros pueden perder pie, y tú marcas el paso, / Te has adueñado de la situación / Porque nunca la sobredimensionaste. / Ya habías llegado a donde querías».[*1] Esta de Paul es una composición

satírica, donde el tiempo y el espacio se han cancelado al entrar en los instantes iniciales de la bomba atómica, en su era. Para el poeta, la indiferencia de la ciudadanía, o del inconsciente colectivo, ante esa situación es clara. ¿Qué esperan de nosotros? Si tenemos en cuenta que la novela de Martín Gaite se publica un año después de la muerte del dictador, el planteamiento es claro. ¿Qué pueden esperar las instancias gubernamentales de los individuos, si ya se habían enfrentado a la devastación durante cuánto, cuarenta años?

Advierto que subrayo, como en una cajita, la palabra «Ibiza». «Mezcla de mujeres [esto es al final del capítulo 1], pero ya hay otro ambiente, muy claro, como de fin de fiesta». «Franco ha muerto». Subrayo otra vez, como en una cajita, el sintagma nominal «la situación actual». Subrayo la frase: «¡Qué bonito sería dormir siempre!». Respondo: «Efectivamente». «Cómo se me iba a ocurrir que no fueran matrimonio». Escribo: «Mundo apariencias». Escribo: «En todas las novelas de Carmen Martín Gaite hay una mujer que sufre por amor». «Aquel mechón de pelo rubio oscuro que fascinaba a hombres y a mujeres cayéndole sobre la frente». Escribo: «Queer».

Horóscopos. La polución en Madrid. La preocupación por lo europeo, que también sale en *Retahílas*. «Agustina es una mujer que sufre por amor». «¿Cuándo tradujo las cartas portuguesas?». Las separaciones en 1976, nuevos contextos amorosos para las mujeres españolas. Qué de drogas hay. JA, JA, JA. JA, JA, JA. «Bueno, ambiguo no. Es marica, papá, se le nota a la legua». «Esto es importante, se habla del mercado editorial». Subrayo: «Le llamaban Peter Pan, le decía que no le gustaban las mujeres, sino gustar a las mujeres». OJO: LIBERACIÓN DE LAS MUJERES. Mujeres = Sociedad de consumo. Aparece la palabra «celos», la subrayo. Tándem amor + locura: «Si a esa señora lo que tenían es que internarla en una clínica». Locura de amor. «—A mí no me parece ridículo estar enamorado a ninguna edad —dijo—. Di que es una desgracia, pero

no que es ridículo». Claramente es una poética de la espera. La poética del espacio, el ángel del hogar. Una habitación propia a qué precio. Ruptura. «… y se sirvió un vaso de vino» = automatismo. «Nunca me había dicho ninguna mujer unas cosas tan maravillosas, pero es porque tú eres distinta de todas esas muñecas de plástico que me rodean». Buf, escoria… Lo ibérico choca con lo europeo. OJO: «Si lo que no se puede es estar jugando al mismo tiempo a la bohemia y al dulce encanto de la burguesía, son mezclas que no se digieren por bien que se hagan. Aparte de que ellos los pobres la hacen muy mal». Tatuaje. Drogas. «No es ninguna deshonra llorar, mujer. Yo también lloro muchas veces; de mí no tengas vergüenza, si supieras la noche que he pasado y lo triste que estaba, me quería morir, todo lo veía negro. Y en cambio ahora, ya ves, estoy mucho mejor, son cosas que se pasan. Llora lo que quieras…» (y sigue).

*

Ay, pero qué les voy a contar a todas estas personas. Sí, toma, siempre llevo un abrebotellas en las llaves de casa.

[1]* La traducción es mía.

Una mujer bajo la influencia

SONIA FIDES

Cuando en 1988, durante la ceremonia de entrega del Premio Príncipe de Asturias, Carmen Martín Gaite recurrió a los cuentos de hadas para armar su discurso, no imaginó que, treinta y siete años después, una de sus más fervientes lectoras usaría la misma táctica para construir su relación con ella y con su literatura. Entonces, ella habló de un príncipe y yo, hoy, hablaré de un hada.

Así fue como me referí a ella aquella mañana en que mi osadía y mi amor por su literatura me llevaron a escribirle una carta en la que le decía muchas cosas, entre ellas que para mí era un hada buena. A lo que ella replicó, con su preciosa letra y con esa mezcla suya de humor y destreza epistolar: «No soy un hada y, de estar en algún bosque, vivo perdida en el de las dudas más espesas». Aquella confesión, aquella aceptación de su falibilidad, hizo que me sintiese más unida a ella.

Carmen Martín Gaite cambió mi vida. Quizá suene grandilocuente para quien lea este texto, pero así fue y, por fortuna, así sigue siendo veinticinco años después de su muerte. Cuando recibí el encargo-regalo de escribir este texto, lo primero que pensé fue en releer sus libros. Enseguida deseché esa opción. He releído las obras de Carmen muchas veces, sobre todo en verano, cuando el mundo se queda huérfano de novedades editoriales, pero esta vez debía ser la memoria quien hablase de mi relación con ella.

Mi admiración por Martín Gaite comenzó cuando un catorce de

agosto de 1992, día de mi vigésimo tercer cumpleaños, Minerva, una de mis primas mayores, me regaló por sorpresa *Nubosidad variable*. En el momento en que desenvolví el regalo, supe que mis manos y mi memoria habían sido bañadas por una magia exenta de trucos y de atajos visuales. En cuanto se acabó la fiesta de celebración, volví a la soledad y comencé la lectura. No la dejé en toda la noche, en aquellos años las madrugadas, por muy agosto que fuese, aún traían liberadoras rachas de aire fresco. La llegada de la luz hizo su aparición justo en el instante en que leía la última frase del libro. Después de la lectura pasé lo que quedaba de verano soñando con que a ratos era Sofía Montalvo y a ratos Mariana León. Ambas me gustaban, pero al final solo quise ser Mariana León, porque ella era la única que podía sacarme de lo cotidiano, de la rutina y de la inercia. Su huida me hizo convertirme en una mujer madura y deseosa de sumergirme en una independencia que de antemano sabía que jamás me pertenecería por la familia en la que me tocó nacer.

A Carmen Martín Gaite le debo el haber aprendido a ser libre a través de sus personajes. Como el valioso David de *Ritmo lento*, reflexivo y errático, humano y contestatario, como lo han sido pocos personajes en la literatura española, en un claro homenaje a su adorado y llorado Ignacio Aldecoa. También le debo que haya hecho de mí una lectora todoterreno y sobre todo que habilitara en mí la voluntad de un pensamiento crítico ajeno a mi experiencia lectora previa al encuentro con su universo literario. De hecho, yo soy crítica literaria gracias a ella, a su manera de alimentar sus textos de ese mismo pensamiento. Cada novela suya es un ensayo emocional, soberbio; no es solo la imaginación quien hace acto de presencia en ellas, sino mucho más, algo ligado a la filosofía que las convierte en un paraíso de inteligencia humana. Y que queda en la memoria del lector como un nido en el que a la larga germinará la vida, a veces loca y a veces dramática, y con cuyo filo será capaz de abrir en canal

los textos de otros. Pero eso lo supe más tarde, cuando me encontré con sus *Cuadernos de todo*. Un texto valiosísimo en que Martín Gaite derrumbó la realidad para construir pasadizos en los que sacar de quicio lo establecido hasta ese momento. Carmen nadaba siempre en una miscelánea productiva y densa; fue una buscadora incansable que habilitó el ansia de conocimiento en cada uno de sus lectores.

Carmen hizo de mi memoria un animal enganchado a la vida, a la mirada, a los ecos de sus obras, a los ecos de su literatura, tan lejos de mí y al mismo tiempo la única atadura a la que he querido someterme. Carmen fue un espejo, pero también esa sima sin fondo, paradójicamente llena de luz, donde buscarme.

Carmen Martín Gaite aventó la biografía y la literatura de otros muchos. Sobre todo, la mía. Su audacia me volvió audaz. Esa forma de contraponer realidad y ficción durante toda su carrera literaria no ha dejado de interpelarme en ningún momento. Fruto de esa resistencia a condenarse a ser rédito de una única generación y a mi deseo de ser una narradora con sus maneras y su alergia a lo instituido, nació el argumento de mi primera novela, *Los tigres no pueden esperar eternamente*. Carmen me hizo amar y armar lo imposible, me enseñó a mecer la realidad al mismo tiempo que la ficción, como si las manos de una madre pudieran mecer a sus dos hijos gemelos al mismo tiempo. Confieso que la ficción que en ella derramé me hizo dudar y querer abandonar la narración muchas veces, y de hecho lo hice. Abandoné la escritura de aquella primera incursión en la narrativa durante cinco años. Algo que también aprendí de ella. No le dolían prendas al tener que dejar un trabajo a medias, porque su perseverancia y su hambre de interlocución fueron siempre mayores que sus dudas. De ella aprendí algo que jamás se me olvidó, una frase que dice: «Quiero hacerlo, puedo hacerlo, necesito hacerlo». Una oración que no precisa de la intervención de ningún dios para llevarla a cabo.

De igual modo me enseñaría Carmen que, a pesar del paso del tiempo y de las convenciones sociales, la fantasía también sabe nombrar a los adultos y que no debemos dejar que se circunscriba tan solo al territorio de la infancia. Me enseñó a no avergonzarme de habitar e idear mundos alejados de la realidad. Me enseñó que la inercia era la peor enemiga de una lectora, de una mujer y de una escritora. Carmen fue una maestra para sus lectores. ¡Ojalá pudiera ver cómo, por mucho que lo temiera, no fue fin de raza! Que hay muchas personas que la consideramos como esa madre que nos deja hacer y sentir todo lo que deseamos. Como una madre que jamás nos corta las alas.

Carmen me ayudó a saber conjugar la alegría como si fuese un verbo, en pasado, en presente y, lo que es mejor, a intuir, a que sabré hacerlo en el futuro. Sus libros destruyen la soledad nociva gracias a su intemporalidad y a su destreza, esa reafirmación sobre los temas que saben nombrar a cada ser humano, sea o no lector de Carmen.

Carmiña me llenó también la cabeza de erudición útil, me abrió el hambre de saber. Y me hizo reverenciar el ensayo. Con veintipocos años y con la rebeldía por bandera, me enseñó, a través de la lectura de *Macanaz, otro paciente de la Inquisición*, que la perseverancia es la meta más gratificante que puede anhelar una aspirante a escritora. La sinceridad de Carmen en sus novelas, la sencillez y la forma en que dialogan en ellas sus personajes fueron sin duda el caldo de cultivo que necesitaba en aquellos años la extinta diletante que ahora escribe. Leer novelas como *Entre visillos* o *Retahílas* me llevó de la mano hasta un oficio que jamás esperé ejercer por mucho que lo deseara. Aunque disfruté mucho con la lectura de las novelas de la última década de su existencia (y a pesar de que estas procedieran de una vida pasada), las obras que se convirtieron en una tormenta que me empapó hasta los huesos fueron las que he citado con anterioridad y, sobre todas ellas,

Nubosidad variable. Todavía hoy sigo preguntándome qué tendrá esa novela que no se me cae nunca de las manos. Esa obra a la que recurro siempre como un cristiano vuelve a la Biblia para no dejar de ser virtuoso a los ojos del Señor.

Cuando la leí, imaginé que Carmen se había metido cada noche en mis sueños y que, al salir de ellos, se había llevado consigo todas esas frases que yo fantaseaba con decir en voz alta, todas esas frases de *Nubosidad variable* que yo soñé que me pertenecían:

> «Es demasiado cansado pasarse la vida plantándole cara a la soledad. ¿No resultaría más sensato poder pactar con ella?».
>
> «El miedo de siempre a perder el control, o a contagiarme del descontrol ajeno».
>
> «No nos damos cuenta, Mariana, de lo maravilloso que es poderle preguntar a alguien: "¿Te acuerdas?", y notar que sí, que se acuerda. Los recuerdos que cultivamos a solas forman una madeja embarullada por dentro, enganchada entre pinchos, pero lo peor es que, de tanto moverse en esa maraña, el ayer te vampiriza, te enrarece el aire y te tapa la luz del día en que estás viviendo. Es difícil salirse del tumor del pasado, dejando indemne el tejido del presente, tan delicado y frágil como un pétalo».

Carmen no abusó jamás de la autobiografía, pero estuvo en cada una de las frases que escribió. Autobiografía *stricto sensu* solo podemos encontrarla en la que es para mí la narración más valiosa de toda su producción, la más completa, la más compleja, la más profunda, «El otoño de Poughkeepsie». Ese cuento lo he releído mil veces, he buscado y rebuscado en sus confesiones ese hilván del que tirar como narradora. Y siempre lo he encontrado. Te lleva a la estratosfera de la creación, es un cuerpo perfecto, sin fisuras, un cuerpo compacto al que abrazar. Leerlo para mí supuso un aprendizaje ininterrumpido, el lugar al que volver cuando veo que mis personajes se vuelven vulnerables y, tonta de mí, deseo borrarles de un plumazo su valiosa condición.

Ahora en este punto de la narración yo misma me siento vulnerable porque releo y quisiera estar escribiendo un texto más erudito y filológicamente perfecto. Sin embargo (ni soy perfecta ni soy filóloga), en estos días en que pienso y repienso mi relación con Carmen han llegado a mi casa dos obras que me acompañan a todas partes y a las que acudo para saber que voy por buen camino: *De hija a madre, de madre a hija* y *Macanaz y Aldecoa. Dos interlocutores*. Dos libros delgados que contienen fórmulas increíbles para no salirse del sendero de la buena escritura. A estos dos los acompaña un tercero, *Carmen Martín Gaite. Una biografía*, escrito por José Teruel, que se ha convertido para mí en un interlocutor inesperado porque en sus palabras —y en la selección de las palabras de Carmen— convergen todas las conversaciones que mi fatídica timidez y su fatídica muerte nos negaron. Y me siento muy afortunada porque, a través de las pesquisas y el trabajo de Teruel, conozco claves de ella que ya intuía; reconozco a la mujer en su obra y descubro que existen entre nosotras claves que jamás imaginé compartir con ella. Leyendo el libro de Teruel topé con la noticia de que Carmen había sido durante un mes, en los años cincuenta, profesora de un colegio sito en la calle General Martínez Campos y de nombre María Inmaculada del que yo sería alumna durante los primeros años ochenta y del que salí antes, porque no me entendí, como le pasó a ella, con la madre superiora de aquel lugar. También pasó Carmen por el barrio que me vio nacer, Vallecas, entonces golpeado por las estrecheces con que lo maniataba la dictadura franquista y del que salió uno de sus cuentos más gloriosos, «La conciencia tranquila», un claro homenaje a su conciencia social y a la figura de su gran amigo Luis Martín-Santos, pero sobre todo a ese ninguneo que trató de sacarla de la generación de los cincuenta para convertirla en una señorita de provincias bien casada.

Carmen convivió con la derrota a pesar de su palmarés de premios.

Por eso, su literatura es la que es, un relámpago que atravesó el cielo de una España sumida en la grisura más absoluta hasta convertir toda la oscuridad en un vibrante arcoíris. Un arco iris que hoy en día continúa intacto en libros como *Caperucita en Manhattan* o en sus particularísimos *collages* reunidos en otro de sus libros imprescindibles, *Visión de Nueva York*. Ese lugar en el que la constancia de la mujer ventanera alcanza su culmen y que me lleva a asegurar que es el caleidoscopio en el que Carmen desmenuzó, con acierto y con una brillantez incontestable, el resto de sus libros. Por desgracia, la obra llegó demasiado tarde, cuando ella no pudo disfrutar de las opiniones de aquellos lectores que caímos rendidos ante él. ¡Cuánto hubiera disfrutado Carmen en la Feria del Libro de Madrid recibiendo las reflexiones de quien lo hubiera leído!

Imagino, por lo que he tenido la oportunidad de leer en sus valiosísimos *Cuadernos de todo*, que Martín Gaite jamás tuvo conciencia de que era una prestidigitadora y también una osada funambulista. Los primeros libros de su carrera, citados ya con devota admiración, suponen un cambio de perspectiva en la literatura de posguerra. Ella rompe con las normas o, mejor dicho, ensancha las costuras de la generación de los cincuenta cuando escribe *Entre visillos* y enumera los vicios y virtudes de una Salamanca que aún late en el epicentro del golpe de Estado del 36. En ella llena a sus personajes de vida, les ofrece la libertad, pero siendo consciente de que les debe un poderoso lavado de imagen para conseguirlo. Y es así como contrapone a Natalia y a Elvira, deshaciendo el nudo que la mantiene sujeta a un lugar al que no pertenece desde el punto y hora en que escribió *El balneario*. Carmen Martín Gaite quiso salir de ese nicho por la puerta grande, seguir los pasos febriles de los cuentos de Aldecoa, y qué mejor salida podía encontrar que escribir una novela corta —para «hacer dedos», como decía— en la que quedaría exculpada, gracias a la fantasía, por la decisión tomada.

También hallo mujeres ventaneras en su poesía. Un artefacto tan valioso como su narrativa e igual de libertario, como vemos en el poema titulado «Certeza»:

Habéis empujado hacia mí estas piedras.
Me habéis amurallado
para que me acostumbre.
Pero aunque ahora no pueda
ni intente dar un paso,
ni siquiera proyecte fuga alguna,
ya sé que es por allí
por donde quiero ir,
sé por dónde se va.
Mirad, os lo señalo:
por aquella ranura de poniente.

Carmen deja claro que no ha salido de la vida académica para pertenecer ni a nada ni a nadie. Sabía caminar por las grietas de esa forma rápida en que se mueven las lagartijas que huelen el verano, aun estando aletargadas en la oscuridad más ardiente. En su poesía quedaron sellados sus dolores, sus dudas y sus premoniciones. Poemas como «Escondite inglés» o «Todo es un cuento roto en Nueva York» dan debida cuenta de esta circunstancia. Los niños de la guerra nunca olvidan la gravedad de la vida, aunque sepan triunfar como ella lo hizo a través de una honestidad vital y narrativa deslumbrante. Y quizá yo también sea poeta gracias a ella. No tengo la certeza, porque las sorpresas nacen de la incertidumbre y no de la admiración, aunque esta sea profundísima. Pero quiero pensar que antes de Sylvia Plath, Anne Sexton o Anne Carson fue Carmen quien cogió mi mano para llevarme hasta la tierra caliente y severa de un territorio tan duro como gratificante.

BUSCADLA por Manhattan,
entre las escombreras de chatarra,
los coches de bomberos,
los anuncios, los locos, los cubos de basura,
las vitrinas lujosas y las paredes rotas,
entre los resplandores de gris y de amarillo,
que no la encontraréis,
que se escabullirá
arrojada al montón de manchas movedizas,
jugando al escondite, transformándose,
camuflada en el humo que sube a la calzada
desde las vísceras de la ciudad
por fauces entreabiertas
igual que tapaderas de la olla del infierno.

«Todo es un cuento roto en Nueva York»

Carmen Martín Gaite fue la señorita de provincias en cuyo pecho latían Rimbaud y Baudelaire, pero también ese latido gitano y hondo que García Lorca derramó por el mundo tras su asesinato.

Y ahora dejemos la literatura para hablar de la mujer, de la generosa mujer que habitaba muy cerca del cielo. De la interlocutora que, desde un ático sito en la calle de Doctor Esquerdo, 43, escribía impagables misivas. De la mujer que llamaba por teléfono a jóvenes muchachas de barrio para cambiarles la vida. Guardo como oro en paño las seis cartas que recibí y también el cartel de la promoción de *Nubosidad variable* que pasó meses en una librería de Barcelona hasta que ella tuvo a bien doblarlo por la mitad y meterlo en un sobre para que llegara a mi casa y me acompañara cada día al abrir los ojos. También guardo con celo una pequeña pinza metálica que metió en ese mismo sobre y todos los preciosos y precisos adornos que pegó en cada una de esas cartas antes de enviármelas. El junco verde y erguido (parecía que me conocía desde siempre, porque yo

me he pasado la vida siendo ese junco que dobla el aire hasta casi arrancarlo, pero que gracias a un milagro siempre recupera su verticalidad) que pegó sobre la primera página de su libro, *Dos cuentos maravillosos*, antes de meterlo en un sobre y enviármelo a casa. O como aquel oso panda con la espalda atravesada por una manecilla para dar vida a su cuerpo que insertó en la segunda página. Todo son recuerdos bonitos los vividos con Carmen. Su llegada a mi vida fue un estigma bueno y sanador, esa marca de la que manará siempre mi equilibrio literario y humano.

Carmen se convirtió libro a libro, carta a carta, en la Verónica capaz de enjugar todos mis rostros. En todas sus historias hay algo que me pertenece. «Pretender al mismo tiempo entender y soñar: ahí está la condena de mis noches», escribe en el premiado *El cuarto de atrás*, y en esa afirmación acoge una verdad plural y contestataria que encuentra la eternidad en el reconocimiento de cada uno de los lectores que se agarra a ella. Gaite parte de la duda para seducir a la certeza de una forma plena de inteligencia.

Ella creció sobre la ausencia de muchos de sus amigos, algunos ya nombrados en esta semblanza ahíta de heterodoxia, y, al hacerlo, convirtió en amigo a cada lector y también en testigo directo de un pasado oscuro al que ella siempre le otorgó el don de la alegría, como se observa en este fragmento de *Macanaz y Aldecoa. Dos interlocutores*:

> Estoy hablando del curso 1943-1944, tan cerca aún del final de la guerra, con los primeros foxes lentos de Bonet de San Pedro, con el *Raska yu* y las coplas densas de argumento de Conchita Piquer, todavía se cantaba la Chaparrita. A Ignacio le gustaba mucho esta canción que yo sabía y sigo sabiendo de memoria, y él fue quien me dijo que esta Chaparrita que a mí me evocaba juegos infantiles había sido para los soldados que habían muerto en la reciente contienda nacional una especie de madrina de guerra mítica, personaje inexistente y a la vez totalmente real como Lili Marlen para los alemanes. Y

aunque me quedé un poco sorprendida de que me explicase estas cosas un muchacho unos meses mayor que yo, su voz era tan convincente y seria como la de uno que hubiera estado soñando con la Chaparrita desde las trincheras, y por eso le presté absoluto crédito.

Gaite bebió de la heroicidad de Aldecoa, y de ese trago se abasteció toda su literatura: «No quiero que se vaya otro día sin intentar decir algo que sea verdad».

Fue una autora comprometida, eminentemente política, pese a no ser señalada como tal. Sus *Cuadernos de todo* son un combate salvaje contra lo inútil, contra lo maniqueo, contra el sistema. Son pura libertad, puro desahogo, una composición narrativa que, a través de la duda, del tedio y de la decepción, compone un vademécum emocional inédito en el ámbito de lo literario. Parecen diarios, pero, por fortuna, no lo son; en ellos reina el caos, el desorden en que los seres humanos inquieren a cada momento:

«En la gente viva uno cree, se empeña en tener esperanza; aunque sepa que se engaña».

«No se puede hacer nada hasta que la llamada de un nuevo sitio nos vacíe las emociones anteriores, superponiendo paisajes y costumbres nuevas».

Carmen Martín Gaite vivió para reinventarse y contagió a todos sus lectores con ese don, como se aprecia en sus *Cuadernos de todo*:

«Hay que ser aguafiestas cuando los juegos hacen tanto daño».

«¿No sería mejor aceptar a nuestro lado el tiempo, en vez de espantarlo? ¡Qué miedo a habitarlo, a darle lo que pide! Queremos las ventajas del tiempo, pero ninguno de sus inconvenientes».

«Mi enfermedad consiste en mi silencio».

Así, frase tras frase, consigue que sus reflexiones sean diálogos que cumplen esa máxima que nos tiene actualmente enganchados con

fervor a su literatura y que no es otra que *La búsqueda del interlocutor* sin necesidad de que ninguna presencia recibiese esas palabras.

Después de mucho leerla me doy perfecta cuenta de que esa búsqueda fue una brillante manera de defenderse de todo lo que fue y de todo aquello que quiso ser sin llegar a conseguirlo.

Carmen respiró en esa dualidad a ratos incómoda y a ratos tan efectiva para permitirle crear historias como la de *El cuarto de atrás*. Un duelo dialéctico contra sus contradicciones y contra la naturaleza social en que sus coetáneos se empeñaban en encasillarla. Se hizo fuerte en la metaliteratura para recalar en la denuncia. Jamás sus palabras fueron inofensivas y mucho menos complacientes y gracias a la fuerza ética de cada una de ellas permanecen vigentes y vívidas y por fortuna arden en la mirada de las nuevas generaciones que celebran con júbilo el centenario de Calila (así era como la llamaba cariñosamente su hija Marta).

Ojalá que las pequeñas palabras que ahora comparto con ustedes les sean útiles para acercarse a esa vecina de Doctor Esquerdo que tantas y tan preciadas historias construyó a través del dolor, de la pérdida, de la desilusión y del fracaso: «Lo que más me fascina es la habitación vacía. Es lo que siento más verdad de todo».

Leo a Simone Weil: «Si nos consideramos en un momento determinado —el instante presente, desligado del pasado y del futuro— somos inocentes. En ese instante no podemos ser más que lo que somos. Aislar así un instante implica el perdón».

Carmen fue resiliente y generosa hasta su último suspiro, hasta entregarnos a Balta, personaje inconcluso y mágico escrito a lo gitano, pero también el vehículo sobre el que cargar el peso de nuestra imaginación: «El secreto está en el alma, y la mía tiene lunares negros».

*

Un viento leve se cuela por la ventana desde hace algunas horas. Con los ojos aún cerrados construyo un castillo que no sé si acabará derrumbándose o encontrando su lugar en el mundo. Me cuesta mucho escoger entre los libros de Carmen Martín Gaite aquellos que me han mantenido unida a ella para siempre. Fue tan generosa que tras su marcha dejó en cada uno de ellos el latido de un cordón umbilical que hoy en día alimenta a una legión de discípulos. Sé que, escoja el que escoja, seré injusta con el resto, pero de algún hilo hay que agarrarse. Ojalá que ese hilo que elijo deje una marca sobre mis manos y sobre la memoria de quien lo encuentre. Me ayuda pensar que la pluma con la que escribo es la hermana gemela de aquella que le regalé a Carmiña un día. Un objeto que ella recibió como si fuera un tesoro y cuya sombra hecha «carne» ahora sostengo.

Madrid, junio de 2025

MIRANFÚ: o sea, va a pasar algo diferente

LUCÍA MIRANDA

Mi otoño en Poughkeepsie

Poughkeepsie. 20 de abril de 2008

Hoy he conocido a Sara Allen. No es que la haya conocido, duerme plácidamente a mi lado en el tren. A Sara Allen, la protagonista de mi novela favorita, *Caperucita en Manhattan*, la conocí hace unos meses. Se me acercó en el gimnasio y nos pusimos a charlar. Después me invitaron a un seminario del Siglo de Oro a hablar del Festival de Almagro, y allí estaba ella, mirándome. Hoy, no sé por qué, ha salido Martín Gaite a la conversación en clase, y con la mayor de las naturalidades, me ha preguntado qué había leído de ella, y me ha dicho: «Es que yo soy Sara. Sara Allen».

Pensando que el mal de Montano[2] me empezaba a afectar le he preguntado: «¿Cómo que tú eres Sara Allen?». Y entonces me ha hablado de su madre (a la que que también he leído en artículos) y de su relación con Carmen, de cómo su madre estudió en Vassar y ahora ella, y de cómo Carmen vino a Vassar a acabar en un invierno nevado sus *Usos amorosos de la postguerra*.

A veces, la vida te coloca, te lleva. Y entonces he pensado: ya está, Lucía, ya lo has hecho, ya te has inventado a ti misma y no sabes exactamente cómo.

Y Sara me pregunta: «¿Te gustaría conocer a mi madre?».

Este fragmento pertenece a los diarios que escribí en el curso 2007-2008. Tuve, entonces, la inmensa fortuna de ser becada por Vassar College, una universidad de *liberal arts* en el norte del estado de

Nueva York, en la población de Poughkeepsie, para trabajar como *language fellow*, algo así como asistente de español, en el Departamento de Estudios Hispanos.

A cambio de trabajar unas horas en el Chicago Hall, donde facilitaba clases de conversación y empleaba el teatro como herramienta de aprendizaje de la lengua, podía matricularme en varias asignaturas. Así me convertí en alumna de su Departamento de Drama y, siguiendo la estela gaitiana, me propuse inventarme una nueva vida.

Sara Allen, personaje protagonista de la novela *Caperucita en Manhattan*, es en realidad Sara Brown, y era una de mis alumnas en aquellas clases de conversación. La madre de Sara era Joan L. Brown, titular de la Cátedra Elías Ahuja de español en la Universidad de Delaware, filóloga, y especialista en las obras de Martín Gaite. Por eso, Sara se sabía *Caperucita en Manhattan* al dedillo y contaba cosas que yo desconocía.

Recuerdo que me sentí predestinada a lo Vila-Matas en su *París no se acaba nunca*. Pensé que igual que él acabó en París tras un golpe de suerte, viviendo en la buhardilla de la mismísima Marguerite Duras, a la que tuvo de casera, lo que ayudó a forjar su «brillante biografía», yo estaba forjando la mía.

De los 2500 alumnos que tiene Vassar, ¿qué probabilidad había de que la protagonista de mi novela favorita, de la novela que me había llevado hasta allí, estuviera en mi misma clase? Sara fue generosa, y me presentó a Joan en una de sus visitas veraniegas a Madrid. Cenamos por Huertas, compartieron recuerdos gaitianos conmigo y les perdí el rastro hasta hace poco que les volví a escribir.

Yo aquel curso tenía veintiséis años y no pretendía convertirme en profesora de español. Trabajaba entonces como ayudante de producción en el Festival de Almagro y había aparcado mis ínfulas artísticas por miedo a morirme de hambre, en pro de la gestión cultural, que entonces comenzaba. Sin lugar a duda, mi paso por

Vassar College fue fundamental en el giro de guion que di a mi narrativa, y quiero creer que en parte fue el fantasma de Carmen soplándome al oído los versos de su poema *Lo juro por mis muertos*: «Por favor, tú tranquila, no te enfades, no cojas miedo a nada».

En 2002 se publica *Cuadernos de todo* donde, entre otros, están sus cuadernos de la época americana y en especial «El otoño en Poughkeepsie». Escribe Carmen en su relato que «Poughkeepsie es nombre de origen indio y quiere decir la casa del techo de paja junto al río que corre». En realidad, de aquel origen indio, queda muy poco. Vassar fue fundada en 1861 por un empresario cervecero y abrió sus puertas como universidad para mujeres. Hermanada con Yale, al lado del Hudson, con una biblioteca de ensueño (Lorca compartió allí su charla de «Las nanas infantiles»), un museo con varias obras de Picasso adonde yo acudía cuando sentía morriña, y en mitad de un bosque de cuento, era, como le escribía a mi madre en los *emails*: «Vivir dentro del *club de los poetas muertos*».

Carmen llegó allí en 1985 tras la muerte de su hija de veintinueve años, Marta Sánchez Martín, con el libro de Simon Weil, *La pesanteur et la grâce*, bajo el brazo. Había acudido ya al campus en otras ocasiones, para charlas y conferencias, pero en esta permanecería un semestre como profesora visitante, invitada por el mismo departamento que a mí me llevaría allí veintitrés años después.

Revisando el maravilloso archivo Carmen Martín Gaite de la Biblioteca Digital de Castilla y León, he ido reconstruyendo sus pasos en Vassar como una detective o una fan de las que dan miedito: Carmen disfrazada con gorro de ala ancha y espumillón al cuello encarnando a su futura miss Lunatic (¿sería por Halloween tal vez? Yo me vestí de hada), Carmen tirada en la colorida cama de su cuarto y, en la pared, un póster de portada del *New Yorker* (yo también tuve el mío, formato postal).

La imagino al principio, perdida como cuenta en «El otoño en

Poughkeepsie»: perdida en su llegada al Kennedy Airport, perdida en su estancia previa en la ciudad de Nueva York: «Para Juan Carlos Eguillor, por la respiración boca a boca que nos insufló a Caperucita y a mí, perdidas en Manhattan a finales de aquel verano horrible», dice la dedicatoria de la novela. Perdida como autora, como madre. El periodo de Vassar fue el periodo del duelo. Carmen ya había perdido un hijo cuando este tenía siete meses y ahora la muerte de Marta, a causa de una neumopatía asociada al sida, como narra José Teruel en su biografía, la devastó. ¿Y a quién no?

«El otoño en Poughkeepsie» es un relato delicioso, lacerante, inmenso; para mí, el más íntimo de la autora. Primo hermano de *Noches azules*, donde Joan Didion narra la muerte y la vida de su hija Quintana. No se puede entender *Caperucita en Manhattan* sin «El otoño en Poughkeepsie». No solo porque Carmen nos cuente cómo descubrió a Caperucita, que fue un regalo de su amigo Eguillor —cuando ella llegó a su piso de Nueva York, antes de partir hacia Vassar, él dibujaba una historia de una niña que vivía en Brooklyn con impermeable rojo y le ofreció esa historia para que ella la acabase—, sino porque el bosque de Sara Allen es el bosque de Carmen, los lobos como dice «están disfrazados de psiquiatras» y tiene que andarse con ojo para salir del túnel al que va abocada.

Y, sin embargo, salió.

Y se hizo reina del cotarro no solo en Vassar: «El bosque ha dejado de ser un bosque misterioso para convertirse en un campus universitario por el que ya me oriento bastante bien», sino a su vuelta, poblada de premios y reconocimientos.

Yo también aprendí a orientarme, de otra manera.

A los tres días de aterrizar en Vassar, me disloqué la rodilla en un intento de demostrar a un grupo de estadounidenses rubias y estupendas, en una clase de Danza Contemporánea, que yo era una de las suyas. Quedó claro que no. Pasé tres meses entre silla de ruedas y muletas, cambié mis asignaturas, hice mucha

rehabilitación. Dirigí mi primera obra de teatro y, de mis horas en cama con la pierna en alto, surgió la idea, alentada por ese profesorado de Vassar, de solicitar una beca e intentar estudiar un máster en la Universidad de Nueva York (NYU).

Como por mayo, escribía en mis cuadernos:

> Las opciones que tomo no son arbitrarias.
>
> Elegí NY por Martín Gaite y su Caperucita en Manhattan. ¡Cuánta tontería, por favor, para una sola cabeza! Y hoy voy a NYU a la entrevista. ¿Qué hace una chica de provincias yéndose a entrevistar a NYU? ¿Qué hace?
>
> Soy una farsante.

O miranfú, miranfú, o sea, va a pasar algo diferente.

Y pasó.

Gané la beca, me aprendí el mapa del metro de memoria, descubrí que Manhattan no es Nueva York, es solo una parte de Nueva York, me encontré con muchos lobos (ninguno como mister Woolf), mi madre me hizo una capa y yo me compré unas botas rojas (andaba por la calle así, feliz), busqué a miss Lunatic sin fortuna, encontré el *music hall* de Gloria Star, bailé a altas horas en locales tapizados de espejos, para que cuando los niños de Brooklyn soñaran, soñaran pero bien. Y pasé de no saber quién era, a saber quién quería ser. Me zampé el *American dream*, como la Gaite. Y así fue como un día desperté, y escribía y dirigía teatro.

Los niños de Brooklyn sueñan
con Manhattan

Cuando era adolescente, si sacaba buenas notas, mis padres me llevaban a la Feria del Libro de Madrid y me daban diez mil pesetas de entonces (sesenta euros de ahora) para gastarme en libros. Para

mí, que soy chica de provincias castellana, el fin de semana en la capital, haciendo colas interminables para conocer a mis autores favoritos, era una fiesta.

Mi madre era una gran lectora de Carmen como de otras escritoras de su generación. En los 80-90 el canon literario escolar estaba en manos de lo que José Teruel llama «los varones sesudos de su generación». Mis lecturas obligatorias en la época del instituto fueron los textos de Delibes, Cela y Umbral. Y si pensamos en sus compañeros, la llamada generación del 50: Benet, Aldecoa, el que fue su marido, Ferlosio, eran todos unos buenos intelectuales de manual. Las autoras llegaron a mí gracias a mi madre: Rosa Chacel, Carmen Laforet, Ana María Matute o Gloria Fuertes. Incluso las extranjeras —*La habitación propia* de Virginia Woolf, que Carmen leyó por primera vez en Nueva York, o Doris Lessing y Flannery O'Connor— estaban en las estanterías de mi madre. Fue ella quien se ocupó de rellenar el vacío que desde las instituciones y el catálogo educativo se estaba creando. Y fue también ella la que, en una de aquellas Ferias del Libro, me puso en las manos *Caperucita en Manhattan*. Un poco a regañadientes, acepté incluirlo dentro de mis diez mil pesetas.

Y menos mal.

Al año siguiente, metí en mi mochila la novela comprada la primavera anterior y recorrimos la Feria para encontrar a Carmen, y hacer la cola de la reina absoluta del Retiro para la firma de mi ejemplar. No recuerdo qué hablamos. Sí que me impresionó su melena blanca sujeta por unas horquillas de colores y una camiseta de manga corta, quiero recordar que de Mafalda. Me escribió dentro de una nube la fecha: «14 junio 98», alumbrada por los rayos de un sol que dibujó.

Y después un:

Para Lucía, feliz relectura y pérdida por Manhattan.

Con cariño
Carmen M Gaite

Lo descubrí con catorce, lo releí con quince, y me abrió el mundo a lo que Joan Brown llama la geografía narrativa («Carmen Martín Gaite: los años americanos»). Yo era una niña de provincias que soñaba con Madrid. Manhattan llegó con la lectura. Y aunque mi madre y mi padre eran muy diferentes de los Allen, compartía con Sara el sentimiento de bicho raro ante un grupo de amigos que no amaban lo que yo: la lectura y el viaje. Y me aferraba también a la imagen de dos abuelas que transgredieron cada cual a su manera su vida. En una de ellas, me inspiré para la versión que realicé de *Casa de muñecas* de Ibsen, *Nora, 1959*, donde trabajé justamente con los *Usos amorosos de la postguerra* como base y la imagen de mujer ventanera de la que nos habla Gaite. Sara es la Alicia de Lewis Carroll (¿no es acaso el gato Cloud un gato de Cheshire?), obra a la que vuelve y revuelve Carmen todo el tiempo; la Matilda de Roald Dahl (esos padres siameses, esa maestra que podría ser miss Lunatic), escrita en la misma época que *Caperucita*; es Celia de Elena Fortún (a la que Carmen trasladó a guion de televisión). Sara Allen son todas las niñas contestonas, que no entienden por qué hay que perder el tiempo en ir bien peinadas o en hacer tartas de fresa.

Frente a los retratos serios y oscuros de los escritores, me quedó grabada aquella imagen de Carmen en la Feria del Libro, y lo fui constatando, según aumenté mis lecturas: se me aparecía en las contraportadas de sus obras como una mujer sin miedo a sonreír y al disfrute, reclamando a través de su imagen su ración de alegría. En la edición que tengo de *Caperucita en Manhattan* (1994), aparece subida a un tiovivo con la melena blanca al aire; en *Dos cuentos maravillosos* (1993), extiende los brazos en lo que parece una catarata, y en *Pido la palabra* (2002) eleva un paraguas como si fuera Mary Poppins cogiendo carrerilla para salir volando (esta foto,

por cierto, la firma Joan Brown). Incluso cuando aparece retratada en fotos de estudio, se sigue alejando de la imagen convencional y aún persistente del autor. Ella misma en *El cuento de nunca acabar* reconoce su antipatía ante el canon: «La mayor parte de los "intelectuales" […] plagan sus discursos de nenúfares». Como creadora estaba en busca insaciable y genuina de interlocución, encontraba tramas e intereses en el parque viendo a su hija jugar con los otros niños, y bebía del habla de la calle. Creo que una gran lección fue cómo se desmarcó de herencias y postulados, de etiquetas, para poner foco en lo que le interesaba de verdad.

Se desmarcó en su discurso al recibir el Premio Príncipe de Asturias y renunciando al segundo discreto término (¿quién sino ella para contarle un cuento al futuro rey de España?). Diciendo que no por tres veces a la RAE, por más que varios amigos insistieron (interesados, acudid a la biografía que ha escrito Teruel). Y eligiendo como uno de sus marcos de referencia la denostada literatura infantil. Esa para la que los grandes autores no quieren escribir, porque se considera menor. Andersen, del que toma entre otras cosas el título de su novela *La reina de las nieves*; Perrault, del que bebe *Caperucita en Manhattan*; Fortún y sus ya mencionados guiones para la televisión de la saga de Celia; Carroll y su mundo de las maravillas; o C. S. Lewis, autor de *Las crónicas de Narnia* (libro que descubrí en mi asignatura de Literatura Infantil en Vassar), y que escribió *A Grief Observed* (*Una pena en observación*) después de la muerte de su esposa, y que la propia Gaite traducirá. Este libro, cuenta Teruel, se lo regaló un alumno durante su estancia en Vassar al saber del fallecimiento de su hija.

Martín Gaite se desmarca del autor canónico y se constituye como una artista singular. Como aquella de la canción que escuchó de niña a una compañía de teatro infantil que vio en Salamanca y que nos comparte en la maravillosa conferencia «La libertad como símbolo»:

Soñé que era una artista singular
que estaba trabajando en Nueva York,
soñé que me aplaudían sin cesar
con Mickey, con la Betty y con Charlot.

Y claro que para hacer esto se necesita una habitación propia y ella jugaba con una ventaja que otras no podían tener: Carmen no tenía solo una habitación, sino todo un ático, el de la calle Doctor Esquerdo, regalo de bodas de su padre, que era notario. Y una maleta con una educación tan particular como la que recibió Marta, su hija: educación en casa hasta los ocho años y hablar cuatro idiomas (de ahí su faceta de traductora) en una época en la que a las mujeres se las educaba para casarse y maternar. Carmen aprendió, en sus innumerables viajes a Estados Unidos con sus conferencias, cursos y estadías, lo del sueño americano y se lo trajo para casa.

Ella decía que hay «un hilo raro que nos une a unos escritores con otros» y yo lo creo. Gran parte de mi trabajo como directora de escena bebe de versiones de clásicos infantiles que he montado pensando en adultos: *Perdidos en Nunca Jamás*, *La cabeza del dragón*, *Alicias buscan Maravillas*, o *El dia que vam matar els llops*, en base a los cuentos infantiles de Mercè Rodoreda (¡otra bestia!). Saber que Carmen, a la que admiro, hacía bandera del folclore y el mundo de la infancia me hace sentirme un poco más segura cuando yo me embarco en esos lares.

Unos meses antes de encontrarme con Sara Allen, escribí en mis diarios de Vassar:

> Quién me iba a decir a mí que en un apartamento de Poughkeepsie, instalada aquí, en Vassar College, tú revisabas tus usos amorosos de la postguerra. Me gusta saber que anduviste por aquí, que subiste las mismas escaleras, que abrías cartas con ganas desde el otro lado del Atlántico como yo lo hago

ahora. Tú más mayor, más lista.

Que estuviste aquí me ayuda imaginar que yo puedo estar allí algún día.

Era febrero de 2007.

Yo, como Sara Allen, era una niña de Brooklyn que soñaba con Manhattan.

Los referentes importan.

Recojo las señales de tu lejano morse

En 2022, a la salida de una de las representaciones de *La cabeza del dragón*, que dirigí en el Centro Dramático Nacional, el dramaturgo Juan Mayorga me preguntó qué me gustaría hacer en el futuro en el Teatro de La Abadía. Y la respuesta fue clara: *Caperucita en Manhattan*. Ya había realizado otro intento que no salió a flote y, por increíble que parezca, en España no se había hecho una versión teatral profesional de la novela (sí en Italia, en el Piccolo de Milán). Y sin pretenderlo ahora (de nuevo el fantasma de Carmen), coincidía que este 2025 era el centenario del nacimiento de nuestra autora. Me enteré de ello al acudir a la presentación de otra obra inspirada en Carmen: *Así hablabámos*, de La Tristura.

Para escribir la versión seguí las puntadas del hilo que Carmen dejó en «El otoño en Poughkeepsie», en *Visión de Nueva York*, en poemas como «La última vez que Andersen entró en casa», «Quien motiva mi queja», «El cuarto de jugar», «Lo juro por mis muertos» y en algunas de las dedicatorias que abren sus libros. Me convertí de nuevo en detective o fan que da miedito, según se vea, para reconstruir el puzle de por qué y para qué había escrito Carmen aquella novela. María Folguera se convirtió en mi *dealer* personal de información (gracias, compañera) suministrando de vez en cuando pedazos interesantes para mi empresa. Me obsesionaba entender

cómo una pieza, tan sencilla en apariencia, había tenido un éxito tan rotundo de público y quería encontrar en el *collage* de mis notas el motivo por el cual a tantas amigas y madres de amigas les conmovía de una manera brutal.

Carmen explica, en «Desde su ventana a la mía», un sueño que tuvo en el que escribe una carta a su madre, María Gaite, para contarle cosas de Nueva York: «Lo que hacía no era propiamente escribir, sino mover los dedos con gestos muy precisos para que la luz incidiera de una forma determinada en un espejito como de juguete que tenía en la mano y cuyos reflejos ella recogía desde una ventana que había enfrente, al otro lado del río. Se trataba de una especie de código secreto, de un juego que ella había estado mucho tiempo tratándome de enseñar».

Y buscando en otros textos, determiné, imaginé, hallé (allá cada uno) que Carmen recogió las señales del lejano morse que Marta le hacía. Porque era ella, la Torci, como la llamaban desde pequeña, la que le había regalado el cuaderno que Carmen llevó a Vassar y en el que empezó a escribir sus primeras notas sobre *Caperucita*. Ese cuaderno que Carmen le había traído de otro viaje, de Washington, y que Marta no había usado porque estaba ya muy enferma, aunque le pareciera muy bonito.

Imaginé a Carmen ese otoño en Poughkeepsie, en esas nevadas tremendas que apenas te dejan salir del apartamento, en ese bosque, en los días de mujer ventanera de Hopper tras la muerte de Marta. Y quiero creer que es su hija la que le va contando en morse la novela que fue traducida a más de diez idiomas y que es considerada un superventas en la editorial Siruela.

Que aunque a Ferlosio, como recoge Teruel, «solo le pareció un cuento bonito» y aunque a su amigo, el director de cine José Luis Borau, el argumento le resultó trillado y sin mucho tirón (así lo cuenta el profesor David González Couso en el documental de RTVE *La reina de las nieves*), aun así, Carmen escuchaba la voz de Marta,

que le decía: «Hay camino, sal, no le cojas miedo».

La imaginé a los cinco años después, sin publicar ficción, combatiendo los fantasmas de la tristeza y el arrepentimiento, despidiéndose de Marta en el hospital, ayudándola a enfrentarse a esa nueva aventura que era la muerte, y diciéndole como miss Lunatic dice a Sara en la puerta del Central Park: «Desde que te vi te quise, y te voy a seguir queriendo siempre». Y me imaginé que, al verla morir, farfullaba: «Vete a dar tu paseo por el bosque, anda». Imaginé que Marta le decía en cada desfallecimiento: «Vamos, Calila, vamos, miranfú, miranfú, miranfú, tú puedes hacer de esto un gran miranfú».

Y lo hace.

Carmen Martín Gaite convierte una obra de duelo en un texto luminoso, un canto a la vida para combatir la muerte, un asidero. Una historia de una niña con chubasquero rojo que se llama Sara Allen, que sueña con la Libertad y la encuentra. Y en esta versión no hay lobos que se la coman en las calles de Manhattan, y no hay finales cerrados (en las obras de la Gaite no los hay) porque cada uno elige el suyo, como en la vida: soberanos y artífices de nosotros mismos. Y no todo hay que entenderlo, a veces hay que dejarlo sentir.

Y con todo esto que determiné, imaginé, hallé (allá cada uno), convoqué a un equipo capaz de hacer prodigios, y el público respondió como respondía a las Ferias del Libro si Carmen firmaba.

Me gusta pensar que soy una puntada del hilo largo que une a varias creadoras con Carmen Martín Gaite (este libro lo es), que «la vida es un tejido de conexiones significativas». Que, como decía Carmen, se trata de verlas o no. Y, cuando se ven, se origina la literatura.

Y el teatro.

Y la vida de novela:

Mi madre contándome en Valladolid el cuento de Caperucita y

acabando con «Y llegó Caperucita y devoró al Lobo Feroz».

Mi abuela cantándome la canción que no tiene autor por más que busque:

Caperucita se ha ido
sin que su madre la viera
y en el bosque se ha perdido,
qué dolor…

Aquella Feria del Libro.

Mi otoño en Poughkeepsie.

Mis años en el cuento roto que es Nueva York.

Un elenco de actrices encomendándose a la Estatua de la Libertad: ¡Oh! Tú que eres diosa, enséñanos a habitar la soledad y a no ser nunca unas señoras.

Y una niña de cinco años, que es mi hija, que me coge la mano y me dice: ¡Miranfú, mamá, mucho miranfú!

Bibliografía

MARTÍN GAITE, CARMEN, *Caperucita en Manhattan*, Siruela, Madrid, 1994.

— *Cuadernos de todo*, Areté, Barcelona, 2002

— *De viva voz. Conferencias*, Siruela, Madrid, 2023.

— *Visión de Nueva York*, Siruela, Madrid, 2005, 2024.

— *A rachas. Poesía reunida*, La Bella Varsovia, Barcelona, 2023.

TERUEL, JOSÉ, *Carmen Martín Gaite. Una biografía*, Tusquets, Barcelona, 2025.

— y CARMEN VALCÁRCEL, *Un lugar llamado Carmen Martín Gaite*, Siruela, Madrid, 2014.

VAN LENGEN, KAREN, y LISA REILLY, *The Campus Guide Vassar College*, Princeton Architectural Press, Princeton, 2004.

VILA-MATAS, ENRIQUE, *París no se acaba nunca*, Anagrama, Barcelona, 2003.

[2] Enrique Vila-Matas, *El mal de Montano*, Anagrama, Barcelona, 2002.

Escribir equivale exactamente a salir a dar un paseo

MARÍA FOLGUERA

> «Algún día tendré penas que llorar, historias que recordar, bulevares anchos que recorrer».
>
> CARMEN MARTÍN GAITE,
> *El cuarto de atrás*

Menos mal que ensayé esta mañana. Madrid está imposible; normalmente un viernes por la tarde cualquiera se hace difícil avanzar por el centro: turistas, despedidas de soltera, adolescentes, gente cargada con bolsas, hombres disfrazados de mascotas de peluche para posar y pedir dinero. Corren de un lado a otro como si el viernes se fuera a acabar para siempre. Este es el panorama por el que nos tenemos que desenvolver esta tarde, pero es que además hay huelga de basuras. Los cubos y papeleras rebosan y en las aceras hay que esquivar las bolsas acumuladas; un hilillo amargo se adentra en el olfato. Cáscaras de naranja, manchas de Coca-Cola, papel de hamburguesa. Caminaremos en actitud de alerta: que si el bolso, que si cuidado, que si falta mucho. Cuando salude a los participantes me esforzaré en dejar clara la dificultad a la que nos enfrentamos. Rebajando la expectativa quizá consigamos disfrutar en algún momento. Esto no es un ancho bulevar que recorrer, tal y como soñaba la niña C. en *El cuarto de atrás*. Es un callejeo por una

ciudad enloquecida en su centro.

La persona de producción reparte los auriculares a cada uno de los asistentes. La mayoría tiene problemas para resolver el funcionamiento del aparato; el volumen, el canal, la señal. Se dirigen a mí, pero yo aguanto en mi papel de anfitriona del paseo y les remito lo más amablemente posible a la persona de producción. Aguanto bajo un cerezo en flor de la calle Mayor frente al portal de la casa de la abuela de Carmen Martín Gaite, empezaremos en breve. Se trata de ese extraño momento en el que el grupo percibe que no ha de romper la solemnidad del comienzo, pero este se retrasa por minutos, mientras uno por uno ajustan sus cacharros. «Faltan tres, un momento. Vamos a empezar. ¿Se me escucha bien?».

Calle Mayor

Partimos de la calle Mayor número catorce porque fue aquí donde Carmen Martín Gaite inició relaciones con la ciudad de Madrid. Cuando era niña, y venían de visita desde Salamanca, ella, sus padres y su hermana, se alojaban en esta casa, en el piso tercero derecha. Era un lugar en el que las criadas Paula y Marcelina, supervisadas por la abuela, se ocupaban de mantener los objetos y superficies intactos de polvo, bruñidos los suelos, lustrada la plata. Imagino el tictac de un reloj de pared mientras los sonidos de la calle merodeaban por la ventana como motas de polvo flotante. La niña se asomaba al cristal. ¿Cómo sería escaparse y volver muy tarde a casa, dejarse llevar por un anuncio de radio que sugiere los encantos de una sala de fiestas? La niña sostiene la frente contra el cristal y la abuela se escandaliza. ¿Es que la niña no se da cuenta de que deja la marca de los dedos y el vaho del aliento dibujados? Otra vez habrá que fregarlo. La niña no entiende por qué se castiga a la

casa una y otra vez con un enjabonado rabioso. No se permite que el tiempo se pose, o que la novedad acaricie con su dedo las diferentes texturas, muselina, caoba, vidrio. La abuela inició hace tiempo una guerra contra el presente y sus huellas dactilares. La niña se muere por fugarse de aquella casa y tararea bajito «Ven pronto a Cúnigan», una canción oída en la radio. ¿Dónde estaría Cúnigan?, dice en *El cuarto de atrás*, y también se pregunta si no se habrá imaginado aquella cantilena. Yo he buscado en internet información sobre Cúnigan y lo único que hay son referencias vinculadas al libro. Y eso que descubrir nombres de salas de fiestas de Madrid es para mí un gran placer. Por ejemplo: tengo un tesoro, una guía de Madrid del año mil novecientos setenta y cuatro, en el que de vez en cuando consulto la lista de salas de fiestas: sala Elefante Blanco, avenida de José Antonio ochenta y dos. Todas somos la niña C. cuando nos imaginamos pintadas como una puerta de camino a esa misteriosa sala donde la orquesta toca *Ven que te espero en El Cairo*.

Normalmente internet sí sabe mucho de salas de fiestas perdidas, y también de comercios desmantelados. Bajo con el grupo por la calle Mayor y evoco para ellos el recorrido que hacía la niña escritora desde la puerta del Sol hasta la casa de la abuela: la Mallorquina, el cine Pleyel, la Camerana («La gente en Madrid andaba de otra manera, miraba, se vestía y hablaba de otra manera, con una especie de desgarro; yo espiaba los rostros cambiantes que, alguna rara vez, se fijaban unos instantes en el mío […] me juraba no volver a pasar nunca por la calle Mayor en cuanto pudiera salir sola por Madrid»). La Mallorquina es la única tienda que sigue en pie, con sus napolitanas de exquisito chocolate fundido en el hojaldre. El cine Pleyel ahora es un gimnasio; yo lo conocí como teatro ya en horas muy bajas. Tejidos La Camerana era, por lo visto, un enorme comercio que abarcaba toda la esquina de un edificio. Ahora los *souvenirs* y los refrigerios para turistas —té con bolitas, yogur

helado, hamburguesas, empanadillas argentinas, turrón— jalonan nuestros pasos decididos a cruzar la marea de la Puerta del Sol. Hemos pasado por delante de una placa que dice que Hans Christian Andersen se alojó allí durante un viaje en mil ochocientos sesenta y dos. No me había dado cuenta hasta ahora y tengo que improvisar una parada en plena plaza —si es que la Puerta del Sol es una plaza y no un vórtice de ansiedad—. Escuchen, Carmen Martín Gaite le dedicó a Andersen su novela *La reina de las nieves*, y dice que sin su colaboración el libro no se habría escrito. No es la primera vez que le dedicaba una novela a un autor conocido por sus cuentos y muerto hace mucho tiempo; *El cuarto de atrás* estaba dedicado a Lewis Carroll. Esto de dedicar libros a escritores muertos y lejanos es algo bastante inusual, y también lo era en aquellos momentos esa reivindicación de la literatura infantil como inspiración para libros que aunaban pensamiento, memoria y ficción. Carmen Martín Gaite fue desprejuiciada y supo traer al escritorio las invocaciones que otros escondían en el armario de la seriedad y el prestigio, en una literatura castellana que se presentaba como cerebral, razonable y sin tiempo para cosas de críos. Martín Gaite entendió que el cuento original de *La reina de las nieves* condensaba en su belleza de copo una gran hondura sobre duelo, muerte, búsqueda y transcurso del tiempo.

De Puerta del Sol a calle Huertas

La primera parte del paseo es la más ardua, porque empieza en ese punto caliente del centro y además prosigue de camino hacia la calle Huertas. En mi ensayo de la mañana pude comprobar que estaba cortada por obras, y que los peatones debíamos ceñirnos a un estrecho canal entre valla y pared. Ya que esta parte es un recorrido largo sin ninguna ocasión de hacer una parada directamente

vinculada a la figura de Martín Gaite, aprovecho para proponer un juego: que esta tarde hagamos, con la mirada, con la libreta o con la cámara del móvil, un *collage* de imágenes. La escritora amaba recortar rótulos, anuncios, fotos personales, encontrar combinaciones de ruptura pop e intervenir con su bella caligrafía; el mejor ejemplo es el cuaderno *Visión de Nueva York*, en el que a modo de diario recoge su vértigo ante los estímulos que le ofrece la ciudad americana. Sus *collages* se fueron dando a conocer en distintas portadas de sus obras, pero fue la publicación póstuma de esta libreta la que consagró a Martín Gaite como una talentosa artista plástica, además de novelista, articulista, poeta, traductora o crítica literaria. Se trata de que, en homenaje a ella, recorramos este Madrid nervioso con ganas de recortar y llevarnos a casa aquello que llame al ojo. También vamos a aprovechar este tramo para detenernos en una esquina, la de la pequeña floristería tras la iglesia de San Sebastián. Este vivero ocupa el lugar del antiguo cementerio de la iglesia, no es difícil imaginarlo tras la cuadrícula de valla que pervive. Aquí hay fantasmas. Los huesos perdidos de tantos autores españoles podrían estar bajo estas losas, o no; en San Sebastián muchos fueron enterrados, o casados, o bautizados. Y esto tiene que ver con nuestra escritora porque ella sentía la presencia de fantasmas. De hecho, en su etapa de investigadora del siglo dieciocho español se dio cuenta de que algunos personajes históricos, como Melchor de Macanaz, excéntrico y perseguido por la Inquisición, se habían vuelto conocidos íntimos. Más tarde, por golpes de la vida, la ausencia de su hija Marta se convertiría en un anhelo constante a través de apariciones en sueños y señales que ella quería leer como un indicio de amor y protección. La pequeña floristería detrás de la iglesia no puede resolver nuestras dudas sobre dónde están exactamente los huesos de Lope de Vega o sobre si Marta Sánchez Martín bendijo a su madre desde el más allá y le trajo premios y reconocimientos a su trayectoria en la última década

de su vida, pero había que susurrar esta posibilidad antes de adentrarnos en la zanja de la calle Huertas.

Por la acera, convertida en un desfiladero donde avanzamos con cuidado de no rozar las papeleras atiborradas, hemos llegado muy abajo, cerca del convento de las Trinitarias. Aquí tampoco encuentran los huesos de Cervantes, y aquí vivió la hija dramaturga de Lope, sor Marcela de San Félix. Quizá inspirada por este bravo fantasma de escritora creció otra niña, Elena Fortún, un nombre clave para la obra martingaitiana. Nos detenemos ante la placa que recuerda que allí pasó su infancia. Al igual que con Andersen o con Lewis Carroll, Martín Gaite también fue audaz al reivindicar a Fortún. En una de esas visitas formales que como hija de notario tenía que soportar de la forma más cortés posible —años más tarde renegaría en uno de sus «cuadernos de todo» de las visitas por obligación—, se vio sorprendida por un regalo inusual. Una mujer les regaló a ella y a su hermana los cuentos de Cuchifritín, parte de la saga con la que Elena Fortún triunfó como autora infantil en España desde finales de los años veinte. Desde entonces la pequeña Carmiña quedó cautivada con el tono cercano, sencillo y límpido de la escritora, que alternaba el humor con la prosa cotidiana, el cuento de hadas con el realismo castellano. Carmen Martín Gaite fue una de las muchísimas niñas que hizo de Elena Fortún una de sus primeras pasiones lectoras, pero ocupó un lugar singular tiempo después como defensora de su relevancia. A finales de los ochenta se embarcó junto al director de cine José Luis Borau y a la investigadora gaditana Marisol Dorao en una investigación profunda sobre su obra. Carmen Martín Gaite escribió el guion de la serie *Celia*, dirigida por Borau para Televisión Española, y dejaría varios ensayos breves importantes sobre Fortún en su ciclo de conferencias para la Fundación Juan March, en un momento en que la escritora era apenas recordada a nivel institucional o literario. Ahora que Elena Fortún, en la segunda y tercera década de los dos mil, ha

vivido sin duda un mayor reconocimiento con la edición de manuscritos inéditos, nuevos estudios y adaptaciones, se puede decir que Carmen Martín Gaite fue uno de los escasos nombres que mantuvieron vivo su legado. Pero no es por esto por lo que nos hemos detenido frente a la placa, o no solo por esto. Es mi oportunidad de compartir una rareza que llevaba tiempo guardada para mí, uno de esos detalles que solo importan a las grandes admiradoras. Leo en voz alta un fragmento de *El cuento de nunca acabar* en el que Martín Gaite refiere cómo aprendió a habitar los ratos en el parque con su hija, observando las dinámicas de juego de los niños, para extraer de allí parte de sus teorías narrativas. La lógica infantil de la pequeña Marta fue siempre un tesoro de maestría para su madre:

> Le he preguntado a esos niños que si quieren jugar conmigo —me vino a contar un día mi hija muy consternada en el parque madrileño de la Quinta del Berro— y me han dicho que no, porque no me conocen. Pues si no juegan conmigo —continuó con una lógica implacable—, ¿cómo me van a conocer?

Este recuerdo familiar fue refundido para el guion de la serie *Celia*: en la secuencia, la joven actriz Cristina Cruz, que interpreta a Celia, le pregunta a su institutriz miss Nelly, interpretada por Sian Thomas, si puede jugar con unos niños. Ella replica que no, porque no los conoce, y Celia protesta: «Si no juego con ellos, ¿cómo voy a conocerlos?». El tono martingaitiano vuelve a su afluente de infancia, el universo fortuniano, y las aguas se reencuentran con total naturalidad. El grupo aprecia moderadamente esta aportación que no he encontrado reseñada más que en mi memoria fervorosa.

Aquella escena se grabó en el Retiro, ambiente original de la saga fortuniana, pero Martín Gaite llevaba a su Marta a otro parque madrileño, el de la Quinta del Berro. Es el momento de explicar a los paseantes que la vida familiar de la escritora no se desarrollaba en el

mapa callejero que transitamos hoy, sino en otro barrio, donde estaba la casa en la que se instaló tras su matrimonio con el escritor Rafael Sánchez Ferlosio. Sus padres les regalaron el ático en la calle Doctor Esquerdo en el que ella viviría hasta su muerte. La biografía martingaitiana transcurre entre domicilios de clase acomodada: ella se crio en una casa en la plaza de los Bandos, en Salamanca; visitaban a la abuela en la casa de balcones corridos de la calle Mayor, sus padres se mudaron a Madrid tiempo después, a Alcalá número treinta y cinco. Siempre buenas fachadas, cristaleras y calles principales. Esta historia transcurre al abrigo de un patrimonio protector, marco privilegiado que la sostuvo siempre. El centro de Madrid, el callejeo que vamos a iniciar a continuación, nos hablará de otra faceta de la escritora, su necesidad de caminar, su inquieta vida cultural y su gusto por las tertulias y encuentros. Para ella, el centro de la ciudad es donde bulle la vida, pero luego el hogar se recoge hacia zonas más residenciales. Es interesante cómo en muchas de sus novelas sus personajes también transitan por el centro, pero no viven allí. Siendo una autora intensamente urbana, las casas de sus personajes son chalés, o pisos en barrios acomodados, o lugares fuera de Madrid.

Ateneo de Madrid

De la calle Huertas a la cercana calle Prado, por este barrio de Letras con toponimias de vida vegetal y campestre llegamos al Ateneo de Madrid. A esta biblioteca venía la escritora para zambullirse en el siglo dieciocho. Acostaba a su hija, dejaba la cena hecha para su marido y tomaba el autobús hacia el centro con el fin de estudiar en calma. En aquellos años no tenía el cuarto propio que prescribía Woolf, pero ella lo encontró en una mesa en silencio sosegado. Comparto con los asistentes un *collage* realizado por ella: es una

foto antigua de la biblioteca del Ateneo, coloreada y sobrescrita con una coplilla. Más recortes: una noticia del ochenta y tres en el que Rosa Montero recoge la presentación de *El cuento de nunca acabar*, donde Martín Gaite rememora aquellas visitas de cortesía que aguantaban en la familia del notario, y que hablaban y hablaban sin contar nada, gran pecado que su ensayo se había visto llamado a combatir. Carmen dice que el Ateneo ha sido siempre su refugio placentero, un lugar a salvo de distracciones. También hubo días agitados: lo recoge una carta a José Luis Borau en la que cuenta cómo el día del intento del golpe de Estado del 23-F ella estaba de camino al Ateneo para ver la película *Morena Clara*. Ya en el autobús una mujer la avisó de que había tiros en el Congreso, pero con temeridad se empeñó en llegar hasta el Ateneo, enclave más que cercano al sitio tomado por militares. Al llegar al edificio por supuesto le dijeron que no habría proyección de la película, logró tomar un taxi y tuvieron que dar mil rodeos para conseguir volver.

De la tertulia al teatro

Sigue la ruta de la Carmen caminadora. Vamos a la calle trasera del Congreso: allí, en Zorrilla número siete estuvo Gambrinus, un restaurante alemán donde se formó una tertulia entre jóvenes intelectuales de finales de los cuarenta y principios de los cincuenta. Juan Benet, Luis Martín-Santos, Alfonso Sastre, Emilio Lledó, Eva Forest, Rafael Sánchez Ferlosio y tantos otros. Martín Gaite disfrutó de aquel ambiente anárquico y divertido, tan distinto al de la Salamanca de su infancia y juventud. Al llegar a otro restaurante alemán, el Edelweiss, giramos y pasamos por delante del teatro de la Zarzuela. Es el momento de hacer una mención a la pasión de Carmen Martín Gaite por el teatro. Sirva este escenario como símbolo de todos aquellos en los que Carmen se sintió transportada

por la promesa de fuga que ofrecían; en *El cuarto de atrás* recuerda que uno de los mayores placeres al ir a Madrid de niña era asistir al teatro y ver a los grandes actores del momento, Loreto Prado, Antonio Vico, Irene López Heredia, Concha Catalá —hay que aprovechar siempre para pronunciar los nombres fantasmagóricos de los actores que fueron célebres y hoy solo saben ubicar los muy eruditos de la historia del teatro—. La novela se inicia además con el recuerdo de asistir al circo y sentir el vértigo de perderse entre las masas, ver volar a la trapecista o contemplar asombrada las fauces del león. Uno de los primeros textos que se conservan escritos por la niña Martín Gaite es un cuaderno en el que apunta las funciones de teatro, circo y variedades que ha visto. Muchos años después le explicaría a su hermana Ana María que venía de asistir a un ensayo de la producción *Coronada y el toro*, dirigida y escrita por su amigo Francisco Nieva en el teatro María Guerrero:

> Me divertí mucho viéndolos tan metidos en ese trabajo tan absolutamente creativo y «de pire». Pero por eso mismo no quiero volver, me da tanta envidia que acabaría pidiéndoles un papel. Ya sabes que tengo una mitad de meditativa-mística y otra mitad de titiritera-gitana.

El Círculo de Bellas Artes

Hemos llegado al Círculo de Bellas Artes. Confieso que al empezar a diseñar este recorrido me las di de resabiada y di por hecho que no iba a añadir gran cosa a mis conocimientos sobre la vida y obra de Carmen Martín Gaite. Y sin embargo, he tenido que aceptar que efectivamente pasear, detenerse, observar y curiosear es una forma de llegar a inesperadas conclusiones. Por ejemplo: yo sabía que la escritora había frecuentado las bibliotecas del Ateneo y del Círculo, pero no imaginaba ningún motivo en concreto para que en un

momento determinado se hubiese mudado de una a otra. Al preparar el paseo he aprendido que sí, que dejó de ir al Ateneo tras la muerte de su hija Marta Sánchez Martín porque le resultaba demasiado duro recordar el pasado. En el noventa y dos, siete años después de la muerte de Marta, redescubre la biblioteca del Círculo como un nuevo lugar de acogida. Pero hoy, precisamente, no es un día tranquilo. Estamos en la Noche de los Libros —el paseo que hacemos ha sido convocado desde este marco institucional— y no sé qué actividades se celebran con este motivo que agolpan al gentío en las puertas. Me acerco a una empleada de la puerta para explicarle que tenemos permiso para pasar y me mira aturdida; tardamos un rato en aclarar el entuerto, pero al final conseguimos subir hasta la sala de juntas, con sus litografías goyescas y su solemne mesa de madera noble. Esto no es la biblioteca del edificio, pero sí nos sirve para asomarnos a la ventana y desde allí ver la casa de los padres de Martín Gaite, en Alcalá treinta y cinco. Leo un fragmento de «La sombrerera», el texto corto que escribió Carmen en el año noventa y siete cuando el Círculo le concedió su medalla de honor. En él celebra que la estatua de Atenea siga presidiendo aquel edificio con forma de cajas acumuladas —de ahí el título del artículo. Menos mal que el personal del Círculo nos ha dejado acceder a esta sala. Es un remanso de silencio y asientos cómodos tras una hora y media de caminata por el Madrid atropellado y basuriento.

Plaza del Rey

Pero tenemos que volver a la calle, y cruzar la intersección de Alcalá y Gran Vía para acceder a un barrio más intrincado; la *kasbah*, lo llamaba la joven pandilla de intelectuales comandada por su marido Rafael. En aquel zoco de calles estrechas se abre sin embargo una

plaza, la del Rey, donde hay un insigne lugar: la Casa de las Siete Chimeneas. Fue allí donde Martín Gaite, instintivamente, quiso desasirse de la extravagancia indisciplinada de Ferlosio y amigos y retomar el mundo del estudio. Todo empezó cuando en el año sesenta el filósofo Julián Marías impulsó un seminario para estudiar el siglo dieciocho en España. Carmen Martín Gaite, a la sazón madre de una niña de cuatro años, se apuntó como becaria y descubrió entonces su pasión por aquella época y en concreto por el ya mencionado heterodoxo Melchor de Macanaz. Tiempo de iniciar una tesis, *Usos amorosos del dieciocho en España*, que acabaría publicada como ensayo, tiempo de ahondar en Macanaz y de estudiar hasta la una de la mañana en la biblioteca del Ateneo después de haber acostado a Marta.

Los paseantes se sientan en los bancos de piedra de la plaza después de esquivar, cómo no, algún vómito. Aviso de que a continuación atravesaremos los barrios de Chueca y Malasaña para concluir la ruta en el café Manuela; les recuerdo el ejercicio de observar el paisaje urbano y recortar de él detalles que nos llaman la atención. Antes de retomar la caminata leemos un fragmento de otro artículo, «*La ciudad menos conservadora del mundo*», en el que Martín Gaite elogia el espíritu abierto de Madrid, con un título algo discutible a estas alturas:

> En Madrid nadie se echa a la calle para ver monumentos, sino para estar en ella, para mezclarse en una misma placita, al atardecer, con jóvenes ojerosos que se intercambian sustancias […]. Ver Madrid no es «saber cosas de Madrid», es simple y llanamente echarse a la calle. De ella te viene el miedo, y ella misma te lo hace perder.

Es curioso que relacione Madrid con el miedo. Este tema es constante en su obra; la atracción por el caos y a la vez el deseo de conservación. Ella siempre habita una línea intermedia, pretende al

mismo tiempo entender y soñar, escapar y quedarse. Educada en un entorno protector y amoroso de notario en ciudad de provincias, fascinada por el desaliño aristocrático del joven Ferlosio, Martín Gaite abominaba de algunas convenciones, pero también temía el extravío. En el ya mencionado *El cuarto de atrás*, obra del setenta y ocho, un trasunto de la escritora, C., recibe la visita de un misterioso personaje, el hombre de negro, un interlocutor que se presenta en el ático de madrugada para hacer preguntas inquisitivas sobre ese miedo al miedo. El hombre de negro la anima a alejarse del ensayo histórico y a reconciliarse con el tono exaltado y onírico con que escribía en su juventud. C., una mujer que vive con su joven hija, acumula papeles, notas y dibujos imaginando un ensayo, unas memorias, un cuento de nunca acabar sobre las ganas de fugarse de una niña que se hizo mujer en un ambiente de represión. *El cuarto de atrás* es una obra de transición entre etapas en la que la escritora se da permiso para hibridar y hacer explícita la autorreferencia de su relación con el miedo. Vendrán obras muy afortunadas como *Usos amorosos de la postguerra española* y *El cuento de nunca acabar*, aunque la muerte de Marta truncará por un tiempo este nuevo aliento de osadía. Sin embargo, la escritora encontrará la manera de iluminar su hondísima pena con el ciclo de novelas de los noventa, en el que a menudo el reencuentro entre madre e hija ocupará un lugar protagonista. El centro de Madrid permanecerá en sus obras como un lugar entre la vida lumpen —esos jóvenes ojerosos que intercambian sustancias mencionados en el artículo sin duda se parecen a unos que un día le dieron un tirón al bolso desde una moto y la arrastraron por la calle durante unos metros, provocándole una rotura de brazo de ardua recuperación— y la hipersociabilidad de la vida cultural. Atravesemos la *kasbah* de Chueca y Malasaña para nuestra última parada.

Café Manuela

Hemos conseguido llegar a la entrada del café Manuela, con sus elegantes faroles y cristaleras. El barrio ha cambiado mucho desde que lo recorría la escritora, pero el Manuela sobrevive a las tiendas carísimas y el turismo galopante. Más que un lugar de tertulia literaria y recitales de poesía, que es como lo conoció ella, ahora es un café de juegos de mesa para estudiantes. Hace unas semanas me acerqué a hablar con el dueño para preguntarle si nos podía reservar una mesa para terminar allí el paseo. Muy amable, me explicó que un viernes por la tarde no podía renunciar al trasiego de clientes, pero le hizo ilusión saber acerca de la actividad y me enseñó fotos antiguas de Carmen Martín Gaite en el local. Me dijo que ella solía tener un trato serio, comedido, de señora castellana. Al juntarse después con amigos como el cantautor Alberto Pérez, con el que hacía los recitales, salía esa pulsión de artista escénica que guardaba dentro de sí. «Pero ya no podemos hacer recitales, ni tocar el piano, porque un vecino se queja a la policía». Los muchachos y muchachas tiran los dados, reparten cartas y aciertan el quesito azul del Trivial mientras nosotras leemos en la acera un fragmento de *Nubosidad variable* («¡Qué bien se está en los bares de Madrid a media tarde!») o una nota de los *Cuadernos de todo* («Siempre en los cafés, sola, esperando a amigos. Es una dulce y estable situación, la que más me devuelve la identidad de mi ser, mis verdaderas raíces. Tal vez cuando me muera, esto es lo que más quede… ¿dónde?»). Curioso que una escritora que ha trabajado tanto en distintos géneros literarios, que ha llenado páginas y páginas, imagine que lo que va a quedar de ella es el recuerdo de su espera ante el otro, un interlocutor que va a iniciar la conversación más sabrosa. Esa página en blanco como la mesa de mármol de un viejo café; ese comienzo, como cuando iba a empezar la función de circo o su madre ajustaba los prismáticos para ver a Irene López

Heredia decir la primera frase en escena.

Escribir es como dar un paseo

Al despedirnos, una mujer del grupo se acerca y me dice que ella vive en Lisboa, que es su segundo día de visita en Madrid. Me asombra que haya conocido la ciudad de esta manera, «además era difícil pasear, con tanto turismo», y ella dice: «Pero da igual, cualquier ciudad europea es así». No hay que tener miedo ante un corazón agusanado; obsérvalo y encontrarás las señales evanescentes del pasado, pero también nueva vida. Madrid, al fin y al cabo, tiene un espíritu guasón y huidizo, «incesante acarreo de material nuevo, aluvión de estratos», dijo la escritora. Aun con aprensión y reservas, siempre merece la pena aventurarse, he ahí un mensaje que apuntó Carmen Martín Gaite. Los dos fragmentos que he elegido para terminar lo corroboran. Extraídos de sus cuadernos de notas, dos pasajes, escritos en momentos distintos, que dan cuenta de la lucidez con que Carmen Martín Gaite relacionó el paseo, el pensamiento y la imaginación:

> […] debo considerar que este simple copiar a mano notas viejas de otros cuadernos con una letra clarita es como dar un paseo.

Y como escribir es pasear, también es verdad lo contrario:

> […] así cuando esté tumbada en la hierba mirando las nubes y notando que respiro con regularidad y acordándome de los que ya no respiran, sintiéndolos conmigo dentro de mi corazón, estoy escribiendo también, más que nunca, y las nubes recogen lo que escribo.

Bibliografía

MARTÍN GAITE, CARMEN, *Cuadernos de todo*, M.ª Vittoria Calvi (ed.), Círculo de lectores, Barcelona, 2002.

— *El cuarto de atrás*, José Teruel (ed.), Cátedra, Madrid, 2018.

— El *cuento de nunca acabar*, Anagrama, Barcelona, 1988.

— *Nubosidad variable*, Anagrama, Barcelona, 1992.

— *Tirando del hilo (Artículos 1949-2000)*, José Teruel (ed.), Siruela, 2010.

TERUEL, JOSÉ, *Carmen Martín Gaite. Una biografía*, Tusquets, Barcelona, 2025.